

EL SEÑOR DE LA GUERRA DEL AIRE

Michael
Moorcock



Oswald Bastable es un personaje ficticio creado por Michael Moorcock, protagonista de la trilogía *El nómada del tiempo*, constituida por *El señor de la guerra del aire*, *El Leviatán terrestre* y *El zar de acero*.

Los libros de Bastable de Moorcock son novelas de ciencia ficción de historia alternativa que exploran diversas variantes del tema del imperialismo y el colonialismo.

Moorcock, autor de ideología anarquista, explica que quería rendir homenaje a los escritores de novelas de aventuras de finales del siglo XIX y principios del XX. A lo largo de estas tres historias, se entrecruzan consideraciones sobre el socialismo, el comunismo, el anarquismo, el totalitarismo, el racismo... todo ello llevado por una sucesión de aventuras que dejan pocos momentos de respiro.

Novelas steampunk adelantadas a su tiempo, en parte ucrónicas, en las que nos cruzamos con Stalin, Makhno, Gandhi o Lenin, y en las que todo está perfectamente dispuesto para ofrecernos un entretenimiento que deja de lado todo maniqueísmo.

Esta es la primera novela de la serie

Se complementa con un artículo de Moorcock titulado *Soldados de asalto de la nave espacial. El autoritarismo en la ciencia ficción*.

MICHAEL MOORCOCK THE WAR LORD OF THE AIR



Michael Moorcock

EL SEÑOR DE LA GUERRA DEL AIRE

Trilogía *El nómada del tiempo*

Libro I

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Todas las notas son del traductor

ÍNDICE DE CONTENIDO

Parte I: Cómo un oficial inglés llegó al mundo del futuro

1. El consumidor de opio de la isla Rowe
2. El templo de Teku Benga
3. La sombra del cielo
4. Un arqueólogo aficionado
5. Mi primera visión de la utopía
6. Un hombre sin propósito

Parte II: Más acontecimientos extraños

7. Cuestión de empleo
8. Un hombre con un gran garrote
9. ¡Desastre y desgracia!
10. Un 'hermano' bohemio
11. El capitán Korzeniowski

Parte III: El señor de la guerra del aire

12. El General OT Shaw
13. El Valle de la Mañana
14. Chi'ng Che'eng Ta–Chia
15. Vladimir Ilich Ulianov
16. La llegada de las flotas aéreas
17. Otro encuentro con el arqueólogo aficionado
18. El Proyecto NFB
19. El hombre perdido

Apéndice I: Soldados de asalto de la nave espacial. El autoritarismo en la ciencia ficción

Apéndice II: *Freedom* entrevista a Michael Moorcock

Parte I

CÓMO UN OFICIAL DEL EJÉRCITO INGLÉS LLEGÓ AL MUNDO DEL FUTURO Y LO QUE VIO ALLÍ

Capítulo I

EL CONSUMIDOR DE OPIO DE LA ISLA ROWE

En la primavera de 1903, por consejo de mi médico, tuve la oportunidad de visitar ese remoto y hermoso trozo de tierra en medio del océano Índico que llamaré isla Rowe. Había estado trabajando demasiado y había contraído lo que los médicos llaman ahora “agotamiento” o incluso “debilidad nerviosa”. En otras palabras, estaba completamente agotado y necesitaba descansar lejos de cualquier lugar. Tenía una pequeña participación en la Compañía Minera, que es la única industria de la isla (¡a menos que cuentes la religión!) y sabía que su clima era ideal, al igual que su ubicación: uno de los lugares más saludables del mundo y a mil quinientas millas de cualquier forma de civilización. Así que compré mi boleto, empaqué mis maletas, me despedí de mis seres queridos y abordé el transatlántico que me llevaría a Yakarta. Desde Yakarta, después de un viaje agradable y sin incidentes, tomé uno de

los barcos de la Compañía a la isla Rowe. Había logrado hacer el viaje en menos de un mes.

La isla Rowe no tiene por qué estar donde está. No hay nada cerca. No hay nada que indique que está allí. Te la encuentras de repente, surgiendo del agua como la punta de una enorme montaña submarina (lo que, de hecho, es). Es una gran cuña de roca volcánica rodeada de un mar resplandeciente que parece metal bruñido cuando está quieto o plata hirviendo y acero fundido cuando está irritado. La roca tiene unas doce millas de largo por cinco millas de ancho y está densamente arbolada en algunos lugares, desnuda y austera en otros. Todo va cuesta arriba hasta que se llega a la cima y luego, al otro lado de la colina, la roca simplemente se derrumba, cayendo y cayendo al mar a trescientos metros más abajo.

Alrededor del puerto se levanta una ciudad bastante grande que, a medida que uno se acerca, parece más bien un próspero pueblo pesquero de Devon, hasta que se ven los edificios malayos y chinos detrás de las fachadas de los hoteles y oficinas que bordean el muelle. En el puerto hay espacio para varios barcos de vapor de buen tamaño y varios veleros, principalmente dhows¹ y juncos nativos que se utilizan para pescar. Más arriba en la colina se pueden ver las

¹ El dhow es una embarcación de vela de origen árabe caracterizada por su velamen triangular y bajo calado, siendo lo más común que cuenten con un solo mástil, aunque pueden llevar dos o tres.

minas que emplean a la mayor parte de la población, que son trabajadores malayos y chinos, y sus esposas y familias. En el muelle destacan los almacenes y oficinas de la Welland Rock Phosphate Mining Company y la gran fachada blanca y dorada del Royal Harbour Hotel, cuyo propietario es un tal Minheer Olmeijer, un holandés de Surabaya. También hay una cantidad casi impía de misiones, templos budistas, mezquitas malayas y santuarios de origen más misterioso. Hay varios hoteles menos ornamentados que el de Olmeijer, hay almacenes generales, cobertizos y edificios que dan servicio al pequeño ferrocarril que trae el mineral desde la montaña y por el muelle. Hay tres hospitales, dos de los cuales son sólo para nativos. Digo “nativos” en un sentido amplio. No había nativos de ningún tipo antes de que la isla fuera colonizada hace treinta años por la gente que fundó la empresa Welland; toda la mano de obra era traída de la península, principalmente de Singapur. En una colina al sur del puerto, bastante apartada de la ciudad y dominándola, se encuentra la residencia del representante oficial, el general de brigada Bland, junto con el cuartel que alberga a la pequeña guarnición de la policía nativa bajo el mando de un servidor muy honesto del Imperio, el teniente Allsop. Sobre esta colección impecable de estuco encalado ondea orgullosa una Union Jack², símbolo de protección y justicia para todos los que viven en la isla.

A menos que le guste hacer una interminable sucesión de

² La Unión Jack es la bandera del Reino Unido.

visitas sociales a los demás ingleses, la mayoría de los cuales sólo pueden hablar de minería o de misiones, no hay mucho que hacer en Rowe Island. Hay una sociedad teatral amateur que presenta una obra en la residencia del Representante Oficial cada Navidad, hay una especie de club donde se puede jugar al billar si lo invitan los miembros más antiguos (a mí me invitaron una vez, pero jugué bastante mal). Los periódicos locales de Singapur, Sarawak o Sydney casi siempre tienen al menos quince días de antigüedad, cuando se les puede encontrar; el *Times* tiene entre un mes y seis semanas de antigüedad y los semanarios ilustrados y las revistas mensuales de casa pueden tener hasta seis meses de antigüedad cuando los vea. Esta escasez de noticias actualizadas es, por supuesto, algo muy bueno para un hombre que se recupera del agotamiento. Es difícil enfadarse por una guerra que ha durado uno o dos meses antes de leer sobre ella o por un temblor de la bolsa que se ha resuelto de una forma u otra la semana anterior. Uno se ve obligado a relajarse. Después de todo, no hay nada que se pueda hacer para alterar el curso de lo que se ha convertido en historia. Pero cuando uno empieza a recuperar la energía, tanto mental como física, es cuando empieza a darse cuenta de lo aburrido que está, y al cabo de dos meses esta comprensión me había golpeado con fuerza. Empecé a albergar una esperanza bastante malvada de que algo sucediera en la isla Rowe: una explosión en la mina, un terremoto o tal vez incluso un levantamiento indígena.

En ese estado de ánimo, me puse a rondar por el puerto, observando cómo cargaban y descargaban los barcos, con largas filas de culíes³ que llevaban sacos de maíz y arroz desde el muelle o guiaban los camiones de fosfato por las pasarelas para arrojarlos en las vacías bodegas. Me sorprendió ver a tantas mujeres haciendo un trabajo que en Inglaterra pocos habrían pensado que podían hacer las mujeres. Algunas de estas mujeres eran bastante jóvenes y otras eran casi hermosas. El ruido era casi ensordecedor cuando un barco o varios barcos estaban en el puerto. Cuerpos desnudos, morenos y amarillos, se arremolinaban por todas partes, como barro revuelto, sudando por el intenso calor, un calor que sólo se aliviaba con las brisas del mar.

Fue uno de esos días cuando me encontré en el puerto, después de haber almorzado en el hotel de Olmeijer, donde me alojaba, observando cómo un vapor se dirigía lentamente hacia el muelle, haciendo sonar su silbato a los juncos y dhowes que lo rodeaban. Como tantos otros barcos que navegan por esa parte del mundo, era robusto, pero de aspecto desagradable. Su casco y superestructura estaban maltrechos y necesitaban pintura, y su tripulación, principalmente laskars⁴, parecía como si se hubieran sentido

3 En la India, China y otros países de Oriente, trabajador o criado indígena.

4 Un lascar (Lashkar, Laskar) era un marino o militar del subcontinente indio u otros países al este del cabo de Buena Esperanza, empleados en buques europeos del siglo XVI hasta el comienzo del siglo XX. la palabra viene del persa Lashkar, que significa campamento militar o de ejército, y al-askar, la

más a gusto en algún barco pirata malayo. Vi al capitán, un escocés de edad avanzada, maldiciéndolos desde su puente y gritando incoherencias a través de un megáfono mientras un compañero mestizo parecía estar realizando una danza peculiar y privada entre los marineros. El barco era el María Carlson, que traía provisiones y, esperaba, algo de correo. Por fin atracó y comencé a abrirme paso entre los culíes hacia él, con la esperanza de que me hubiera traído algunas cartas y los diarios que le había rogado a mi hermano que me enviara desde Londres.

Se aseguraron los cabos de amarre, se echó el ancla y se bajaron las pasarelas, y entonces el oficial mestizo, con la gorra puesta en la nuca y la chaqueta abierta, bajó de un salto, aullando a los culíes que se habían reunido allí agitando los trozos de papel que habían recibido en la oficina de contratación. Mientras aullaba, recogió los papeles y saludó frenéticamente al barco, presumiblemente dando instrucciones. Lo saludé con mi bastón.

“¿Hay algún correo?”, pregunté.

“¿Correo? ¿Correo?” Me dirigió una mirada de odio y desprecio que interpreté como una respuesta negativa a mi pregunta. Luego se apresuró a subir por la pasarela y desapareció. Esperé, sin embargo, con la esperanza de ver al capitán y confirmar con él que, en efecto, no había correo.

palabra árabe que significa guardia o soldado.

Entonces vi a un hombre blanco aparecer en lo alto de la pasarela, deteniéndose y mirando fijamente a su alrededor, como si no hubiera esperado encontrar tierra al otro lado de la barandilla. Alguien le dio un empujón desde atrás y se tambaleó por la pasarela que rebotaba, llegó al fondo y se levantó a tiempo de coger la pequeña bolsa de marinero que el oficial le arrojó desde el barco.

El hombre vestía un sucio traje de lino, no tenía ni sombrero ni camisa. No estaba afeitado y calzaba sandalias nativas. Ya había visto antes a alguien así: un desgraciado al que el oriente había arruinado y que había descubierto en sí mismo una debilidad que tal vez nunca hubiera descubierto si se hubiera quedado a salvo en su casa de Inglaterra. Sin embargo, cuando se enderezó, me sorprendió una expresión de intensa miseria en sus ojos, una cierta dignidad en su porte que no era nada habitual en ese tipo de hombre. Se echó la bolsa al hombro y empezó a caminar hacia la ciudad.

–¡Y no intente volver a bordo, señor, o la ley se lo llevará la próxima vez! –gritó el oficial del María Carlson tras él. El pobrecillo no parecía oírlo. Continuó avanzando lentamente por el muelle, empujado por los culíes, frenéticos por trabajar.

El oficial me vio y gesticuló con impaciencia: “No hay correo. No hay correo”. Decidí creerle, pero llamé: “¿Quién es ese tipo? ¿Qué ha hecho?”

“Polizón”, fue la seca respuesta.

Me pregunté por qué alguien querría viajar de polizón en un barco con destino a Rowe Island y, en un impulso, me di la vuelta y seguí al hombre. Por alguna razón, creí que no era un vagabundo común y corriente y había despertado mi curiosidad. Además, mi aburrimiento era tan grande que debería haber agradecido cualquier alivio. También estaba seguro de que había algo diferente en sus ojos y su actitud y que, si podía animarlo a que se confesara conmigo, tendría una historia interesante que escuchar. Tal vez yo también sentía lástima por él. Cualquiera que fuera la razón, me apresuré a alcanzarlo y hablarle.

–No te ofendas –dije–, pero me parece que te vendría bien una buena comida y tal vez una bebida.

“¿Beber?”

Me miró con esos ojos extraños y atormentados, como si me hubiera reconocido como el mismísimo diablo. –¿Beber?

–Pareces un buen hombre, amigo. –Apenas podía soportar mirar esa cara, tan grande era la agonía que vi en ella–. Será mejor que vengas conmigo.

Sin oponer resistencia, me dejó que lo guiara por la calle del puerto hasta llegar a casa de Olmeijer. Los sirvientes indios del vestíbulo no estaban contentos con que trajera a un descuidado tan evidente, pero lo llevé directamente

arriba, a mi suite, y ordené a mi criado que preparara un baño de inmediato. Mientras tanto, senté a mi invitado en mi mejor sillón y le pregunté qué le gustaría beber.

Se encogió de hombros. –¿Algo? ¿Ron?

Le serví un trago fuerte de ron y le di el vaso. Se lo bebió de un par de tragos y asintió en señal de agradecimiento. Se sentó plácidamente en la silla, con las manos cruzadas sobre el regazo, mirando fijamente la mesa.

Su acento, aunque distante y desconcertado, era el de un hombre culto, un caballero, y esto despertó aún más mi curiosidad. “¿De dónde eres?”, le pregunté. “¿De Singapur?”

–¿De dónde? –Me miró de forma extraña y luego frunció el ceño para sí mismo. Murmuró algo que no pude entender y entonces entró el criado y me dijo que había preparado el baño.

–El baño está listo –dije–. Si quieres usarlo, buscaré uno de mis trajes. Somos más o menos del mismo tamaño.

Se levantó como un autómatas y siguió al criado hasta el baño, pero luego volvió a aparecer casi de inmediato. “Mi bolso”, dijo.

Recogí la bolsa del suelo y se la entregué. Volvió al baño y cerró la puerta.

El criado me miró con curiosidad. –¿Es algún pariente, sahib⁵?

Me reí. “No, Ram Dass. Es solo un hombre que encontré en el muelle”.

Ram Dass sonrió. “¡Ah! Es la caridad cristiana”. Parecía satisfecho. Como recién convertido (el orgullo de una de las misiones locales), traducía constantemente todas las misteriosas acciones de los ingleses a buenos y sencillos términos cristianos. “¿Es un mendigo, entonces? ¿Tú eres un samaritano?”

–No estoy seguro de ser tan desinteresado –le dije–. ¿Podrías traerme uno de mis trajes para que se lo ponga el caballero después de bañarse?

Ram Dass asintió con entusiasmo. “¿Y una camisa, una corbata, calcetines y zapatos... todo?”

Me hizo gracia. “Muy bien. Todo”.

Mi invitado tardó mucho en asearse, pero al final salió del baño mucho más elegante que cuando entró. Ram Dass lo había vestido con mi ropa y le quedaba extraordinariamente bien, aunque un poco suelta, porque yo estaba bastante mejor alimentado que él. Ram Dass, detrás de él, blandía una

5 Sahib es el honorífico árabe que equivale a "Señor"

navaja tan brillante como su sonrisa.

“¡He afeitado al caballero, sahib!”

El hombre que tenía delante era un joven apuesto de unos treinta años, aunque había algo en sus rasgos que a veces lo hacía parecer mucho mayor. Tenía el pelo rubio y ondulado, una mandíbula bonita y una boca firme. No mostraba ninguno de los signos habituales de debilidad que había aprendido a reconocer en otros de su especie que había visto. Parte del dolor había desaparecido de sus ojos, pero había sido reemplazado por una expresión aún más remota, incluso soñadora. Fue Ram Dass, que miraba significativamente y sostenía una pipa larga y tallada detrás del hombre, quien me dio la pista.

¡Así que eso era todo! Mi invitado era un consumidor de opio. Era adicto a una droga que algunos habían llamado la Maldición de Oriente, que contribuía mucho a esa actitud familiar de fatalismo que equiparamos con Oriente, que robaba a los hombres su voluntad de comer, de trabajar, de entregarse a cualquiera de los placeres habituales con los que otros entretienen sus horas... una droga que finalmente los mata.

Con un esfuerzo logré controlar cualquier expresión de horror o piedad que pudiera sentir y dije en cambio:

–Bueno, amigo, ¿qué te parece si almorzamos tarde?

–Si así lo deseas –dijo distante.

“Pensé que tenías hambre.”

–¿Tienes hambre? No. –Bueno, en cualquier caso, conseguiremos algo. ¿Ram Dass? ¿Podrías preparar algo de comer? Tal vez algo frío. Y dile al señor Olmeijer que tendré un invitado que se quedará a pasar la noche. Necesitaremos sábanas para la otra cama y todo eso.

Ram Dass se fue y, sin que nadie lo invitara, mi invitado se acercó al aparador y se sirvió un whisky grande. Dudó un momento antes de servirse un poco de soda. Era casi como si estuviera tratando de recordar cómo preparar una bebida.

–¿Adónde te dirigías cuando te escabulliste? –pregunté–. Seguro que no a la isla Rowe.

Se dio la vuelta, bebió un sorbo de su bebida y miró por la ventana hacia el mar que se extendía más allá del puerto. –¿Esta es la isla Rowe?

“Sí. El fin del mundo en muchos aspectos”.

–¿El qué? –Me miró con sospecha y vi de nuevo un rastro de ese tormento en sus ojos.

–Habla en sentido figurado. No hay mucho que hacer en Rowe Island. En realidad, no hay ningún sitio adónde ir, salvo al lugar de dónde vienes. Por cierto, ¿de dónde vienes?

Hizo un gesto vago. “Ya veo. Sí. Ah, Japón, supongo”.

–¿Japón? ¿Tal vez usted estuvo allí en el servicio exterior?

Me miró fijamente, como si pensara que mis palabras tenían algún significado oculto. Luego dijo: “Antes de eso, India. Sí, India antes de eso. Estuve en el ejército”.

–¿Cómo...? –Me sentí avergonzado–. ¿Cómo llegaste a bordo del María Carlson, el barco que te trajo aquí?

Se encogió de hombros. –Me temo que no lo recuerdo. Desde que me fui, desde que volví, todo ha sido como un sueño. Sólo el maldito opio me ayuda a olvidar. Esos sueños son menos horribles.

“¿Tomas opio?” Me sentí como un hipócrita al formular la pregunta de esa manera.

“Todo lo que pueda conseguir.”

–Parece que has pasado por una experiencia bastante terrible –dije, olvidándome por completo de mis modales.

Entonces se rió, más para burlarse de sí mismo que de mí. “¡Sí! Sí. Me volvió loco. Eso es lo que uno pensaría, de todos modos. ¿Cuál es la fecha, por cierto?”

Se estaba volviendo más comunicativo a medida que bebía su tercer trago.

“Es el 29 de mayo”, le dije.

“¿Qué año?”

–¡Pues 1903!

–Lo sabía de verdad. Lo sabía –habló a la defensiva–. 1903, por supuesto. El comienzo de un nuevo y brillante siglo... tal vez incluso el último siglo del mundo.

De otro hombre, podría haber tomado esos desvaríos inconexos como meras expresiones enloquecidas de un adicto al opio, pero de él me parecieron extrañamente convincentes. Decidí que era hora de presentarme y lo hice.

Eligió una forma peculiar de responder a esta presentación. Se irguió y dijo: “Soy el capitán Oswald Bastable, ex miembro del 53.º Regimiento de Lanceros”. Sonrió ante esta broma privada y fue a sentarse en un sillón cerca de la ventana.

Un momento después, mientras yo todavía intentaba recuperarme, él giró la cabeza y me miró divertido. –Lo siento, pero ya ves que estoy de humor para no intentar disimular mi locura. Eres muy amable. –Levantó su copa en un saludo–. Te lo agradezco. Debo tratar de recordar mis modales. Tuve algunos una vez. Eran muy buenos modales. Me atrevería a decir que no había nada mejor. Pero podría presentarme de varias maneras. ¿Y si dijera que mi nombre es Oswald Bastable–Dirigible?

“¿Vuelas globos?”

–He pilotado dirigibles, señor. ¡Barcos de mil doscientos pies de largo que viajan a velocidades superiores a cien millas por hora! Ya ve, estoy loco.

–Bueno, yo diría que, por lo menos, fuiste muy ingenioso. ¿Dónde volaste las aeronaves?

“Oh, en la mayor parte del mundo”.

–Debo estar completamente fuera de onda. Aquí se reciben las noticias con bastante retraso, pero me temo que no he oído hablar de esos barcos. ¿Cuándo hizo el vuelo?

Los ojos llenos de opio de Bastable me miraron con tanta dureza que me estremecí.

–¿De verdad le importaría escucharlo? –dijo con voz fría y suave.

Sentí la boca seca y me pregunté si estaba a punto de ponerse violento. Me acerqué a la cuerda de la campana, pero él sabía lo que estaba pensando porque se rió de nuevo y sacudió la cabeza.

“No lo atacaré, señor. Pero ahora ve por qué fumo opio, por qué sé que estoy loco. ¿Quién sino un loco afirmaría haber volado por los cielos más rápido que el transatlántico más veloz? ¿Quién sino un loco afirmaría haber hecho esto

en el año 1973 d. C., casi tres cuartos de siglo en el futuro?”

“¿Crees que has hecho eso? Nadie te creerá. ¿Es eso lo que te hace tan amargado?”

–¿Eso? ¡No! ¿Por qué debería? Es el pensamiento de mi propia locura lo que me atormenta. Debería estar muerto, eso sería justo. Pero en cambio estoy medio vivo, apenas distingo un sueño de otro, una realidad de otra.

Tomé su vaso vacío de su mano y se lo llené. “Mira”, le dije. “Si haces algo por mí, aceptaré escuchar lo que tengas que decir. De todos modos, no tengo mucho más que hacer”.

“¿Qué quieres que haga?”

–Quiero que comas algo y trates de no tomar opio por un tiempo, al menos hasta que hayas visto a un médico. Luego quiero que aceptes ponerte a mi cuidado, tal vez incluso regresar conmigo a Inglaterra cuando vuelva. ¿Lo harás?

–Tal vez –se encogió de hombros–. Pero este estado de ánimo podría pasar, te lo advierto. Nunca he tenido la inclinación de hablar con nadie sobre... sobre las aeronaves y todo eso. Sin embargo, tal vez la historia sea alterable...

“No te sigo.”

“Si te contara lo que sé, lo que me pasó, lo que vi, podría marcar la diferencia. Si aceptas escribirlo, publícalo, si

puedes, cuando regreses”.

–Cuando volvamos –dije con firmeza.

–Como quieras. –Su expresión cambió y se volvió sombría, como si su decisión tuviera un significado que yo no había comprendido.

Así que le trajeron el almuerzo y comió un poco de pollo frío y ensalada. La comida pareció hacerle bien, porque se volvió más coherente.

“Intentaré empezar por el principio”, dijo, “y llegar hasta el final, contándolo tal como sucedió”.

Tenía a mano un cuaderno grande y varios lápices. En los primeros tiempos de mi carrera me había ganado la vida como redactor parlamentario y mis conocimientos de taquigrafía me resultaron muy útiles cuando Bastable empezó a hablar.

Me contó su historia durante los tres días siguientes, durante los cuales apenas salimos de aquella habitación, apenas dormimos. De vez en cuando Bastable se reanimaba recurriendo a unas pastillas que tenía –que me juraba que no eran opio–, pero yo no necesitaba otro estímulo que la propia historia de Bastable. La atmósfera de aquella habitación de hotel se fue haciendo irreal a medida que se iba desarrollando el relato. Empecé creyendo que escuchaba los fantásticos delirios de un loco, pero acabé creyendo sin

ninguna duda que había oído la verdad –o, al menos, una verdad–. Depende de usted decidir si lo que sigue es ficción o no. Sólo puedo asegurarle que Bastable dijo que no era ficción y creo, profundamente, que tenía razón.

Michael Moorcock.
Three Chimneys, Mitcham, Surrey.
Octubre de 1904.

Capítulo II

EL TEMPLO DE TEKU BENGAL

No sé si alguna vez has estado en el noreste de la India (empezó Bastable), pero si lo has hecho sabrás a qué me refiero cuando digo que es el lugar de encuentro de mundos antiguos e inconmensurablemente arcaicos. Donde se unen la India, Nepal, el Tíbet y Bután, a unas doscientas millas al norte de Darjiling y a unas cien al oeste del monte Kinchunmaja, encontrarás Kumbalari: un Estado que afirma ser más antiguo que el Tiempo. Es lo que llaman una “teocracia”: plagada de sacerdotes, llena de supersticiones oscuras y mitos y leyendas aún más oscuros, donde se honra a todos los dioses y demonios, sin duda para estar seguros. La gente es cruel, ignorante, sucia y orgullosa: miran por encima del hombro a todas las demás razas. Resienten la presencia británica tan cerca de su territorio y en los últimos

doscientos años Gran Bretaña ha tenido algún que otro problema con ellos, pero nunca nada importante. Por suerte, no van más allá de sus propias fronteras y su población se mantiene bastante reducida gracias a sus propias y diversas prácticas bárbaras. A veces, como en esta ocasión, aparece un líder religioso que los convence de la necesidad de algún tipo de yihad contra los británicos o los pueblos protegidos por los británicos, les dice que son inmunes a nuestras balas y demás, y tenemos que ir a darles una lección. El ejército no los considera muy en serio, y sin duda esa es la razón por la que me pusieron a cargo de la expedición que, en 1902, partió hacia el Himalaya y Kumbalari.

Era la primera vez que comandaba tantos hombres y sentía que mi responsabilidad era muy seria. Tenía un escuadrón de ciento cincuenta *sowars* de los impresionantes lanceros punjabíes y doscientos pequeños cipayos⁶ leales y feroces del 9.º Regimiento de Infantería de Ghoorkas⁷. Estaba profundamente orgulloso de mi ejército y pensaba que, si hubiera tenido que hacerlo, habría podido conquistar toda Bengala. Yo era, por supuesto, el único oficial blanco, pero estaba perfectamente dispuesto a admitir que los oficiales nativos eran hombres de mucha más experiencia que yo y,

6 Soldado indio de los siglos XVIII y XIX al servicio de Francia, Portugal y Gran Bretaña.

7 Los gorkhas son nepalíes (eso significa su nombre, derivado del distrito de Gorkha a partir del cual nació el reino del Nepal y que, a su vez, proviene de un legendario guerrero llamado Guru Gorkhanath), un país situado al norte de la India.

siempre que era posible, confiaba en sus consejos.

Mis órdenes eran hacer una demostración de fuerza y, si podía, evitar una pelea. Sólo queríamos dar a los mendigos una idea de lo que se encontrarían si empezábamos a tomarlos en serio. Su último líder, un viejo fanático llamado Sharan Kang, era su rey, arzobispo y comandante en jefe, todo en uno. Sharan Kang ya había quemado una de nuestras estaciones fronterizas y había matado a un par de destacamentos de la policía nativa. Sin embargo, no nos interesaba la venganza, sino asegurarnos de que la cosa no fuera más allá.

Teníamos algunos mapas bastante buenos y un par de guías bastante fiables (parientes lejanos de los Ghoorkas) y calculamos que nos llevaría poco más de dos o tres días llegar a Teku Benga, que era la capital de Sharan Kang, en lo alto de las montañas y a la que se llegaba por una serie de estrechos pasos. Como estábamos en una misión diplomática más que militar, mostramos mucho cuidado al desplegar una bandera de tregua al cruzar las fronteras hacia Kumbalari, cuyas desoladas montañas cubiertas de nieve se cernían sobre nosotros por todos lados.

No pasó mucho tiempo hasta que tuvimos la primera visión de algunos kumbalaris. Estaban montados en ponis peludos que posaban como cabras en las cornisas de las altas montañas: guerreros rechonchos, de piel amarilla, todos envueltos en cuero, piel de oveja y hierro pintado, con los

ojos rasgados brillando con odio y sospecha. Si estos no eran los descendientes de Atila el Huno, entonces eran los descendientes de algún pueblo guerrero aún más antiguo que había luchado en estas laderas y gargantas mil o dos mil años antes de que el Azote de Dios hubiera guiado a sus hordas hacia el este y el oeste, para saquear tres cuartas partes del mundo conocido. Al igual que sus antepasados, estos estaban armados con arcos, lanzas y cimitarras, pero también tenían algunas carabinas, probablemente de origen ruso.

Fingiendo ignorar a los jinetes que nos observaban, conduje a mis soldados valle arriba. Me llevé una sorpresa cuando se oyeron unos disparos desde arriba que resonaron una y otra vez por los picos, pero los guías me aseguraron que eran simplemente señales para anunciar nuestra llegada a Kumbalari.

Ascender el terreno rocoso era lento y, a veces, teníamos que desmontar y guiar a nuestros caballos. A medida que subíamos más y más, el aire se volvía mucho más frío y nos alegramos cuando llegó la noche y pudimos acampar, encender fogatas para calentarnos y consultar nuestros mapas para ver cuánto más teníamos que recorrer.

Los comandantes respectivos de la caballería y la infantería eran Risaldar Jenab Shah y Subadar JK Bisht, ambos veteranos de muchas expediciones similares. Pero a pesar de toda su experiencia, tendían a ser más cautelosos de lo

habitual con los kumbalaris y Subadar Bisht me aconsejó que pusiera una doble guardia en el campamento, lo cual hice.

Subadar Bisht estaba preocupado por lo que él llamaba “el olor del viento”. Sabía algo sobre los Kumbalaris y cuando hablaba de ellos, yo veía un destello de lo que en los ojos de cualquier persona que no fuera un Ghoorka podría haber confundido con miedo.

“Son un pueblo astuto y traicionero, señor”, me dijo mientras comíamos juntos en mi tienda, con Jenab Shah, un gigante silencioso, a nuestro lado. “Son los herederos de un antiguo mal, un mal que existía antes de que naciera el mundo. En nuestra lengua, Kumbalari significa El Reino del Diablo. No esperes que honren nuestra bandera blanca. Sólo la respetarán mientras les convenga”.

–Está bien –dije–. Pero me atrevo a decir que respetarán nuestro número y nuestras armas.

–Tal vez. –Subadar Bisht parecía dudoso–. A menos que Sharan Kang los haya convencido de que están protegidos por su magia. Se sabe que obtiene mucho poder de dioses sin nombre y que tiene demonios a sus órdenes. –Las armas modernas –señalé– suelen demostrar ser superiores al diablo más poderoso, Subadar Bisht.

El Ghoorka parecía serio. –Cierto, capitán Bastable. Y luego está su astucia. Pueden intentar dividir nuestra columna con

diversos trucos para poder atacarnos de forma independiente y con más posibilidades de éxito.

Acepté. “Sin duda, estaremos en guardia contra ese tipo de tácticas”, estuve de acuerdo. “Pero no creo que tema su magia”.

Risaldar Jenab Shah habló con seriedad, con su voz profunda y resonante. “No es tanto lo que tememos”, dijo, “sino lo que ellos creen”.

Se alisó la brillante barba negra. “Estoy de acuerdo con Subadar. Debemos entender que estamos tratando con hombres locos, fanáticos temerarios que no cuentan el costo de sus propias vidas”.

–Los kumbalaris nos odian mucho –añadió Subadar Bisht–. Quieren luchar contra nosotros, pero no nos han atacado. Esto me parece sospechoso. ¿Podría ser, señor, que nos estén dejando caer en una trampa?

–Es posible –respondí–. Pero, de nuevo, Subadar Bisht, puede que simplemente nos tengan miedo; miedo del poder del Raj británico, que enviará a otros para castigarlos con la mayor severidad si algo nos sucede.

–Si están seguros de que no habrá castigo, si Sharan Kang los ha convencido de ello, no nos servirá de nada –dijo Jenab Shah con una sonrisa sombría–. Estaremos muertos, capitán Bastable.

“Si esperamos aquí”, sugirió Subadar Bisht, “y los dejamos acercarse para que podamos escuchar sus palabras y ver sus caras, nos resultará más fácil saber qué hacer a continuación”.

Estuve de acuerdo con su lógica. “Nuestros suministros nos durarán más de dos días”, dije. “Acamparemos aquí durante dos días. Si no llegan en ese tiempo, nos iremos”.

“Continuaremos hacia Teku Benga”.

Ambos oficiales quedaron satisfechos. Terminamos nuestra comida y nos retiramos a nuestras respectivas tiendas.

Y así esperábamos.

El primer día vimos a unos cuantos jinetes doblando la curva del paso y nos preparamos para recibirlos. Pero se limitaron a observarnos durante un par de horas antes de desaparecer. La tensión había empezado a aumentar notablemente en el campamento a la noche siguiente.

El segundo día, uno de nuestros exploradores llegó a caballo para informarnos de que más de cien kumbalaris se habían reunido en el otro extremo del paso y cabalgaban hacia nosotros. Adoptamos una posición defensiva y continuamos esperando. Cuando aparecieron, cabalgaban lentamente y, a través de mis prismáticos, vi varios estandartes elaborados de crin de caballo. Atado a uno de

ellos había una bandera blanca. Los abanderados cabalgaban a ambos lados de una litera roja y dorada colgada entre dos ponis. Recordando las palabras de advertencia de Subadar Bisht, di la orden de que nuestra caballería montara. No hay casi ningún espectáculo más impresionante que el de ciento cincuenta lanceros punjabíes con sus lanzas en actitud de saludo. Risaldar Jenab Shah estaba a mi lado. Le ofrecí mis prismáticos. Los cogió y se quedó mirando a través de ellos durante unos momentos. Cuando los bajó, frunció el ceño. “Parece que Sharan Kang está con ellos”, dijo, “en esa litera. Tal vez se trate de un auténtico grupo parlamentario. Pero ¿por qué hay tantos?”.

–Podría ser una demostración de fuerza –dije–, pero debe tener más de cien guerreros.

–Depende de cuántos hayan muerto por motivos religiosos –dijo Jenab Shah sombríamente. Se dio la vuelta en su silla–. Aquí está Subadar Bisht. ¿Qué opinas de esto, Bisht?

El oficial de Ghoorka dijo: “Sharan Kang no los pondría a la cabeza si estuvieran a punto de atacar. Los Reyes Sacerdotes de Kumbalari no luchan con sus guerreros”. Habló con cierto desprecio. “Pero le advierto, señor, que esto podría ser una trampa”.

Asentí.

Tanto los guerreros punjabíes como los cipayos ghoorkas

estaban claramente ansiosos por enfrentarse a los kumbalaris. “Será mejor que les recuerdes a tus hombres que estamos aquí para hablar de paz, si es posible”, dije, “no para pelear”.

“No lucharán”, afirmó Jenab Shah con seguridad, “hasta que reciban órdenes de hacerlo. Entonces lucharán”.

La masa de jinetes kumbalari se acercó y se detuvo a unos cientos de pies de nuestras líneas. Los abanderados se separaron y, escoltando la litera, llegaron hasta donde yo estaba sentado a caballo a la cabeza de mis hombres.

La litera roja y dorada estaba cubierta por cortinas. Miré con curiosidad los rostros impassibles de los portaestandartes, pero no dijeron nada. Y entonces, por fin, la cortina de la parte delantera se abrió desde dentro y de repente me encontré frente al Sumo Sacerdote en persona. Vestía una elaborada túnica de brocado cosida con docenas de diminutos espejos. En la cabeza llevaba un sombrero alto de cuero pintado con incrustaciones de oro y marfil. Y debajo de la visera del sombrero estaba su rostro viejo y arrugado. El rostro de un demonio particularmente malicioso.

–Saludos, Sharan Kang –dije–. Estamos aquí por orden del gran Rey Emperador de Gran Bretaña. Venimos a preguntar por qué atacas sus casas y matas a sus sirvientes cuando él no te ha mostrado hostilidad.

Uno de los guías empezó a interpretar, pero Sharan Kang agitó la mano con impaciencia. –Sharan Kang habla inglés –dijo con una voz extraña y aguda–. Como habla todas las lenguas. Porque todas las lenguas provienen de la lengua del Kumbalari, el Primero, el Más Antiguo.

Debo admitir que sentí un escalofrío mientras hablaba. Casi podía creer que era el poderoso hechicero que decían que era.

–Un pueblo tan antiguo también debe ser sabio –intenté mirar fijamente a esos ojos crueles e inteligentes–. Y un pueblo sabio no enfadaría al Rey Emperador.

–Un pueblo sabio sabe que debe protegerse del lobo –dijo Sharan Kang, con una leve sonrisa en los labios–. Y el lobo británico es una bestia singularmente rapaz, capitán Bastable. Ha comido bien en las tierras del sur y del oeste, ¿no es así? Pronto volverá sus ojos hacia Kumbalari.

–Lo que tú confundes con un lobo es en realidad un león –dije, intentando no demostrar que me impresionaba el hecho de que él supiera mi nombre–. Un león que trae paz, seguridad y justicia a quienes decide proteger. Un león que sabe que Kumbalari no necesita su protección.

La conversación continuó en estos términos bastante enrevesados durante algún tiempo antes de que Sharan Kang se impacientara visiblemente y dijera de repente:

“¿Por qué vienen tantos soldados a nuestra tierra?”

–Porque atacaste nuestra estación fronteriza y mataste a nuestros hombres –dije.

–Porque han puesto su “estación fronteriza” dentro de nuestras fronteras. –Sharan Kang hizo un extraño gesto en el aire–. No somos un pueblo codicioso. No tenemos necesidad de serlo. No tenemos hambre de tierra como los occidentales, porque sabemos que la tierra no es importante cuando el alma de un hombre es capaz de recorrer el universo. Puedes venir a Teku Benga, donde todos los dioses presiden, y allí te diré lo que puedes decirle a este león bárbaro advenedizo que se dignifica con títulos grandiosos.

“¿Estás dispuesto a discutir un tratado?”

–Sí, en Teku Benga, si no vienes con más de seis de tus hombres. –Hizo un gesto, dejó caer la cortina y la litera dio la vuelta. Los jinetes comenzaron a avanzar de nuevo hacia el valle.

–Es un truco, señor –observó Bisht de inmediato–. Espera que al separarlo de nosotros, cortará la cabeza de nuestro ejército y así será más fácil atacarnos.

–Puede que tengas razón, Sabadar Bisht, pero sabes muy bien que un truco así no funcionaría. Los ghoorkas no tienen miedo de luchar. –Miré de nuevo a los cipayos–. De hecho,

parecen más que dispuestos a entrar en batalla en este momento.

–No nos importa la muerte, señor... la muerte limpia en batalla. Pero no es la perspectiva de la batalla lo que me perturba. En el fondo de mi alma siento que algo peor puede ocurrir. Conozco a los kumbalaris. Son un pueblo profundamente malvado. Pienso en lo que puede ocurrirle a usted en Teku Benga, capitán Bastable.

Puse una mano afectuosa sobre el hombro de mi Sabadar. “Me siento honrado de que te sientas así, Sabadar Bisht. Pero es mi deber ir a Teku Benga. Tengo mis órdenes. Debo resolver este asunto pacíficamente si es posible”.

–Pero si no regresa de Teku Benga en un día, señor, avanzaremos hacia la ciudad. Luego, si no nos dan pruebas fehacientes de que está vivo y en buen estado de salud, atacaremos Teku Benga.

–No hay nada malo en ese plan –convine.

Así pues, a la mañana siguiente, con Risaldar Jenab Shah y cinco de sus guerreros, partí hacia Teku Benga y vi por fin la ciudad amurallada de la montaña en la que ningún extraño había sido admitido durante mil años. Por supuesto, desconfiaba de Sharan Kang. Por supuesto, me preguntaba por qué, después de mil años, estaba dispuesto a permitir que los extranjeros profanaran la ciudad santa con su

presencia. Pero ¿qué podía hacer? Si decía que estaba dispuesto a negociar un tratado, entonces tenía que creerle.

No podía imaginar cómo se había construido una ciudad así, que se alzaba sobre los riscos del Himalaya. Sus torres y cúpulas disparatadas desafiaban las leyes de la gravedad. Sus muros torcidos seguían la línea de las laderas de las montañas y muchos de los edificios parecían arrancados y colocados delicadamente sobre astillas de roca que apenas podían soportar el peso de un hombre. Muchos de los tejados y las paredes estaban decorados con complicadas tallas de una factura infinitamente delicada, engastadas con joyas y metales preciosos, maderas raras, jade y marfil. Los remates se curvaban sobre sí mismos y volvían a curvarse. Monstruosas bestias de piedra miraban fijamente desde una veintena de lugares de las paredes. Toda la ciudad brillaba bajo la fría luz y, de hecho, parecía más antigua que cualquier arquitectura que hubiera visto o sobre la que hubiera leído. Sin embargo, a pesar de toda su riqueza y su antigüedad, Teku Benga me pareció un lugar bastante sórdido, como si hubiera conocido días mejores. Tal vez los Kumbalaris no la construyeron, tal vez la raza que la construyó desapareció misteriosamente, como sucedió en otros lugares, y los Kumbalaris simplemente la ocuparon.

–¡Uf! ¡Qué peste! –Risaldar Jenab Shah se limpió la nariz con su pañuelo–. Deben tener las cabras y las ovejas en sus templos y palacios.

Teku Benga olía a granja que no había sido muy bien cuidada y el olor se hizo más fuerte cuando entramos por la puerta principal bajo la mirada ceñuda de los guardias. Nuestros caballos pisaban calles irregularmente pavimentadas, llenas de estiércol y otros desechos. No había mujeres en esas calles. Todo lo que vimos fueron unos pocos niños varones y varios guerreros holgazaneando, con aparente despreocupación, junto a sus ponis. Seguimos adelante, subiendo la empinada calle central, bordeada de nada más que templos, hacia una gran plaza en lo que juzgué que era el centro de la ciudad. Los templos en sí eran impresionantemente feos, en un estilo que un erudito podría haber llamado barroco oriental decadente. Cada centímetro de los edificios estaba decorado con representaciones de dioses y demonios de prácticamente todas las mitologías de Oriente. Había mezclas de decoración hindú, budista, musulmana y algo cristiana, de lo que supuse que era egipcia, fenicia, persa, incluso griega, y algunas que eran aún más antiguas; pero ninguna de estas combinaciones era agradable a la vista.

Al menos ahora entendía por qué se lo llamó el Lugar donde todos los dioses presiden, aunque me parecía que presidían en una yuxtaposición bastante incómoda entre sí.

–Este es un lugar claramente insalubre –dijo Jenab Shah–. Me alegraré de irme de aquí. No me gustaría morir aquí, capitán Bastable. Temo lo que le pueda pasar a mi alma.

–Sé lo que quieres decir. Esperemos que Sharan Kang cumpla su palabra.

–No estoy seguro de haberle oído dar su palabra, señor –dijo el Risaldar significativamente cuando llegamos a la plaza y detuvimos nuestros caballos. Habíamos llegado frente a un enorme y ornamentado edificio, mucho más grande que los demás, pero con la misma mezcla repugnante de estilos. Cúpulas, minaretes, campanarios en espiral, muros enrejados, tejados en terrazas tipo pagoda, columnas talladas, remates de serpientes, monstruos fabulosos sonriendo o gruñendo desde cada esquina, tigres y elefantes montando guardia en cada puerta. El edificio era predominantemente de color verde y azafrán, pero había rojo, azul, naranja y dorado, y algunos de los tejados estaban recubiertos con pan de oro o plata. Parecía el templo más antiguo de todos. Detrás de todo esto estaba el cielo azul del Himalaya en el que bullían nubes grises y blancas. Era una vista diferente a todo lo que había experimentado antes. Me llenó de una sensación de profunda aprensión, como si estuviera en presencia de algo que no fue construido por manos humanas en absoluto.

Poco a poco, de todas las numerosas puertas, comenzaron a surgir sacerdotes vestidos de azafrán y se quedaron inmóviles, observándonos desde los escalones y galerías del edificio que era Templo o Palacio, o ambos, no podría decidir.

Estos sacerdotes no se diferenciaban mucho de los guerreros que habíamos visto antes y, desde luego, no estaban más limpios. Se me ocurrió que, si los kumbalaris desdeñaban la tierra, entonces detestaban aún más el agua. Se lo comenté a Risaldar Jenab Shah, que echó hacia atrás su enorme cabeza con turbante y se rió a carcajadas, una acción que hizo que los sacerdotes nos fruncieran el ceño con odio y repugnancia. Estos sacerdotes no llevaban la cabeza rapada, como la mayoría de los que vestían la túnica azafrán. Tenían el pelo largo que les caía sobre la cara en muchas trenzas grasientas y algunos tenían bigotes o barbas trenzadas de forma similar. Eran un grupo siniestro y desagradable. No pocos tenían cinturones o fajas en los que estaban metidas espadas envainadas.

Esperamos y ellos nos observaban. Les devolvimos la mirada intentando parecer mucho menos preocupados de lo que estábamos. Nuestros caballos se movían inquietos bajo nosotros y sacudían sus crines, resoplando como si el hedor de la ciudad fuera demasiado, incluso para ellos.

Por fin, la litera dorada, llevada por cuatro sacerdotes, apareció desde lo que debía ser la entrada principal del templo. Las cortinas se abrieron y allí estaba sentado Sharan Kang.

Estaba sonriendo.

—Estamos aquí, Sharan Kang —comencé—, para escuchar

todo lo que quieras decirme sobre tus incursiones en nuestras estaciones fronterizas y para discutir los términos de un tratado que nos permita vivir juntos en paz.

La sonrisa de Sharan Kang no vaciló, pero me temo que mi voz se quebró un poco al mirar fijamente ese rostro arrugado y malvado. Nunca antes me había sentido convencido de estar en presencia de la pura maldad, pero en ese momento lo estaba.

Después de un momento, habló: “Escucho tus palabras y debo considerarlas. Mientras tanto, serán mis huéspedes aquí”, hizo un gesto hacia atrás, “aquí en el Templo del Futuro Buda, que también es mi palacio. El más antiguo de todos estos edificios pretéritos”.

Desmontamos un poco nerviosos. Los cuatro sacerdotes recogieron la litera de Sharan Kang y la llevaron al interior. Nosotros los seguimos. El interior estaba cargado de incienso y mal iluminado por cuencos de aceite en llamas que chisporroteaban colgados de cadenas fijadas al techo. Sin embargo, allí no había representaciones de Buda, y supuse que esto se debía a que el “futuro Buda” aún no había nacido.

Seguimos la litera a través de un sistema de pasillos, tan complicado que parecía un laberinto, hasta que llegamos a una pequeña cámara en la que se había colocado comida sobre una mesa baja rodeada de cojines. Allí bajaron la litera

y los sacerdotes asistentes se retiraron, aparentemente dejándonos solos con Sharan Kang. Nos hizo un gesto para que nos sentáramos en los cojines, lo cual hicimos.

“Debéis comer y beber”, entonó Sharan Kang, “y entonces todos tendremos más ganas de hablar”.

Después de lavarnos las manos en cuencos de plata llenos de agua tibia y secarlas con toallas de seda, nos acercamos, con cierta renuencia, a la comida. Sharan Kang se sirvió de los mismos platos y empezó a comer con ganas, lo que para nosotros fue un alivio. Cuando probamos la comida, nos alegramos de que no pareciera estar envenenada, porque estaba deliciosa.

Felicité sinceramente al Sumo Sacerdote por su hospitalidad y él aceptó con bastante gentileza. Empezaba a parecerme una figura mucho menos siniestra. De hecho, casi empezaba a simpatizar con él.

“Es inusual”, dije, “tener un templo que también es un palacio, y con un nombre tan extraño, además”.

–Los sumos sacerdotes de Kumbalari –dijo Sharan Kang sonriendo– también son dioses, por lo que deben vivir en un templo. Y como el futuro Buda aún no está aquí para establecerse, ¿qué mejor lugar que este templo?

“Deben haber estado esperando mucho tiempo para que viniera. ¿Qué antigüedad tiene este edificio?”

“Algunas partes tienen poco más de mil quinientos o dos mil años de antigüedad. Otras partes tienen quizás entre tres y cinco mil años. Las partes más antiguas son muchísimo más antiguas que eso”.

Naturalmente, no le creí, pero acepté lo que dijo como una exageración típicamente oriental. “¿Y los Kumbalaris vivieron aquí todo ese tiempo?”, pregunté cortésmente.

“Han vivido aquí durante mucho, mucho tiempo. Antes de eso había otros seres...”

Una mirada casi de miedo apareció en sus ojos y sonrió rápidamente: “¿Es de tu agrado la comida?”

–Es muy rica –dije. Sentí un sentimiento de cariño por él, como podría haber sentido de niño por un tío bondadoso. Miré a los demás. Y fue entonces cuando empecé a sospechar, porque todos tenían sonrisas estúpidas y vacías en sus rostros. ¡Y yo me sentía somnoliento! Sacudí la cabeza, tratando de despejarla. Me puse de pie vacilante. Sacudí el hombro de Risaldar Jenab Shah. –¿Estás bien, Risaldar?

Él me miró y se rió, luego asintió sabiamente como si hubiera hecho un pronunciamiento particularmente sabio.

Ahora entendí por qué me había sentido tan bien dispuesto hacia el astuto y viejo Sumo Sacerdote.

–¡Nos has drogado, Sharan Kang! ¿Por qué? ¿Crees que cualquier concesión que hagamos en este estado será respetada cuando nos demos cuenta de lo que nos han hecho? ¿O planeas hipnotizarnos y hacer que demos órdenes a nuestros hombres que los conducirán a una trampa?

La mirada de Sharan Kang era dura. –Siéntese, capitán. No lo he drogado. Comí lo que usted comió. ¿Estoy drogado?

–Es posible. –Me tambaleé y tuve que hacer fuerza con las piernas para sostenerme. La habitación había empezado a dar vueltas–. Si tú estás acostumbrado a la droga y nosotros no. ¿Qué es? ¿Opio?

Sharan Kang se rió. “¡Opio! ¡Opio! ¿Por qué debería ser así, capitán Bastable? Si tiene sueño es sólo porque ha comido mucha de la rica comida de Kumbalari. Ha estado viviendo con la dieta más simple de un soldado. ¿Por qué no duerme un rato y...?”

Tenía la boca seca y los ojos llenos de lágrimas. Sharan Kang, murmurando suavemente, parecía balancearse ante mí como una cobra a punto de atacar. Maldiciéndolo, desabroché mi pistolera y saqué mi revólver.

Al instante, aparecieron una docena de sacerdotes con sus espadas curvas preparadas. Traté de apuntar a Sharan Kang. –Acérquese y morirá –dije con voz pastosa. No estaba seguro

de que entendieran mis palabras, pero captaron lo que quería decir.

–Sharan Kang –mi propia voz parecía venir desde muy lejos–. Mis hombres marcharán mañana sobre Teku Benga. Si no me presento ante ellos, sano y salvo, atacarán tu ciudad y la destruirán junto con todos los que viven en ella.

Sharan Kang se limitó a sonreír. “Por supuesto que estarás vivo y bien, capitán. Además, estoy seguro de que verás las cosas desde una mejor perspectiva”.

–¡Dios mío! ¡No me hipnotizarás! ¡Soy un oficial inglés, no uno de tus ignorantes seguidores!

–Por favor, capitán, descanse. Por la mañana... –Con el rabillo del ojo percibí un movimiento. Dos sacerdotes más se acercaban a mí por detrás. Me volví y disparé. Uno cayó. El otro se acercó a mí, tratando de arrebatarme el arma de las manos. Disparé y le hice un gran agujero. Con un grito, me soltó la muñeca y cayó retorciéndose al suelo. Ahora los punjabis estaban a mi lado, con sus propias pistolas desenfundadas, haciendo todo lo posible por apoyarse mutuamente, pues todos estaban tan drogados como yo. Jenab Shah dijo con dificultad: –Debemos tratar de tomar aire fresco, capitán. Podría ayudar. Y si podemos llegar a nuestros caballos, podremos escapar.

–Serán unos tontos si abandonan esta habitación –dijo

Sharan Kang con calma—. Ni siquiera nosotros conocemos cada parte del laberinto que es el Templo del Futuro Buda. Algunos dicen que algunas partes de él ni siquiera existen en nuestra época.

—¡Calla! —le ordené, cubriéndolo de nuevo con mi pistola—. No escucharé más tus mentiras.

Empezamos a alejarnos de Sharan Kang y de los sacerdotes que quedaban, con los revólveres preparados mientras buscábamos la entrada por la que habíamos entrado. Pero todas las entradas parecían iguales. Al final elegimos una y la atravesamos tambaleándonos, encontrándonos en una oscuridad casi total.

Mientras caminábamos a tientas buscando una puerta que nos llevara al exterior, me pregunté de nuevo por qué Sharan Kang nos había drogado. Sin embargo, nunca sabré cuáles eran exactamente sus planes.

De repente, uno de nuestros hombres gritó y disparó hacia la oscuridad. Al principio no vi nada más que una pared vacía. Luego, dos o tres sacerdotes corrieron hacia nosotros desde el aire, aparentemente desarmados, pero inmunes a las balas del hombre.

—¡Dejad de disparar! —grité con voz áspera, convencido de que se trataba de una ilusión óptica—. ¡Seguidme! Bajé a trompicones un tramo de escaleras, atravesé un toldo y me

encontré en otra cámara con comida preparada, pero no la misma en la que habíamos comido. Dudé. ¿Estaba ya en las garras de un sueño drogado? Crucé la habitación, derribando un taburete pequeño al pasar junto a la mesa, y aparté una serie de cortinas de seda hasta que descubrí una salida. Con mis hombres detrás de mí, atravesé el arco, golpeándome dolorosamente los hombros mientras zigzagueaba de un lado a otro del pasillo. Otro tramo de escaleras. Otra cámara casi exactamente igual a la primera, con comida preparada. Otra salida y otro tramo de escaleras que conducía hacia abajo. Un pasadizo...

No sé cuánto tiempo duró este inútil tropiezo, pero me pareció una eternidad. Estábamos completamente perdidos y nuestro único consuelo era que nuestros enemigos parecían haber desistido de perseguirnos. Estábamos en lo profundo de una parte oscura del Templo del Futuro Buda. Allí no había olor a incienso, solo aire frío y rancio. Todo lo que tocaba estaba frío; tallados en roca y tachonados de joyas y metal en bruto, cada centímetro de las paredes parecía cubierto de gárgolas. A veces, mis dedos trazaban parte de una talla y luego retrocedían horrorizados ante la visión que se evocaba.

La droga seguía en nuestro cuerpo, pero el ejercicio extenuante había disminuido parte de su efecto. Mi cabeza empezaba a aclararse cuando por fin me detuve, jadeante, y traté de reconsiderar nuestra situación.

–Creo que estamos en una parte del templo que no se utiliza –dije– y muy por debajo del nivel de la calle, a juzgar por todos esos escalones que bajamos. Me pregunto por qué no nos han seguido. Si esperamos aquí un rato y luego intentamos regresar sin que nos detecten, tendremos una oportunidad de alcanzar a nuestros hombres y advertirles de la traición de Sharan Kang. ¿Alguna otra idea, Risaldar?

Hubo silencio.

Miré hacia la oscuridad. –¿Risaldar?

Ninguna respuesta.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué una caja de cerillas. Encendí una.

Lo único que vi fueron las horribles tallas, infinitamente más repugnantes que las de las partes superiores del edificio. Parecían inhumanas e increíblemente antiguas. Ahora podía entender por qué no nos habían seguido. Solté la cerilla con un jadeo. ¿Dónde estaban mis hombres?

Me arriesgué a gritar. “¿Risaldar? ¿Yenab Shah?

Todavía silencio.

Me estremecí, empezando a creer en todo lo que me habían dicho sobre el poder de Sharan Kang. Me encontré tropezando hacia adelante, tratando de correr, cayendo

sobre la piedra y levantándome, corriendo de nuevo, enloquecido por el terror, hasta que, completamente exhausto, caí al suelo mortalmente frío del Templo del Futuro Buda.

Puede que me haya desmayado por un momento, pero lo siguiente que recuerdo es un ruido peculiar: sin lugar a dudas, el sonido de una risa distante y tintineante. ¿Sharan Kang? No.

Extendí la mano, tratando de tocar las paredes. Solo encontré espacio vacío a ambos lados de mí. Supuse que había abandonado el corredor y había entrado en una cámara. Me estremecí. De nuevo escuché esa risa peculiar y tintineante.

Entonces vi una pequeña luz delante de mí. Me levanté y comencé a caminar hacia ella, pero debía estar muy lejos, porque no se hizo más grande.

Me detuve.

¡Entonces la luz comenzó a moverse hacia mí!

Y a medida que se acercaba, el sonido de la risa sobrenatural se hacía más fuerte hasta que me vi obligado a enfundar mi pistola y taparme los oídos. La luz se intensificó. Apreté los ojos con dolor. El suelo bajo mis pies comenzó a tambalearse. ¿Un terremoto?

Me arriesgué a abrir los ojos por un momento y a través de la luz blanca cegadora tuve la impresión de ver tallas más inhumanas, o cosas más extrañas y complicadas que podrían haber sido máquinas construidas por los antiguos dioses hindúes.

Y entonces el suelo pareció ceder bajo mí y caí en picado, fui atrapado por un torbellino y arrojado hacia arriba, fui lanzado de cabeza, lanzado de un lado a otro, arrojado hacia abajo otra vez, hasta que mis sentidos me abandonaron por completo, salvo por una sensación de frío amargo, amargo.

Entonces no sentí nada, ni siquiera el frío. Me convencí de que estaba muerto, asesinado por una fuerza que acechaba bajo el Templo desde el comienzo de los tiempos y a la que incluso Sharan Kang, el Maestro Hechicero de Teku Benga, había tenido miedo de enfrentarse.

Entonces dejé de pensar en absoluto.

Capítulo III

LA SOMBRA DEL CIELO

La conciencia volvió primero en forma de una serie de impresiones vagas: ejércitos compuestos por millones de hombres que marchaban contra un fondo de árboles grises y blancos; llamas negras ardiendo; una joven con un vestido blanco, con el cuerpo atravesado por docenas de largas flechas. Había muchas imágenes de ese tipo y poco a poco se fueron haciendo más fuertes y los colores se hicieron cada vez más intensos.

Tomé conciencia de mi propio cuerpo. Estaba más frío que el hielo, incluso más frío que antes de desmayarme. Y, sin embargo, curiosamente, no sentía ninguna molestia. No sentía nada; solo sabía que tenía frío.

Intenté mover los dedos de mi mano derecha (todavía no

podía ver nada) y pensé que tal vez el dedo índice se levantase una fracción.

Las imágenes en mi cabeza se volvieron más horribles. Los cadáveres llenaban mi cráneo, cuerpos brutalmente mutilados. Niños moribundos extendían sus manos hacia mí en busca de ayuda. Soldados bestiales con uniformes incoloros violaban mujeres. Y por todas partes había fuego, humo negro, edificios derrumbándose. Tuve que escapar de esas imágenes e hice un gran esfuerzo para mover mi brazo.

Por fin, el brazo empezó a doblarse, pero estaba increíblemente rígido. Y mientras se doblaba, un dolor me invadió tanto que grité con un ruido extraño y chirriante. Abrí los ojos de golpe y al principio no vi nada más que una neblina lechosa. Moví el cuello. De nuevo el dolor repugnante. Pero las imágenes empezaban a desvanecerse. Doblé la pierna y jadeé. De repente, el fuego pareció llenarme, derritiendo el hielo que había congelado mi sangre. Empecé a temblar por todas partes, pero el dolor disminuyó. Y entonces vi que estaba tumbado boca arriba mirando el cielo azul. Parecía estar en el fondo de un pozo, porque había paredes empinadas por todos lados.

Después de mucho tiempo, pude sentarme erguido e inspeccionar mi entorno. Estaba en una especie de pozo, pero un pozo artificial, ya que el pozo estaba hecho de piedra tallada. Las tallas eran similares a las que había vislumbrado fugazmente antes de desplomarme. A la luz del día no

parecían tan intimidantes, pero eran cosas feas de todos modos.

Sonreí ante mis temores. Era evidente que había habido un terremoto que había derrumbado el Templo del Futuro Buda. Las otras cosas que había visto habían sido causadas por la acción de la droga en mi asustado cerebro. De algún modo había escapado a lo peor del terremoto y estaba relativamente ileso. Dudaba que Sharan Kang y su gente hubieran tenido tanta suerte, pero era mejor que fuera con cautela hasta saber con certeza que no me estaban esperando arriba. Probablemente el pobre Risaldar Jenab Shah y los sowars habían muerto en las catacumbas. Pero al menos la Naturaleza había hecho el trabajo que me habían encomendado: el terremoto habría “pacificado” incluso a Sharan Kang. Incluso si no estuviera muerto, ahora estaría desacreditado, porque aquellos de su pueblo que aún estuvieran vivos verían el terremoto como una señal de los dioses. Me puse de pie y me miré las manos. Estaban cubiertas de una espesa capa de polvo que parecía haber estado allí durante siglos. Y mi ropa estaba hecha jirones. Al sacudir el polvo, cayeron trozos de tela. Me toqué la chaqueta. ¡La tela parecía estar podrida! Me sentí momentáneamente perturbado, pero luego deduje que habían sido afectadas por la acción de algún gas peculiar que llenaba las cámaras más profundas del templo, un gas que tal vez se había combinado con la droga para hacerme sufrir esas extrañas alucinaciones.

Cuando me sentí un poco mejor, comencé, con toda la cautela que pude, a intentar subir hasta la parte superior del pozo, que se encontraba a unos diez metros por encima de mi cabeza. Estaba extremadamente débil y terriblemente rígido, y la roca era blanda y a menudo se rompía cuando intentaba encontrar un punto de apoyo. Pero, utilizando las gárgolas como escalones, logré trepar lentamente hasta la parte superior del pozo, trepar por el borde y mirar con cautela a mi alrededor.

No había señales de Sharan Kang ni de sus hombres. De hecho, no había ningún signo de vida. A donde quiera que miraba veía ruinas. Ni un solo edificio en Teku Benga había escapado al terremoto. Muchos de los templos parecían haber desaparecido por completo.

Me levanté y comencé a caminar sobre los restos agrietados del pavimento.

Y entonces me detuve de repente y, por primera vez desde que me había despertado, me di cuenta de que había algo que no podía racionalizar.

No había cadáveres, lo que no podría haber sido de esperar si el terremoto hubiera ocurrido la noche anterior, como yo pensaba. Pero tal vez la gente había logrado escapar de la ciudad. Podía aceptarlo.

Lo que me sorprendió no fue que las aceras estuvieran

agrietadas, sino que las malas hierbas crecían en profusión entre las grietas.

Y ahora que miré, había enredaderas, pequeñas flores de montaña, parches de brezo creciendo por todas partes en las ruinas. ¡Estas ruinas eran antiguas! ¡Habían pasado años desde que alguien las había ocupado!

Me lamí los labios y traté de recomponerme. ¿Quizás no estaba en Teku Benga? ¿Quizás me habían sacado de la ciudad de Sharan Kang y me habían dejado morir entre las ruinas de otra ciudad?

Pero esto era claramente Teku Benga. Reconocí las ruinas de varios edificios. Y no había prácticamente otra ciudad como Teku Benga, ni siquiera en los misteriosos Himalayas.

Además, reconocí las montañas circundantes, el paso lejano que conducía a lo que había sido la muralla de la ciudad y era evidente que me encontraba en las ruinas de la plaza central en la que se había erigido el Templo del Futuro Buda. De nuevo experimenté un escalofrío de miedo. De nuevo miré hacia abajo, hacia mi cuerpo cubierto de polvo, hacia mis ropas podridas, hacia las hierbas bajo mis botas rotas, hacia todas las pruebas, pruebas que se burlaban de mi cordura, pruebas que demostraban que no habían pasado horas, sino años desde que había intentado escapar de la trampa que Sharan Kang me había tendido.

¿Estaría soñando todavía?, me pregunté. Pero si esto fuera un sueño, no se parecería a nada que hubiera soñado antes. Y siempre se puede distinguir un sueño de la realidad, por muy nítido y coherente que sea. (Eso fue lo que sentí entonces, pero ahora me pregunto, me pregunto...)

Me senté sobre una losa de mampostería rota y traté de pensar. ¿Cómo era posible que yo todavía estuviera vivo? Al menos debían haber pasado dos años desde el terremoto (si es que hubo terremoto) y, aunque mi ropa había estado sujeta a los procesos normales del tiempo, mi carne no se había visto afectada. ¿Podría el gas que yo sospechaba que había causado la putrefacción haberme preservado? Era la única explicación, y bastante descabellada, por cierto. Haría falta un científico inteligente para investigar el asunto. Yo no estaba a la altura. Ahora mi trabajo era volver a la civilización, ponerme en contacto con mi regimiento y averiguar qué había estado sucediendo desde que perdí el conocimiento.

Mientras trepaba por las ruinas, intenté apartar de mi mente esos pensamientos asombrosos y concentrarme en mi problema inmediato, pero era difícil y todavía no podía librarme por completo de la idea de que me había vuelto completamente loco.

Finalmente llegué a las paredes desmoronadas y arrastré mi cuerpo dolorido por encima de ellas. Al llegar a la cima miré hacia el otro lado, buscando el camino que había estado

allí. Pero había desaparecido. En su lugar había un abismo enorme, como si la roca se hubiera abierto de par en par y la parte de la montaña en la que se había levantado la ciudad se hubiera movido al menos cien pies del resto. No había absolutamente ninguna manera de cruzar al otro lado. Empecé a reír, una carcajada áspera y agotada, y luego me invadieron una serie de sollozos secos y desgarradores. De alguna manera, el destino me había perdonado la vida, solo para presentarme la perspectiva de una muerte lenta mientras me moría de hambre despacio en esta montaña sin vida.

Cansado, tumbé la cabeza y debí de dormir un sueño natural durante una o dos horas, porque cuando me desperté el sol estaba más bajo en el cielo. Eran aproximadamente las tres de la tarde.

Me levanté a duras penas, me di la vuelta y empecé a caminar de nuevo entre las ruinas. Intentaría llegar al otro lado de la ciudad y ver si había alguna otra forma de bajar de la montaña.

A mi alrededor se extendían las laderas nevadas del Himalaya: impasibles, indiferentes. Y encima de mí se extendía el cielo azul pálido en el que ni siquiera volaba un halcón. Era casi como si yo fuera la última criatura viva del mundo.

Me abstuve de continuar con esa línea de pensamiento,

pues sabía que la locura sería el resultado si comenzaba a razonar de esa manera.

Cuando finalmente llegué al otro lado de la ciudad, la desesperanza me consumió una vez más, pues en todos los barrios restantes había acantilados escarpados que descendían varios cientos de pies por lo menos. Esa fue sin duda la razón por la que se ubicó la ciudad allí en primer lugar. Solo había un acceso (o lo había habido) y eso significaba que Teku Benga estaba a salvo de todo, excepto de un ataque frontal. Me encogí de hombros con desesperación y comencé a preguntarme qué plantas podrían ser comestibles. No es que tuviera hambre en ese momento. Sonreí amargamente. ¿Por qué debería tenerla, si había sobrevivido al menos dos años? El chiste me hizo reír. Era una risa loca. Me detuve. El sol estaba comenzando a ponerse y el aire se había vuelto frío. Finalmente me arrastré hasta un refugio formado por dos losas de mampostería y caí una vez más en un sueño profundo y sin fantasías.

Cuando me desperté de nuevo, ya era de madrugada. Sentía una nueva confianza y había ideado una especie de plan. El tiempo no había afectado a mi cinturón de cuero y a mi correa de hombro, y aunque estaban ligeramente agrietados, seguían siendo resistentes. Buscaría en las ruinas hasta encontrar más cuero. En algún lugar debía de haber todavía cofres, incluso los restos de los guerreros Kumbalari que habían muerto en el terremoto. Dedicaría lo que me quedaba de energía a encontrar suficiente cuero con el que

pudiera trenzar una cuerda. Con una cuerda podría intentar bajar de la montaña. Y si moría en el intento, bueno, no sería peor que los medios alternativos de morir que se me presentaban.

Pasé las siguientes horas entrando y saliendo de las ruinas, y descubrí primero un esqueleto que todavía vestía las pieles, el hierro y el cuero de un soldado kumbalari. Alrededor de su cintura había un cordón de cuero bastante largo. Lo probé y todavía estaba fuerte. Con el ánimo en alto, continué la búsqueda.

Estaba agazapado en las ruinas de uno de los templos, intentando sacar otro esqueleto, cuando oí por primera vez el sonido. Al principio pensé que era un ruido producido por los huesos al raspar la roca, pero era demasiado suave. Entonces me pregunté si, después de todo, no estaba solo en las ruinas. ¿Podría estar oyendo el ronroneo de un tigre? No, aunque ese era más bien el sonido. Dejé de tirar del esqueleto e incliné la cabeza, intentando escuchar con más atención. ¿Un tambor, tal vez? ¿Un redoble de tambor que resonaba a través de las montañas? Sin embargo, podía estar a ochenta kilómetros de distancia.

Me arrastré de nuevo a través del hueco y, mientras lo hacía, una sombra empezó a extenderse sobre los escombros que tenía delante. Una sombra enorme y negra que podría haber sido la de un pájaro enorme, salvo que era larga, de forma regular y curva.

Nuevamente dudé de mi propia cordura y con cierta inquietud me obligué a mirar hacia arriba.

Me quedé boquiabierto. No era un pájaro, sino un globo gigantesco con forma de puro. Y, sin embargo, no se parecía a ningún globo que hubiera visto antes, pues su envoltura parecía rígida (construida con algún metal plateado) y unida a esta envoltura (sin balancearse con cuerdas) había una góndola casi tan larga como el globo.

Lo que más me sorprendió fue el eslogan inscrito en letras enormes en el casco:

SERVICIO AÉREO REAL DE LA INDIA

De su popa sobresalían cuatro “alas” triangulares que se parecían mucho a las aletas caudales planas de una ballena. Y en cada una de ellas había pintada en rojo, blanco y azul brillante una gran bandera británica.

Por un momento, me quedé mirando al monstruo volador con incredulidad y asombro. ¡Y luego comencé a saltar por las ruinas, agitando los brazos y gritando con todas mis fuerzas!

Capítulo IV

UN ARQUEÓLOGO AFICIONADO

Yo mismo debí de parecer una imagen bastante extraña, con mi cuerpo sucio y vestido con ropas podridas, bailando y rugiendo como un loco entre las ruinas de esa antigua ciudad, como si fuera un náufrago de antaño que por fin hubiera avistado la goleta que podría salvarlo. Pero no parecía que esa goleta del aire me hubiera visto. Imperturbable, siguió navegando, rumbo a las lejanas montañas del norte, con sus cuatro grandes motores marcando su ritmo suave y regular, haciendo girar las enormes hélices giratorias que aparentemente impulsaban el barco. Pasó sobre las ruinas y parecía continuar su curso, tan inconsciente de mi presencia como podría haberlo estado de una mosca posada a su lado.

Los motores se detuvieron. Esperé tenso. ¿Qué haría el globo a continuación? Seguía avanzando, impulsado por su propio impulso.

Cuando los motores volvieron a ponerse en marcha, su sonido era más agudo. Me hundí en el suelo, desesperado. Posiblemente los pilotos (suponiendo que hubiera hombres en el monstruo) habrían pensado que habían visto algo, pero luego decidieron que no valía la pena detenerse a investigar. Un temblor recorrió la gran masa plateada y luego, muy lentamente, comenzó a desplazarse hacia atrás, hacia donde yo estaba sentado, jadeante y ansioso. Las hélices se habían invertido, como se invierten las hélices de un barco de vapor.

Volví a saltar y mi rostro se iluminó con una enorme sonrisa. Me iban a salvar, aunque fuera gracias a la máquina voladora más extraña jamás inventada.

Pronto, la gran masa, del tamaño de un pequeño barco de vapor, estaba sobre mi cabeza, tapando el cielo. Medio loco de alegría, seguí saludando. Oí gritos distantes desde arriba, pero no pude distinguir las palabras. Comenzó a sonar una sirena, pero lo tomé como un saludo, como el silbato de un barco.

De repente, algo cayó del barco. Me golpearon brutalmente en la cara y me estrellaron contra la roca. Me quedé sin aliento, incapaz de entender el motivo del ataque o, en realidad, qué misil se había utilizado.

Parpadeando, me incorporé y miré a mi alrededor. A varios metros a la redonda, las ruinas brillaban húmedas y ahora había varios charcos enormes a la vista.

Estaba empapado. ¿Era una broma de mal gusto a mi costa, su manera de decirme que necesitaba un baño? Parecía poco probable. Temblando, me levanté, casi esperando que la aeronave enviara otra masa de agua.

Pero entonces me di cuenta de que el barco se hundía rápidamente hacia las ruinas, que se alzaban bajas en el cielo y seguían haciendo sonar su sirena. Por suerte, no llevaba arena como lastre, pues el agua era el lastre. Mucho más ligero, el globo pudo acudir en mi ayuda con mayor rapidez.

Pronto se encontraba a poco más de seis metros por encima de mí. Observé fijamente el eslogan que figuraba en el lateral y las banderas británicas que adornaban las aletas de la cola. No había ninguna duda de que era real. Una vez había visto volar un dirigible al señor Santos–Dumont, pero había sido un artefacto rudimentario comparado con aquel gigante. Decidí que se habían producido muchos avances en los últimos dos años.

Ahora se abrió una escotilla circular en el fondo de la góndola de metal y rostros británicos divertidos se asomaron por el borde.

–Lamento lo del baño, hijo mío –gritó uno en un tono

cockney familiar⁸–, pero intentamos advertirte. ¿Entiendes inglés?

“¡Soy inglés!” grazné.

–¡Caray! Espera un momento. –La cara desapareció.

–Está bien –dijo el rostro, reapareciendo–. No te acerques.

Retrocedí nerviosamente, esperando que me empaparan otra vez, pero esta vez una escalera de cuerda serpenteaba desde la escotilla. Corrí hacia adelante y la agarré con alivio, pero tan pronto como mi mano agarró el primer escalón, escuché un grito desde arriba:

–¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Oh, Murphy, el idiota! El...

Me perdí el resto del juramento porque me arrastraron por las rocas hasta que logré soltarme del peldaño y caer de bruces. La máquina voladora había girado un poco en el cielo (una fracción equivale a unos cuantos pies) y me había tumbado por segunda vez. Me levanté y no intenté agarrarme de la escalera de cuerda de nuevo.

–Bajaremos –gritó el rostro–. Quédate donde estás.

Al poco rato, dos hombres elegantemente vestidos salieron de la escotilla y empezaron a bajar por la escalera.

⁸ Un cockney, en el sentido menos estricto de la palabra, es un habitante de los bajos fondos del East End londinense.

Iban vestidos con uniformes blancos muy similares a los que llevaban los marineros en los trópicos, aunque sus chaquetas y pantalones estaban ribeteados con anchas bandas de color azul claro y no reconocí las insignias que llevaban en las mangas. Admiré la habilidad y la velocidad con que bajaron por la escalera oscilante, soltando una cuerda que conducía hacia arriba, al interior del barco. Cuando estaban unos peldaños por encima de mí, me lanzaron una cuerda.

–Tranquilo, hijo mío –gritó el hombre que me había hablado al principio–. Átate esto por debajo del brazo y te llevaremos arriba. ¿Entiendes?

–Lo entiendo. Rápidamente obedecí sus instrucciones.

“¿Estás seguro?”, preguntó el hombre.

Asentí y agarré bien la cuerda.

El 'marinero' del cielo hizo una señal a un compañero invisible del barco: “¡Arriba, Bert!”

Oí el zumbido de un motor y luego me arrastraron hacia arriba. Al principio, empecé a dar vueltas como loco y me sentí terriblemente mareado y enfermo hasta que uno de los hombres que estaban en la escalera se inclinó y me agarró la pierna, lo que me ayudó a subir.

Después de lo que debió ser un minuto, pero que pareció una hora, me sacaron por el costado de la escotilla y me

encontré en una cámara circular de unos doce pies de diámetro y unos ocho pies de alto. La cámara estaba hecha completamente de metal y se parecía bastante a una torreta de cañón en un acorazado moderno. El pequeño cabrestante accionado por motor que me había servido para subir fue detenido ahora por otro hombre uniformado, sin duda 'Bert'. Los otros dos subieron a bordo, subieron la escalera de cuerda de manera experta y cerraron la escotilla con un estruendo, asegurándola con fuerza.

Había otro hombre en la cámara, de pie cerca de una puerta ovalada. Él también iba vestido de blanco, pero llevaba un sombrero de copa y tenía insignias de mayor en las hombreras de su camisa. Era un hombre pequeño, de rostro afilado y vulpino, con un bigotito negro prolijo que alisaba con la punta de su bastón mientras me miraba con cara de póquer.

Después de una pausa, mientras sus grandes ojos oscuros observaban mi apariencia de pies a cabeza, dijo: “Bienvenido a bordo, ¿eres inglés?”

Terminé de quitarme la cuerda de debajo de los brazos y saludé. “Sí, señor. Capitán Oswald Bastable, señor”.

–Ejército, ¿eh? Un poco raro, ¿eh? Soy el mayor Powell, de la Real Policía Aérea de la India. Como probablemente habrás notado. Este es el barco de patrullaje Pericles. –Se rascó la larga nariz con el borde del bastón–. Increíble,

increíble. Bueno, hablaremos más tarde. Primero, te diría que a la enfermería, ¿no?

Abrió la puerta ovalada y se hizo a un lado mientras los dos hombres me ayudaban a pasar.

Ahora me encontraba en un largo pasillo, vacío por un lado pero con grandes ojos de buey en el otro. A través de los ojos de buey podía ver las ruinas de Teku Benga cayendo lentamente debajo de nosotros. Al final del pasillo había otra puerta y, más allá de la puerta, una esquina que daba a un pasillo más corto a ambos lados del cual se alineaban más puertas con varios letreros. Uno de los letreros era ENFERMERÍA.

Había ocho camas en el interior, ninguna de las cuales estaba ocupada. Había todas las comodidades de un hospital moderno, incluidos varios aparatos cuyo uso no podía ni imaginar. Me permitieron desnudarme detrás de un biombo y darme un largo baño en la bañera que encontré allí. Sintiéndome mucho mejor, me puse el pijama (también blanco y celeste) que me habían proporcionado y me dirigí a la cama que habían preparado en el otro extremo de la habitación.

Debo admitir que estaba en una especie de trance. Me costaba recordar que estaba en una habitación que en ese momento probablemente flotaba a varios cientos de pies o más sobre las montañas del Himalaya. De vez en cuando se

producía un ligero movimiento de un lado a otro o algún que otro golpe, como el que se puede sentir en un tren, y, de hecho, me sentía más bien como si estuviera en un tren, un expreso de primera clase bastante lujoso, tal vez.

Al cabo de unos minutos, el médico del barco entró en la habitación y conversó un momento con el ordenanza que estaba plegando las pantallas. El médico era un hombre joven, de cabeza grande y redonda y una mata de pelo rojo. Cuando habló, lo hizo con un suave acento escocés.

“¿Es el capitán Bastable?”

–Así es, doctor. Creo que estoy bien. En mi cuerpo, al menos.

“¿Tu cuerpo? ¿Qué crees que te pasa en la cabeza?”

–Francamente, señor, creo que probablemente estoy soñando.

–Eso es lo que pensamos cuando te vimos por primera vez. ¿Cómo diablos lograste llegar hasta esas ruinas? Pensé que era imposible. –Mientras hablaba, me tomó el pulso, me miró los ojos e hizo las cosas que los médicos suelen hacer cuando no pueden encontrar nada específicamente malo.

–No estoy seguro de que me crea, doctor, si le dijera que llegué a caballo –dije.

Soltó una risa peculiar y me metió un termómetro en la boca. “¡No, no creo que lo hiciera! ¡Subió en bicicleta! ¡Ja!”.

–Bueno –dije con cautela, después de que me quitó el termómetro–, sí que fui allí.

–Sí –dijo, aunque evidentemente, no me creyó–. Es posible que creas que lo hiciste. Y el caballo saltó ese abismo, ¿no?

“No había ningún abismo allí cuando fui”.

–¿No había abismo? –se rió en voz alta–. ¡Por Dios! ¡No había abismo! Siempre ha habido un abismo, desde hace muchísimo tiempo, en cualquier caso. Por eso estábamos sobrevolando las ruinas. La única forma de llegar a ellas es en dirigible. El mayor Powell es un arqueólogo aficionado. Tiene permiso para reconocer esta zona con vistas a explorar Teku Benga en algún momento. Sabe más que nadie sobre las civilizaciones perdidas del Himalaya. Es un erudito, nuestro mayor Powell.

–No consideraría a Kumbalari como una civilización perdida –dije–. No en el sentido estricto. Ese terremoto seguramente sólo pudo haber ocurrido hace un par de años. Fue entonces cuando fui allí.

–¿Hace dos años? ¿Llevas dos años en ese lugar olvidado de Dios? Pobre hombre. Pero te encuentras en una forma notable, debo admitirlo. –Frunció el ceño de repente.

“¿Terremoto? No he oído hablar de ningún terremoto en Teku Benga. Eso sí...”

–No ha habido ningún terremoto en Teku Benga desde que tengo memoria –dijo la voz aguda y precisa del mayor Powell, que había entrado mientras hablábamos. Me miró con cierta curiosidad cautelosa–. Y dudo mucho que alguien pueda vivir allí durante dos años. No hay nada para comer, por un lado. Por otro lado, no hay otra explicación de cómo llegaste allí, a menos que una expedición privada de la que no he oído hablar haya volado allí hace dos años.

Ahora me tocaba a mí sonreír. “Es poco probable, señor. Hace dos años no existía ninguna nave de este tipo. De hecho, es sorprendente cómo...”

–Creo que será mejor que lo compruebes aquí, Jim –dijo el mayor Powell, dándose golpecitos en la cabeza con el bastón–. El pobre tipo ha perdido la noción del tiempo... o algo así. ¿En qué fecha partiste hacia Teku Benga, capitán Bastable?

“El veinticinco de junio, señor.”

–Um... ¿Y en qué año?

–En 1902, señor.

El médico y el mayor se miraron con cierta preocupación.

–Ahí fue cuando se produjo el terremoto, ¿no? –dijo el mayor Powell en voz baja–. En 1902. Casi todos murieron. Y había algunos soldados ingleses allí... ¡Oh, por Dios! ¡Esto es ridículo! –Volvió a prestarme atención–. Estás en un estado grave, jovencito. Yo no lo llamaría amnesia, sino una especie de falso recuerdo. ¿Quieres jugarnos una mala pasada, eh? Quizá hayas leído mucha historia, ¿eh?, como yo. ¿Quizás también seas un arqueólogo aficionado? Bueno, espero que pronto podamos curarte y saber qué ocurrió realmente.

–¿Qué tiene de extraño mi historia, mayor?

–En primer lugar, amigo, estás demasiado bien conservado como para haber ido a Teku Benga en 1902. Eso fue hace más de setenta años. Hoy es 15 de julio. El año, me temo, es 1973 d. C., por supuesto. ¿Te suena de algo?

Negué con la cabeza. “Lo siento, mayor. Pero estoy de acuerdo contigo en una cosa. Obviamente estoy completamente loco”.

“Esperemos que no sea permanente”, sonrió el doctor. “Probablemente he estado leyendo demasiado a HG Wells, ¿no?”

Capítulo V

MI PRIMERA VISIÓN DE LA UTOPIÍA

Evidentemente, por un equivocado sentido de la bondad, tanto el doctor como el mayor Powell me dejaron solo. Me habían inyectado una droga hipodérmica que me producía sueño, pero no podía dormir. Ahora estaba totalmente convencido de que una fuerza peculiar de las catacumbas del Templo del Futuro Buda me había impulsado a través del Tiempo. Sabía que era verdad. Sabía que no estaba loco. De hecho, si lo estuviera, no tendría mucho sentido luchar contra una ilusión tan detallada y coherente; bien podría aceptarla. Pero ahora quería más información sobre el mundo en el que me había sumergido. Quería discutir las posibilidades con el doctor y el mayor. Quería saber si había alguna prueba de que algo así hubiera sucedido antes, algún informe inexplicable sobre hombres que afirmaban haber

venido de otra época. Al pensar en eso, me deprimí. Sin duda había otros relatos. Y sin duda, también, esos hombres habían sido considerados locos y enviados a manicomios, o charlatanes y enviados a prisión. Si yo pudiera seguir siendo libre para ver más de este mundo del futuro, para descubrir, si pudiera, un medio de regresar a mi propio tiempo, entonces no sería bueno que yo hiciera una afirmación demasiado fuerte de la verdad. Sería mejor que yo fingiera amnesia. Así ellos entenderían mejor. Y si pudieran inventar una explicación de cómo llegué a estar en las ruinas de Teku Benga setenta años después de que el último hombre hubiera podido poner un pie allí, entonces ¡buena suerte para ellos!

Sintiéndome mucho más feliz por todo el asunto, después de haber tomado mi decisión, me acomodé en las almohadas y me quedé dormido.

“El dirigible está a punto de aterrizar, señor.”

Fue la voz del celador la que me despertó de mi trance. Me incorporé con dificultad en la cama, pero él me puso una mano sobre la espalda para contenerme. “No se preocupe, señor. Recuéstese y disfrute del viaje. Lo trasladaremos al hospital tan pronto como estemos amarrados de manera segura. Solo quería informarle”.

–Gracias –dije débilmente.

–Seguro que ya ha pasado por eso, señor –dijo el ordenanza con simpatía–. Escalar montañas es una actividad complicada en esa clase de país.

“¿Quién te dijo que había estado escalando montañas?”

Estaba confundido. “Bueno, nadie, señor. Simplemente pensamos... Bueno, era la explicación obvia”.

“¿La explicación obvia? Sí, ¿por qué no? Gracias de nuevo, ordenanza”.

Frunció el ceño mientras se daba la vuelta. “Ni lo mencione, señor”.

Poco después empezaron a quitar los tornillos que fijaban la cama a la cubierta. Apenas me había dado cuenta –salvo por una ligera sensación de hundimiento y algunos temblores– de que la nave había aterrizado. Me llevaron en silla de ruedas por los pasillos hasta que llegamos a lo que supuse que era el centro del dirigible. Allí habían bajado unas enormes puertas plegables para formar unos escalones hasta el suelo y habían colocado una rampa sobre los escalones para poder bajar mi cama en silla de ruedas.

Salimos a un aire claro y cálido y la cama se sacudió un poco al ser empujada sobre la hierba aplastada hasta lo que claramente era un furgón hospitalario, pues tenía grandes cruces rojas pintadas en sus costados blancos. El furgón estaba motorizado, por lo que parecía. No había caballos a

la vista. Al mirar a mi alrededor recibí mi segunda sorpresa de puro asombro ante lo que ahora veía. Dispersas por un vasto campo había varias torres, más pequeñas que la Torre Eiffel de París, pero muy parecidas a ella. Aproximadamente la mitad de estas torres estaban en uso: grandes pirámides de vigas de acero a las que estaban amarradas la mayor parte de una docena de dirigibles, ¡la mayoría de los cuales eran considerablemente más grandes que el gigante en el que me habían llevado! Era obvio que no todos los monstruos voladores eran naves militares. Algunas eran comerciales, con los nombres de sus líneas pintados en sus costados y decoradas de forma bastante más elaborada que, por ejemplo, el Pericles.

El médico se acercó a mí cuando mi cama se tambaleó sobre el césped. “¿Cómo te sientes?”

“Mejor, gracias. ¿Dónde estamos?”

“¿No lo reconoces? Es Katmandú. Nuestro cuartel general está aquí”.

¡Katmandú! La última vez que había visto la ciudad, parecía claramente una capital oriental, con una arquitectura al estilo ancestral de estos lugares. Pero ahora, a lo lejos, más allá de las grandes torres de amarre, podía ver altos edificios blancos que se elevaban cada vez más, piso tras piso, de modo que parecía que casi tocaban las nubes. Por supuesto, también había edificios nepaleses, pero estos quedaban

completamente empequeñecidos por las imponentes torres blancas. Noté algo más antes de que me subieran a la furgoneta: una larga cinta de acero, elevada sobre una serie de pilares grises, que se extendía desde la ciudad hasta desaparecer en el horizonte.

“¿Y qué es eso?”, le pregunté al médico.

Parecía desconcertado. “¿Qué? ¿El monorraíl? Bueno, sólo un monorraíl, por supuesto”.

–¿Quieres decir que un tren circula por esa única vía?

–Exactamente. –Hizo una pausa mientras subía a la camioneta conmigo y las puertas se cerraron con un suave silbido–. Sabes, Bastable, tu sorpresa es condenadamente convincente. Ojalá supiera qué es lo que realmente te pasa.

Decidí proponer mi mentira. –¿Podría ser amnesia, doctor? –Se oyó un suave golpe cuando la furgoneta empezó a moverse, pero no oí el familiar traqueteo de un motor de combustión interna–. ¿Qué hace funcionar esta cosa?

“¿Qué esperabas? Es vapor, por supuesto. Esto es un barco de vapor Stanley común y corriente que se incendió”.

“¿No es un motor de gasolina?”

–¡Espero que no! Son cosas primitivas. El motor de vapor es infinitamente más eficiente. Debes saber todo esto,

Bastable. No digo que intentes engañarme deliberadamente, pero...

–Creo que será mejor que asuma que he olvidado todo, excepto mi nombre, doctor. Todo lo demás es probablemente una ilusión que he sufrido. Algo provocado por la exposición y la desesperación de ser rescatado alguna vez. Probablemente descubra que soy el sobreviviente de una expedición de montañismo que desapareció hace algún tiempo.

–Sí –dijo con cierto alivio–. Pensé que podría ser una escalada. ¿No recuerdas haber subido? ¿Cómo se llamaban los demás? Cosas así.

“No recuerdo.”

–Bueno –dijo satisfecho–, al menos estamos empezando a dar los primeros pasos.

Finalmente, la camioneta se detuvo y me llevaron de nuevo, esta vez a una plataforma de carga elevada diseñada específicamente para ese propósito. A través de un par de puertas (que se abrieron aparentemente sin intervención humana) y entré en un pasillo limpio y luminoso hasta que llegué a una habitación que estaba igualmente limpia y luminosa, y sin rasgos distintivos.

“Aquí estamos”, dijo el médico.

“¿Y esto es?”

“El Hospital Churchill, que lleva el nombre del difunto virrey, Lord Winston. Hizo mucho por la India”.

“¿Es ese el Churchill que escribió los libros? ¿Los informes de guerra? ¿El tipo que atacó con el 21° Regimiento de Lanceros en Omdurman en el 98?⁹”

–Creo que sí. Eso fue al principio de su carrera. ¡Seguro que conoces su historia!

–Bueno, debe haberse establecido mucho –sonreí– para haberse convertido en el virrey de la India.

El médico me dirigió otra mirada extraña. “Está bien, capitán Bastable. Sólo estará en Katmandú un día o dos, hasta que salga en tren del hospital hacia Calcuta. Creo que necesita un especialista en amnesia. El más cercano está allí”.

Me mordí la lengua. Estaba a punto de preguntarme, en voz alta, si Calcuta había cambiado tanto como Katmandú.

–Y hoy en día hay paz por aquí –dije–, ¿no?

⁹ El protagonista confunde al Winston Churchill inglés con el americano. Winston Churchill, el americano, nacido el 10 de noviembre de 1871 en San Luis, Misuri, EE. UU.; fallecido el 12 de marzo de 1947 en Winter Park, Florida, fue un autor estadounidense de novelas históricas de amplia popularidad, y no es ni mucho menos tan famoso como su homónimo inglés.

–¿Paz? Espero que sí. Ah, sí, de vez en cuando surgen problemas con grupos nacionalistas extremistas, pero nada grave. No ha habido guerras desde hace cien años.

–Mi amnesia es terrible –dije sonriendo.

Se quedó de pie, incómodo, junto a mi cama. –¡Está bien... Ah! –exclamó aliviado–. Aquí está tu enfermera. Adiós, Bastable. Mantén el ánimo en alto. Yo... –Tomó a la enfermera por el codo y la condujo afuera, cerrando la puerta.

No sería un hombre, con instintos de hombre, si no admitiera que me había sorprendido y encantado al mismo tiempo la apariencia de mi enfermera. Sólo había sido un vistazo, pero me mostró cuánto habían cambiado las cosas desde 1902. El uniforme de la enfermera era blanco y azul almidonado, con una gorra rígida sobre su cabello castaño rojizo cuidadosamente recogido. Un uniforme de enfermera bastante común, salvo por una cosa: su falda estaba al menos treinta centímetros por encima del suelo y dejaba al descubierto el par de pantorrillas más bonito y el par de tobillos más prolijo que había visto nunca fuera del escenario de The Empire en Leicester Square. Sin duda le daba a la enfermera una mayor libertad de movimiento y era, esencialmente, práctico. Me pregunté si todas las mujeres vestían de esta manera tan práctica y atractiva. Si era así, ¡podía ver placeres inesperados surgiendo de mi viaje involuntario al futuro!

Creo que alarmé a mi enfermera cuando regresó, porque su apariencia me avergonzó y me fascinó al mismo tiempo. Era difícil verla como una jovencita común y corriente, decente, de hecho, bastante recatada, cuando, según los términos de mi época, ¡estaba vestida como una bailarina de ballet! Creo que debí de sonrojarme bastante, porque lo primero que hizo fue tomarme el pulso.

Poco después, el mayor Powell entró y acercó la silla con estructura de acero a la cama. –Bueno, ¿cómo te sientes ahora, amigo?

–Mucho mejor –dije–. Creo que debo tener amnesia. (Había repetido esta frase con tanta frecuencia que era casi como si estuviera tratando de convencerme a mí mismo).

–Eso decía el doctor. Más bien. ¿Y recuerdas algo sobre una expedición de montañismo?

–Creo que sí recuerdo haber subido a la montaña –dije sinceramente.

–¡Espléndido! No tardarás mucho en recuperar la memoria. Eso sí, me interesa muchísimo lo que decías. Me habría traído suerte si realmente hubieras venido de 1902, ¿no?

Sonreí débilmente. “¿Por qué, mayor?”

“Habría ayudado a mis investigaciones. Me interesa

especialmente Teku Benga. Es un enigma, ya sabes, arquitectónicamente e históricamente hablando. No tiene ningún derecho a estar allí, según toda lógica. Y las fotografías aéreas que tenemos muestran una mezcla de estilos arquitectónicos que sugieren que durante un tiempo fue un lugar de encuentro de todas las culturas del mundo. Es difícil de creer, lo sé”.

–Estoy de acuerdo contigo –dije–. Y también creo que hay algunas culturas representadas allí que existieron antes de cualquier tipo de historia registrada. Son edificios muy, muy antiguos, de hecho.

–Hay algunas leyendas, por supuesto. Realmente, muy pocas. La mayoría de los sacerdotes kumbalari murieron en el terremoto de 1902 y el resto de la gente es bastante ignorante. Después del terremoto, dejaron de hablar de Teku Benga por completo y la mayor parte de la tradición oral se había extinguido cuando los científicos capacitados llegaron allí.

Supongo que eso era lo que buscabas, ¿eh? Buscar una pista con una expedición muy peligrosa. No me gustaría arriesgarme, ni siquiera en dirigible. Las condiciones meteorológicas cambian tan rápido. La expedición mejor equipada podría quedar varada. –Frunció el ceño–. Aun así, es gracioso que nunca haya leído sobre eso. Pensé haber leído todo sobre el tema. Por cierto, he conseguido que nuestra gente de registros te siga la pista. Tratando de

averiguar a qué regimiento pertenecías, ese tipo de cosas. Pronto sabrás quién eres. Entonces, si tienes parientes en casa, te enviaremos de vuelta con ellos.

–Eso es muy amable de tu parte –dije.

–Lo menos que podíamos hacer. Por cierto, ¿eres arqueólogo? ¿Te acuerdas?

–Supongo que, en cierto modo, lo soy –admití–. Parece que sé mucho sobre el pasado y nada en absoluto sobre el presente.

Se rió brevemente. “Creo que te entiendo. A mí me pasa lo mismo, en realidad. Siempre hurgando en el pasado. En muchos sentidos, fue mucho mejor que hoy, ¿eh?”

–Podría responder mejor si pudiera recordar algo de lo que pasó hoy. –Me reí a mi vez.

–Sí, por supuesto –su rostro se puso serio–. ¿Quieres decir que sabes todo lo que pasó hasta el año 1902, mucho antes de que nacieras, y no recuerdas nada desde entonces? Es sin duda el caso de amnesia más gracioso del que he oído hablar. Debes haber sido un estudiante bastante bueno, si tu “memoria” es tan detallada. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar a activar tu memoria de alguna manera?

“Podrías darme un breve resumen de la historia desde 1902”.

Se encogió de hombros. “En realidad no ha pasado gran cosa. Setenta años de gloriosa paz, en total. Malditamente aburrido”.

–¿Ninguna guerra?

–Nada que puedas llamar guerra. Supongo que la última pelea mala fue la Guerra de los Boers.

“Una guerra en Sudáfrica, ¿eh?”

–Sí, en 1910. Los boers intentaron independizarse. En cierto modo fue justo, supongo. Pero los calmamos, luchamos contra ellos durante seis meses y luego hicimos muchas concesiones. Fue una guerra bastante sangrienta mientras duró, por todo lo que he leído. –Sacó una pitillera del bolsillo de su chaqueta–. ¿Te importa si fumo?

“En absoluto.”

“¿Quieres uno?”

“Gracias.” Acepté.

Sonrió torcidamente mientras encendía mi cigarrillo con algo que parecía una caja de yesca pero que silbaba: una especie de mechero portátil de gas, según deduje. Traté de no mirarlo con los ojos desorbitados mientras me inclinaba hacia delante para recibir la llama. “Me siento como un maestro de escuela preparatoria”, dijo, guardando el

mechero portátil de gas. “Te digo todo esto, quiero decir... De todos modos, si te sirve de ayuda...”

–Sí, claro que sí –le aseguré–. ¿Y qué pasa con las otras grandes potencias: Francia, Italia, Rusia y Alemania?

“...y Japón”, dijo, casi con desaprobación.

“¿Qué tipo de problemas han tenido con sus colonias?”

–No mucho. Algunos de ellos se merecen problemas, ¿sabes? La forma en que... Los rusos y los japoneses administran sus territorios chinos. –Se aclaró la garganta–. No puedo decir que me gusten sus métodos. Aun así, los chinos pueden ser bastante rebeldes. –Dio una profunda calada a su cigarrillo–. Los estadounidenses pueden ser un poco blandos, sobre todo en sus colonias indochinas, pero prefiero verlo así que de otra manera.

“¿Los americanos tienen colonias?”

Se rió de esto. “Parece extraño, ¿verdad? Cuba, Panamá, Hawái, Filipinas, Vietnam, Corea, Taiwán... Ah, sí, tienen un imperio de tamaño considerable, claro. No es que lo llamen así, por supuesto. La Gran Mancomunidad Americana. Han tenido una relación bastante tensa con Francia y Rusia, pero afortunadamente Inglaterra ya tiene suficiente responsabilidad. Que sigan adelante, digo yo. Nuestro imperio –y la Pax Britannica– sobrevivirán a todos ellos, en mi opinión.

“Hubo algunas personas”, dije con cautela, “en 1902 o por esa época, que previeron el desmoronamiento del Imperio Británico...”

El mayor Powell se rió de buena gana. –¿Se está desmoronando, eh? ¿Se refiere a pesimistas como Rudyard Kipling, Lloyd George y gente así? Me temo que Kipling ha quedado bastante desacreditado en estos días. Tenía buenas intenciones, por supuesto, pero me parece que perdió la fe en el último minuto. Si no hubiera muerto en la guerra de los boers, supongo que podría haber cambiado de opinión. No; creo que es justo decir que el viejo Imperio ha traído al mundo una estabilidad que nunca antes había conocido. Ha mantenido el equilibrio de poder con bastante éxito... y, después de todo, no le ha ido tan mal a los nativos.

“Katmandú ciertamente ha cambiado mucho desde 1902...”

Me dirigió otra de sus miradas extrañas y cautelosas. –Ah –dijo–. Sabes, Bastable, si no te conociera, casi podría creer que pasaste setenta años en esa maldita montaña. Es bastante extraño escuchar a un tipo tan joven como tú hablar del pasado de esa manera.

“Lo siento”, dije.

–No te disculpes. No es tu culpa. ¡Será un placer para los neurólogos hincarle el diente a tu problema, debo decirlo!

Sonreí. “No me parece muy atractivo”. Señalé la ventana. “¿Te importaría subir la persiana?”

Golpeó una pequeña caja que estaba sobre la mesilla de noche. La caja tenía tres interruptores montados en ella. “Presiona este”, dijo. Hice lo que me sugirió y me sorprendió ver que la persiana subía lentamente, revelando una vista de las torres blancas de Katmandú y, más allá de ellas, una sección del parque de dirigibles.

–Son hermosas –dije–. Esas aeronaves.

–Sí, supongo que sí –dijo–. Hay que darlas por sentadas, ¿sabe? Pero la aeronave ha hecho mucho por la India. Por el Imperio, ya que estamos... por el mundo entero, si lo prefiere. Comunicaciones más rápidas. Intercambios comerciales más ágiles. Mayor movilidad de las tropas...

“Lo que me sorprende”, dije, “es que puedan mantenerse en pie. Quiero decir, esos sacos de gas parecen hechos de metal”.

–¡Metal! –se rió con ganas–. Me gustaría pensar que estás bromeando conmigo, Bastable. ¡Metal! Los cascos están hechos de fibra de boro. Es más fuerte que el acero e infinitamente más ligero. El gas es helio. Hay algo de metal en las secciones de la góndola, pero principalmente es plástico.

“¿Plástico?”, pregunté con curiosidad.

“Um... material plástico... está hecho de sustancias químicas... Dios mío, debes haber oído hablar del plástico, hombre. Supongo que es una especie de goma, pero se puede endurecer con diferentes resistencias, en diferentes formas, con diferentes grados de flexibilidad...

Dejé de intentar comprender al Mayor Powell. Nunca fui un gran científico, ni siquiera en mis mejores momentos. Acepté el misterio de este “plástico” como había aceptado, cuando era un colegial, los misterios de la iluminación eléctrica. Aun así, frente a todas estas nuevas maravillas, me consoló saber que algunas cosas no habían cambiado mucho. De hecho, habían mejorado.

Los críticos del imperialismo de mi época se habrían callado de golpe si hubieran oído lo que yo acababa de oír y hubieran visto las pruebas de prosperidad y estabilidad que ahora podía ver desde mi ventana. En ese momento me sentí orgulloso y agradecí a la Providencia por esta visión de la utopía. Durante los últimos setenta años, el hombre blanco había llevado su carga muy bien, me parecía.

El mayor Powell se levantó y se acercó a la ventana, haciendo eco de mis propios pensamientos mientras miraba hacia afuera, con las manos entrelazadas sobre su bastón de mando a la espalda. –Cómo les habría encantado a esos victorianos ver todo esto –murmuró–. Todos sus ideales y sueños realizados tan plenamente. Pero todavía tenemos trabajo por hacer. –Se volvió y me miró fijamente, con el

rostro medio en sombras-. Y un estudio adecuado de las lecciones del pasado, Bastable, nos ayudará con ese trabajo. –Estoy seguro de que tienes razón. Asintió. –Se puso firme y me saludó con su bastón de mando-. Bueno, amigo, debo irme. El deber me llama.

Comenzó a caminar hacia la puerta.

Entonces ocurrió algo. Un golpe sordo que pareció sacudir todo el edificio. A lo lejos oí el sonido de las sirenas y de las campanas.

El rostro del mayor Powell se volvió repentinamente sombrío y blanco y sus ojos oscuros ardieron de ira.

–¿Qué pasa, Mayor?

“Bomba.”

“¿Aquí?”

“Anarquistas, locos, alborotadores europeos, casi con toda seguridad. No indios en absoluto. Alemanes, rusos, judíos, todos tienen un interés personal en alterar el orden”.

Salió corriendo de la habitación. El deber lo llamaba ahora.

El cambio repentino de la tranquilidad a la violencia me dejó sin aliento. Me recosté en la cama tratando de ver qué estaba pasando afuera. Vi un vehículo militar que cruzaba el

aeródromo a toda velocidad. Oí el sonido de otra explosión lejana. ¿Quién demonios podría estar tan loco como para planear la destrucción de una utopía como ésta?

Capítulo VI

UN HOMBRE SIN PROPÓSITO

No tenía mucho sentido especular sobre las causas de las explosiones, como tampoco lo tenía pensar en cómo había logrado viajar a través del tiempo hasta 1973. Los acontecimientos que siguieron a los incidentes con bombas en Katmandú sucedieron rápidamente para mí mientras yo viajaba por el mundo, un poco como un raro ejemplar de museo. A la mañana siguiente me subieron a bordo del tren “monorraíl” hacia Calcuta. El tren tenía la forma de un rosario de dirigibles, aunque en realidad era de acero, con relucientes detalles de latón y pintura nueva, y arrastraba cincuenta vagones a una velocidad aterradora que rozaba los cien kilómetros por hora en algunos tramos rectos de su vía elevada. Descubrí que la fuerza motriz de esta increíble máquina era la electricidad. Tras unas breves paradas,

illegamos a Calcuta en un día! Mi impresión de Calcuta fue la de una ciudad enorme, mucho más grande en superficie que la Calcuta de mi tiempo, con relucientes torres de hormigón, cristal y acero que empequeñecían todo lo que me había maravillado antes en Katmandú. En el Hospital General de Calcuta me hicieron pruebas una veintena de expertos, todos los cuales se mostraron desconcertados, y se decidió enviarme, a toda prisa, a Inglaterra en el primer dirigible disponible. La idea de navegar una distancia tan enorme por el cielo me llenaba de cierta perturbación; todavía no podía acostumbrarme a aceptar que un material más ligero que el acero pudiera ser, sin embargo, más resistente que éste, y también era difícil concebir la capacidad del hombre para volar seis mil millas sin aterrizar ni una sola vez.

Las autoridades de Inglaterra me preferían por diversas razones, pero una de ellas era, por supuesto, que no habían podido localizar a ningún capitán Oswald Bastable desaparecido de ningún regimiento británico en la última década. Sin embargo, habían comprobado los registros de mi propio regimiento desde 1902 y habían descubierto, naturalmente, que un capitán Bastable había sido asesinado en Teku Benga. Ahora yo no era sólo un enigma para los médicos, sino un problema para los servicios de inteligencia del ejército, que tenían curiosidad por saber cómo el “hombre misterioso” (como me llamaban) podía haber asumido la identidad de alguien que llevaba muerto setenta

años. Creo que sospechaban que yo podía ser una especie de espía extranjero, pero sus ideas eran tan vagas como las mías al respecto, como supe más tarde.

Así que tomé un pasaje en el gran transatlántico de las nubes, el AS (por Air Ship, Barco Aéreo) Light of Dresden, un buque comercial propiedad conjunta de la firma alemana Krupp Luftschifahrt AG y la firma británica Vickers Imperial Airways. En lo que se refiere a la matrícula, el Light of Dresden era completamente británico y lucía la insignia correspondiente en sus alerones de cola, pero el capitán era alemán, al igual que al menos la mitad de la tripulación. Se supo que los alemanes habían sido los primeros en desarrollar el vuelo en dirigible a cualquier escala y durante algún tiempo. La ahora desaparecida Zeppelin Company había liderado el mundo en el desarrollo de dirigibles, hasta que Gran Bretaña y Estados Unidos, trabajando juntos, inventaron el casco de fibra de boro y un método para elevar y bajar los barcos en el aire sin recurrir al lastre. El Light of Dresden estaba equipado con este dispositivo, que implicaba tanto calentar como enfriar el gas helio a gran velocidad e intensidad. El enorme transatlántico también contaba con el último ejemplo de una máquina calculadora mecánica accionada eléctricamente, a la que en 1973 se denominaba “computadora”, y que era capaz de corregir el movimiento del barco automáticamente, sin necesidad de intervención humana.

Nunca pude determinar con exactitud la naturaleza del

motor. Se trataba de un enorme motor de turbina de gas que impulsaba un gigantesco tornillo único (o, más propiamente, una “hélice”) en la parte posterior del barco. Este tornillo estaba alojado en el espacio que ocupaban las grandes aletas de cola. Había motores secundarios impulsados por aceite que ayudaban a ajustar el equilibrio del barco y que podían girar 360° y que tenían un paso variable y eran reversibles, capaces de impulsar el barco hacia arriba o hacia abajo.

Pero no he descrito realmente la característica más impresionante de esta poderosa nave del aire, que era que medía más de mil pies de largo y trescientos pies de alto (gran parte de este volumen era, por supuesto, su gran contenedor de gas). Tenía tres cubiertas, una debajo de la otra, dispuestas con la cubierta de primera clase en la parte inferior y la cubierta de tercera clase en la superior. Esta gran góndola única era, de hecho, indivisible con el “casco” (como se llamaba al globo de gas). En la parte delantera, en la nariz afilada del barco, estaba el puente de control donde, a pesar de toda la delicada maquinaria que “pensaba” por el barco, había más de una docena de oficiales de servicio en todo momento.

El Light of Dresden necesitaba tres mástiles de amarre para mantenerse a salvo cerca del suelo y, cuando lo vi por primera vez en el aeródromo de Calcuta (que estaba, de hecho, a unas diez millas de la ciudad), me quedé sin aliento, porque hacía que todas las demás naves (y había algunas bastante grandes amarrados cerca) parecieran pececillos

rodeando una ballena. Ya había oído que podía transportar 400 pasajeros y cincuenta toneladas de carga sin problemas. Cuando lo vi, lo creí.

Subí a bordo del dirigible mediante un ascensor que me llevó a mí y a otros pasajeros a través de la jaula de metal que era el mástil de amarre y nos dejó a nivel con una pasarela cubierta que conducía al pasillo debajo del puente del barco. Viajaba en primera clase con mi “guía”, un tal teniente Jagger, a cuyo cuidado me habían puesto hasta que llegáramos a Londres. Las comodidades en el barco eran sorprendentemente lujosas y avergonzaban todo lo que se podía encontrar en los mejores transatlánticos de mi tiempo. Empecé a relajarme un poco mientras miraba a mi alrededor. Y cuando, más tarde, el Light of Dresden soltó sus amarras y comenzó a volar con magnífica dignidad hacia el cielo, me sentí casi más seguro de lo que me había sentido en tierra.

El viaje de Calcuta a Londres duró, con breves paradas en Karachee y Adén, ¡72 horas! Tres días en los que navegamos por la India, África y Europa, por tres grandes océanos, en medio de todo tipo de condiciones meteorológicas. Había visto ciudades desplegadas ante mí. Había visto desiertos, montañas, bosques, todo pasando velozmente por debajo. Había visto nubes que parecían objetos orgánicos. Había estado por encima de las nubes cuando llovía, flotando tranquilamente en un cielo azul y soleado mientras la gente de abajo estaba empapada. ¡Había almorzado en una mesa

tan firme como una mesa del Ritz (y había cenado con una comida casi tan buena como la que se recibiría allí) mientras cruzábamos el Mar Árabe y había disfrutado de mi cena mientras volaba sobre las ardientes arenas del desierto del Sahara!

Cuando llegamos a Londres, ya me había vuelto bastante indiferente a los viajes en zepelín. Sin duda, era la forma de viajar más cómoda que había experimentado en mi vida, y también la más civilizada.

Debo admitir que yo estaba empezando a considerarme el hombre más afortunado de la historia del mundo. Me habían salvado de las garras de un terremoto mortal en 1902 y me habían colocado en el regazo del lujo en 1973, en un mundo que parecía haber resuelto la mayoría de los problemas. ¿No era esa la mejor clase de buena suerte, la más increíble? Debo admitirlo. Así lo pensé entonces. Todavía no había conocido a Korzeniowski y a los demás...

Pido disculpas por la digresión. Debo tratar de contar mi historia tal como sucedió, para darles una idea de cómo me sentí en ese momento, no de lo que sentí después.

Bueno, al atardecer de nuestro tercer día, cruzamos el canal y tuve la experiencia de ver los acantilados blancos de Dover muy por debajo de mí. Poco después, sobrevolamos en círculos el inmenso aeródromo de Croydon, en Surrey, y comenzamos nuestras maniobras de amarre. Croydon era el

principal aeródromo de Londres porque, naturalmente, un gran aeródromo difícilmente puede ubicarse en medio de Piccadilly. El aeródromo de Croydon era, como descubrí más tarde, el más grande del mundo y tenía una circunferencia de casi doce millas. El aeródromo estaba abarrotado, no hace falta decirlo, con decenas de dirigibles grandes y pequeños, comerciales y militares, antiguos y nuevos. Los que habíamos viajado desde la India no tuvimos necesidad de pasar la inspección de aduanas; pasamos por los edificios de recepción y ocupamos nuestros lugares en el tren monorraíl especial para Londres. Una vez más, estaba aturdido por todo lo que me estaba sucediendo y agradecí la presencia firme y sólida del teniente Michael Jagger¹⁰, que me condujo hasta mi asiento y se colocó a mi lado.

El teniente Jagger había comprado un periódico en Croydon y me lo ofreció. Acepté agradecido. El tamaño del papel y el tipo de letra me resultaban desconocidos, al igual que algunas de las abreviaturas, pero entendí lo esencial de la mayoría de lo que estaba impreso. Era el primer periódico que veía desde mi llegada en 1973. Tuve diez minutos para hojearlo antes de llegar a Londres. En ese tiempo me enteré de un nuevo tratado que habían firmado todas las grandes potencias, que garantizaba una escala fija de aranceles para muchos productos (¡cómo habrían odiado esto los defensores del libre comercio!) y el reconocimiento de varias leyes generales, aplicables a todos los países y sus

10 Guiño del autor con el nombre del célebre cantante de los Rolling Stones.

ciudadanos. El periódico me decía que en el futuro ya no sería posible que un criminal cometiera un delito en Taiwán y escapara a través del mar, por ejemplo, a la Manchuria japonesa o incluso al Cantón británico. Al parecer, la ley había sido aprobada por unanimidad por todas las grandes potencias y se había inspirado en la creciente incidencia del desorden creado por grupos de nihilistas, anarquistas y socialistas que, según me informaba el periódico, sólo estaban empeñados en la destrucción por la destrucción misma. Había otras noticias, algunas de las cuales apenas podía entender y otras de naturaleza superficial. Pero leí la referencia a los nihilistas porque tenía alguna relación con lo que había experimentado en mi primer día en el hospital de Katmandú. Como sugería el periódico, estos actos de violencia parecían totalmente carentes de sentido lógico en un mundo que marchaba firmemente hacia la paz, el orden y la justicia para todos. ¿Qué podían querer esos locos? Algunos, por supuesto, eran nacionalistas nativos que exigían un estatus de dominio antes de estar preparados para ello. Pero los otros, ¿qué exigían? ¿Cómo es posible mejorar la utopía?, pensé con asombro.

Y entonces llegamos a la estación Victoria, que, en sus características principales, había cambiado poco respecto a la estación Victoria que yo había conocido en 1902.

Cuando bajamos del tren monorraíl y caminamos hacia la salida, vi que, aunque era de noche, ¡la ciudad estaba llena de luz!

De cada esbelta torre y de cada enorme cúpula brotaban luces eléctricas de todos los colores y combinaciones imaginables. Rampas muy iluminadas transportaban el tráfico rodado alrededor de estas torres en muchos niveles, subiendo y bajando como si estuvieran sostenidas por el aire.

En este Londres no había carteles feos, ni anuncios luminosos, ni eslóganes de mal gusto y, cuando subimos al vagón de vapor y empezamos a avanzar por una de las rampas, me di cuenta de que no había barrios marginales de mala muerte como los que había en muchas partes del Londres que había conocido en 1902. ¡La pobreza había sido desterrada! ¡Las enfermedades habían sido exiliadas! ¡La miseria debía ser, sin duda, desconocida!

Espero haber logrado transmitir algo de la euforia que experimenté cuando conocí por primera vez el Londres de 1973. No hay duda de su belleza, su limpieza, sus maravillosas comodidades cívicas. No hay duda de que la gente estaba bien alimentada, alegre, vestida con ropa costosa y, en general, muy satisfecha con su suerte. Durante el día siguiente, más o menos, un doctor Peters me llevó a recorrer Londres con la esperanza de que alguna visión familiar despertara mi cerebro de su letargo. Seguí con esta farsa porque no había mucho más que pudiera hacer. Sabía que, con el tiempo, se darían por vencidos. Entonces sería libre de elegir una profesión, tal vez volver al ejército, ya que estaba acostumbrado a la vida militar. Pero hasta ese

momento era un hombre sin un propósito y bien podía hacer lo que los demás querían que hiciera. Adondequiera que iba, me asombraba el cambio que se había producido en esa ciudad antaño sucia y envuelta en niebla. El smog era cosa del pasado y el aire era limpio y puro. Allí donde había espacio para plantarlos crecían árboles, arbustos y flores. Las mariposas y los pájaros volaban en gran profusión. Las fuentes jugaban en bonitas plazas y a veces nos encontrábamos con una banda de música que entretenía al público, o con un mago, o con un espectáculo de Punch and Judy¹¹, o con algún trovador negro. No todos los edificios antiguos habían desaparecido. Tan frescos y limpios como si acabaran de ser contruidos, vi el Puente de la Torre y la propia Torre de Londres, la catedral de San Pablo, las Casas del Parlamento y el Palacio de Buckingham (donde tenía su residencia un nuevo rey Eduardo, el rey Eduardo VIII, ya bastante mayor). El pueblo británico, como siempre, aceptaba lo mejor de lo nuevo y conservaba lo mejor de lo antiguo. Empecé a ver mi visita de 1973 como unas vacaciones maravillosas. Unas vacaciones que, si tenía suerte, podrían durar eternamente.

11 Marionetas. Punch y su esposa Judy son los dos personajes principales de los títeres de cachiporra de tradición inglesa, herederos del «pulcinella» italiano y el «polichinelle» francés, con su origen en la familia de títeres de la comedia del arte.

Parte II

MÁS ACONTECIMIENTOS EXTRAÑOS UNA REVELACIÓN Y VARIOS DESASTRES

Capítulo VII

CUESTIÓN DE EMPLEO

Durante los seis meses siguientes debo admitir que llevé una vida tranquila. Seguí fingiendo amnesia y, como era natural, nada de lo que los médicos pudieran hacer me devolvía la “memoria”. A veces incluso me parecía que el mundo de 1902 no había sido más que un sueño extremadamente detallado. Al principio esto me preocupaba, pero con el tiempo dejó de importarme a qué período de tiempo “pertenecía”.

Me consideraban una especie de fenómeno y, durante un breve tiempo, fui una celebridad. Se escribieron artículos de prensa sobre mi misteriosa aparición en las montañas del Himalaya y las especulaciones, sobre todo en la prensa de barrio, se hicieron cada vez más descabelladas. Algunos de esos artículos eran tan fantasiosos que incluso rozaban la verdad. Me entrevistaron para el cinematógrafo (cuyas

imágenes en color podían hablar y moverse), para el Marconiphone¹², ahora una versión del teléfono que, desde estaciones centrales, transmitía noticias, obras de teatro y música popular a casi todos los hogares, donde los receptores estaban amplificados de modo que ya no era necesario acercarlos al oído, sino que podían escucharse incluso desde otra habitación si se deseaba. Asistí a una recepción en la que estuvo presente el primer ministro liberal, Sir George Brown (los liberales llevaban más de treinta años en el poder y los conservadores eran un partido en decadencia) y me enteré de que la agitación socialista de finales del siglo XIX y principios del XX había tenido un efecto positivo en partidos políticos más sensatos, como los liberales; de hecho, había dado cierto impulso a muchas de las mejoras sociales que yo había presenciado. Sólo recientemente la serpiente del socialismo había empezado a levantar la cabeza de nuevo en la vida política, aunque resultase casi increíble. No es que ese credo tuviera ningún apoyo del pueblo británico. Como de costumbre, unos cuantos fanáticos e intelectuales neuróticos lo utilizaron como un medio para racionalizar sus propios sueños insanos.

Durante esos primeros seis meses, viajé en monorraíl, dirigible, automóvil de vapor o vehículo eléctrico por todas partes de Gran Bretaña y, por supuesto, no había nada reconocible. Todas las ciudades importantes estaban

12 Sin duda se refiere a la radiodifusión, uno de cuyos inventores fue Marconi.

diseñadas de manera similar a Londres y había un movimiento constante y rápido entre esas grandes “conurbaciones”, como se las llamaba. Si bien el comercio había fomentado mejoras en los viajes y las comunicaciones, esos beneficios ahora se habían extendido a todos para su comodidad y su placer.

La población había aumentado considerablemente, pero el trabajador era tan acomodado como muchas personas de clase media de 1902 y sólo tenía que trabajar treinta horas semanales para mantenerse en un nivel de lujo virtual. Y no había ningún problema para encontrar una casa bien equipada en la que vivir o un trabajo que hacer, porque el exceso de población de la nación estaba más que dispuesto a expandirse más allá de las Islas Británicas. Cada año, miles de personas se marchaban a todos los rincones del Imperio: a África, a la India, a los protectorados de China o a los dominios de Australia, Nueva Zelanda y Canadá. En todo el mundo, los británicos se estaban asentando y administrando –y, por lo tanto, civilizando– incluso las zonas más inaccesibles, gracias a la invención del dirigible.

En Inglaterra, la campiña estaba intacta y tan bella como siempre. Las locomotoras de vapor no arrojaban nubes de humo sobre los árboles y las plantas, y hacía tiempo que se habían abolido los carteles publicitarios, al igual que todos los rasgos más desagradables de la vida inglesa a principios del siglo XX. Las bicicletas eléctricas estaban al alcance de las personas con los ingresos más modestos y eso significaba

que la gente de la ciudad podía disfrutar de los placeres del campo siempre que quisiera. Los precios eran bajos y los salarios altos (algunos trabajadores cualificados ganaban hasta 5 libras por semana) y, si uno tenía unos pocos soberanos de sobra, a menudo podía realizar un viaje en zepelín a Francia o Alemania. Con un poco de ahorro diligente, el hombre de la calle podía incluso permitirse el pasaje para visitar a sus familiares en las tierras más lejanas del Imperio. Y en cuanto al lado más sórdido de la vida, bueno, no había casi nada, porque los males sociales y morales que lo habían creado habían sido abolidos. Las sufragistas de mi época se habrían alegrado de saber que las mujeres mayores de treinta años tenían derecho a voto y que se hablaba de ampliar el derecho a voto a las mujeres de veintiún años. Por cierto, el largo de los vestidos de las muchachas era más corto en Londres que el que había visto en Katmandú. Después de algunos meses logré reunir el coraje para invitar a una o dos chicas guapas al teatro o a un concierto. Por lo general, se trataba de las hijas de los médicos o de los oficiales del ejército con los que pasaba mi tiempo libre y, según nuestros estándares, las chicas eran bastante “atrevidas”, aceptaban una posición muy igualitaria en la sociedad y eran tan francas como cualquier hombre. Después de mi sorpresa inicial, esto me pareció muy refrescante, como me pareció también en las obras de teatro que vi, que tenían muchas cualidades shavianas¹³

13 George Bernard Shaw fue un crítico literario y teatral, ensayista, dramaturgo cómico y socialista irlandés. Sobrevivió a una infancia sin amor

bastante atrevidas (aunque, afortunadamente, no había política en ellas).

Con el tiempo, mi notoriedad se desvaneció y comencé a sentirme incómodo por mis largas “vacaciones” en el futuro. Rechacé ofertas de editoriales para escribir mis memorias (¡bastante complicado si realmente sufría de amnesia!) y comencé a considerar las diversas formas de empleo honesto que estaban a mi disposición. Dado que mi carrera originalmente había sido en el ejército, decidí que preferiría continuar, si era posible, sirviendo a mi país de esta manera. Sin embargo, también abrigaba la idea de que me gustaría volar en dirigibles y después de hacer algunas averiguaciones descubrí que, sin un gran entrenamiento en las diversas funciones de vuelo y navegación de zepelines, podría obtener un puesto en la recientemente formada Policía Aérea Especial. Habría varios exámenes y tendría que entrenarme durante un mínimo de seis meses, pero estaba seguro de que podría superar todo eso sin demasiados problemas. ¡No me llevaría mucho tiempo aprender la disciplina del servicio, por ejemplo!

La nueva rama del servicio, la Policía Aérea Especial, se había formado principalmente con personal del ejército, pero también había voluntarios de la marina y del servicio

y descuidada para convertirse en un venerado hombre de letras y un incansable defensor de causas. Fue uno de los líderes de la Sociedad Fabiana y dejó un legado teatral (más de 60 obras) que se ha convertido en un género propio: el "shaviano".

aéreo. Se había creado debido a la necesidad de proteger a las aeronaves civiles contra actos de piratería en el aire, contra posibles sabotadores (había habido amenazas de fanáticos, pero hasta ahora no se habían producido daños graves) y para proteger a los pasajeros que pudieran ser molestados por ladrones a bordo o criminales, por ejemplo, que estuvieran huyendo.

Así que presenté mi solicitud y me aceptaron. Me llevaron a la Escuela de Formación del Servicio Aéreo en Cardington y me enseñaron algunos de los misterios del teléfono inalámbrico, que se utiliza para comunicarse dentro de la nave y también con tierra, cuando es necesario. Aprendí cómo se pilotaba una aeronave y lo que significaban los diversos términos técnicos. Me dieron un poco de experiencia práctica en vuelo (ésta fue realmente la única parte emocionante de mi formación) y me enseñaron los misterios de la meteorología y demás. Aunque un policía aéreo era un oficial del ejército, no un aviador, por lo que no se esperaba que pilotara una nave, se consideró necesario saber qué hacer en caso de emergencia. Así, al final de mi primer año en el futuro (una extraña contradicción, en cierto modo), me comisionaron como teniente de la Policía Aérea Especial de Su Majestad y me asignaron al AS Loch Ness.

A pesar de lo que su nombre aludía, el Loch Ness no era un monstruo, sino un dirigible pequeño y elegante de no más de 80 toneladas, con una capacidad de elevación útil de unas 60 toneladas, y que se manejaba de maravilla. Tuve suerte

de que me asignaran a bordo, aunque el capitán desdeñó la necesidad de llevarme a bordo y al principio se mostró un poco frío conmigo.

Cuanto más grande es un dirigible, más dócil suele ser, pero el pequeño Loch Ness era ingenioso, bondadoso y fiable. Nunca fue un barco de largo recorrido. Creo que el viaje más largo que hicimos fue a Gibraltar y el Loch Ness no estaba realmente equipado para eso, ya que era lo que se llamaba una nave “de cubierta blanda” (su casco era de tela, no de “plástico”), y no tenía un control automático de la temperatura, por lo que era el mismísimo diablo el que impedía que su gas se expandiera con el tipo de calor que se tenía en el Mediterráneo. Me enseñó mucho sobre dirigibles. Fue un poco doloroso dejarlo, porque uno se encariña con un dirigible de la misma manera que un marino se encariña con un barco normal. Pero solo me habían asignado a él para ganar algo de experiencia práctica y supongo que lo hice bastante bien porque la casa Macaphee (que era dueña del Loch Ness) pidió a mi oficial al mando que me pusiera a bordo del orgullo de su línea, el recientemente construido Loch Etive.

El Loch Etive era similar al primer barco comercial en el que volé, el Light of Dresden. Pero ahora que estaba familiarizado con los detalles de los dirigibles, podía apreciar plenamente sus maravillas. Tenía mil pies de largo, con ocho motores diésel montados cuatro a cada lado, con hélices reversibles. Su capacidad de helio era de 12.000.000 de pies

cúbicos, contenidos en 24 bolsas separadas dentro del casco. Su armazón era de “duralloy” y podía transportar un máximo de 400 pasajeros y cincuenta toneladas de carga. Podía navegar fácilmente a 100 millas por hora y su velocidad máxima era de 150 mph con buen tiempo. Todas sus piezas estaban alojadas dentro del casco, con la excepción de las carcasas de los motores y las hélices. Las pasarelas de inspección en la parte superior y los lados del casco estaban cubiertas y para emergencias teníamos paracaídas, botes inflables, chalecos salvavidas y un par de globos no rígidos. Para el entretenimiento de los pasajeros había cines, salones de baile, fonógrafos, deportes de cubierta y juegos de fiesta, restaurantes... ¡Todo lo que cualquiera pudiera desear concentrado en un espacio de un cuarto de milla flotando a dos o tres mil pies sobre la superficie de la Tierra!

Estábamos haciendo el crucero alrededor del mundo en lo que se llamaba la Ruta Roja (es decir, el color que aparece en el mapa de los países en cuestión), pero con un viaje por los Estados Unidos de por medio. Fuimos desde Gran Bretaña vía Canadá y los Estados Unidos hasta el Ecuador británico y cruzamos a Australia, Hong Kong, Calcuta, Adén, El Cairo y de regreso a Londres. Mi trabajo consistía en estar atento a los clientes sospechosos, comprobar si había armas, bombas, ese tipo de cosas y, la parte menos agradable, ocuparme de las quejas de los pasajeros, que iban desde pequeños robos y estafas hasta presuntos intentos de sabotaje. Era un trabajo que, en general, me dejaba mucho

tiempo para disfrutar del vuelo y rara vez había emergencias graves. Tuvimos una interesante selección de pasajeros de todas las naciones y de todos los colores y credos: príncipes indios, líderes tribales africanos, diplomáticos británicos, congresistas estadounidenses, soldados de alto rango y, en una ocasión, llevamos al anciano presidente de la República China (que, lamento decirlo, no era mucho más que una colección de provincias bajo el control de varios caudillos). Me impresionó especialmente la educación y la sofisticación de los líderes nativos, en particular los africanos, muchos de los cuales podrían haber sido confundidos con caballeros ingleses, de no ser por el color de su piel.

El hombre que tenía la responsabilidad total de cada detalle del funcionamiento del Loch Etive y de cada alma a bordo era el viejo capitán Harding, que había estado pilotando dirigibles casi desde el principio, cuando en conjunto se trataba de un negocio mucho más peligroso. Me enteré de que había sido uno de los últimos en comandar una “bomba volante”, como llamaban a los barcos que se llenaban de gases explosivos, como el hidrógeno, antes del desastre del Hindenburg de 1936¹⁴, cuando todos los zeppelines llenos de hidrógeno, por acuerdo internacional, fueron encallados y desguazados. Me di cuenta de que no

14 El LZ 129 Hindenburg fue un dirigible alemán tipo zeppelin, destruido a causa de un incendio cuando aterrizaba en Nueva Jersey el 6 de mayo de 1937. El accidente ocasionó la muerte de 36 personas (alrededor de un tercio de las personas a bordo).

estaba del todo contento con comandar un transatlántico de pasajeros, en particular uno tan moderno como el Loch Etive, pero por otro lado odiaba la idea de retirarse. El aire, decía, era su entorno natural y que estaba condenado si iba a pasar más tiempo de su vida del que debía en alguna maldita jaula de pájaros en Balham¹⁵. Tuve la impresión de que moriría si se veía obligado a dejar de volar. Era uno de los hombres más decentes que he conocido y le cogí un enorme cariño, pasando mucho tiempo en su compañía durante los largos periodos a bordo en los que no había mucho que hacer. “No necesitan un maldito capitán en ese puente controlado por artilugios”, decía, un poco amargamente. “Podrían dar órdenes por teléfono desde Londres si quisieran”.

Supongo que fue mi profundo afecto por el capitán Harding lo que me llevó al primer desastre de mi nueva vida. Un desastre que daría lugar a otros, de consecuencias cada vez mayores, hasta el último... Pero una vez más me estoy adelantando a mi historia.

Todo empezó con un extraño cambio de clima después de que saliéramos de San Francisco con destino a Ecuador británico, Tahití, Tonga y otros puntos del oeste. Supongo que se podría culpar a los elementos o a mí, pero me inclino más bien a culpar a un pequeño y ofensivo “líder de scouts” californiano llamado Reagan. Sin duda, si Reagan no hubiera

¹⁵ Balham es un barrio del municipio londinense de Wandsworth.

subido a bordo del Loch Etive, yo no me habría encontrado en el centro de los acontecimientos posteriores, acontecimientos que iban a alterar el destino de mucha gente y tal vez incluso del mundo entero.

Capítulo VIII

UN HOMBRE CON UN GRAN GARROTE

Estábamos amarrados en el aeródromo de Berkeley, embarcando carga y pasajeros. Debido a un retraso en encontrar espacio en el mástil, íbamos un poco retrasados y nos apresurábamos para recuperar el tiempo lo más rápido posible. Yo vigilaba tanto la carga como los pasajeros, observando cómo subían las grandes cajas a las entrañas del barco aéreo a través de las escotillas de carga debajo de la cubierta inferior. El transatlántico estaba asegurado por unos cincuenta gruesos cables de acero, que lo mantenían perfectamente estable en su mástil. A la brillante luz del sol, proyectaba una amplia sombra sobre el campo. No pude evitar sentirme orgulloso de él cuando miré hacia arriba. Su casco era de color azul plateado y los escudos redondos de

la Union Jack¹⁶ brillaban en sus enormes planos de cola. Sus datos estaban estampados en el casco principal: RMA 801 (su número de matrícula) Loch Etive, Londres; Macaphee Lines, Edimburgo.

A mi alrededor había barcos amarrados de American Imperial Airways, Versailles Line, Royal Austro-Prussian Aerial Navigation Company, Imperial Russian Airship Company, Air Japan, Royal Italian Air Lines y muchas líneas más pequeñas, pero el Loch Etive, me parecía, era el mejor. Era sin duda uno de los transatlánticos de pasajeros más famosos.

A cierta distancia de los edificios del aeródromo, distinguí un ómnibus eléctrico verde que avanzaba a saltos sobre el césped en dirección a nuestro mástil. Ésos serían nuestros últimos pasajeros. Un poco tarde, pensé. Me habían advertido de que el William Randolph Hearst, de la American Imperial, había desarrollado problemas en el motor y que, dado que volábamos básicamente por la misma ruta, algunos de sus pasajeros estaban siendo transferidos a nuestra nave. Probablemente eran éstos. Estábamos casi listos para partir. Observé cómo subían a bordo el último artículo de carga, vi que se cerraban las puertas en la panza del dirigible y, con una sensación de alivio, volví hacia el mástil.

16 Bandera del Reino Unido.

Aunque había un ascensor que subía y bajaba en la columna central del mástil de amarre, era para uso de los pasajeros y los oficiales. El personal de tierra debía utilizar la escalera de caracol que rodeaba el hueco del ascensor. Los vi apresurarse a ocupar sus posiciones. Las lanchas de combustible habían sido remolcadas hacía tiempo.

A la entrada del ascensor me quedé junto a los oficiales de embarque, que estaban a ambos lados de las puertas, comprobando las tarjetas de embarque y los billetes. No había nada sospechoso en los estadounidenses adinerados que subían a bordo, aunque parecían un poco molestos al descubrir que iban a volar en un barco diferente.

Sonreí un poco al ver a un hombre al final de la cola. Tenía unos cincuenta años y vestía de forma bastante ridícula: pantalones cortos color caqui, medias hasta la rodilla y una camisa verde adornada con insignias. Llevaba un palo pulido con una banderita y en la cabeza un sombrero marrón de ala ancha.

Su aspecto cómico se acentuaba por la expresión de severa importancia personal que se reflejaba en su rostro rojo y lleno de bultos. Sus rodillas brillaban tan rojas como su nariz y me pregunté si tal vez sería un comediante de cine o de music-hall que no había tenido tiempo de cambiarse.

Detrás de él había una veintena de chicos vestidos de forma similar, de unos doce años, con mochilas a la espalda

y palos en las manos, todos con un aspecto tan mortalmente serio como el hombre.

“¿Por qué demonios va vestido así?”, le pregunté al oficial más cercano.

–Es la versión estadounidense de la Brigada Juvenil de Baden–Powell¹⁷ –dijo el hombre–. ¿Nunca estuviste en la Brigada?

Negué con la cabeza. “¿Y qué son estos?”

“Los boy–scouts de Roosevelt”, me dijo mi informante. “Creo que se llaman los Jóvenes Roughriders”¹⁸.

–Su líder no parece muy joven. –El hombre ahora me había dado la espalda, presentando un trasero abultado sobre el cual la tela caqui amenazaba con estallar.

“Mucha gente de esta clase se queda en los scouts”, dijo el oficial. “Nunca maduran. Ya sabes a qué tipo de gente le gusta dar órdenes a los chicos”.

–Me alegro de no estar a cargo de esa banda –dije con

17 Lord Robert Stephenson Smyth Baden-Powell, I barón Baden-Powell, de Gilwell (Paddington, 22 de febrero de 1857–Nyeri, 8 de enero de 1941), conocido como Robert Baden-Powell, fue un militar y escritor británico fundador del Movimiento Scout Mundial.

18 Jinetes duros. Es el nombre que recibió el 1er Regimiento de Caballería Voluntaria de Estados Unidos durante la Guerra Hispano-Estadounidense, en 1898.

sentimiento, mientras observaba las caras llenas de granos que ahora me miraban nerviosamente desde debajo de las alas de sus sombreros. Era evidente que nunca habían estado en una aeronave.

Entonces noté algo que me hizo darme cuenta de que estaba olvidando mis obligaciones. Alrededor de la cintura, bastante corpulenta, del líder de los scouts había un cinturón de cuero y en el cinturón había una gran funda de pistola. Cuando se acercó al oficial que inspeccionaba los billetes, esperé hasta que terminó y luego lo saludé cortésmente.

–Lo siento, señor, pero me temo que todas las armas deben quedar bajo nuestro cuidado hasta que desembarque. Si no le importa, puede entregarme su revólver...

El hombre hizo un gesto de enojo con su bastón y trató de pasar a empujones. “¡Vamos, muchachos!”

“Lo siento, señor, no puedo permitirle subir a bordo hasta”.

“Tengo derecho a llevar un arma si así lo deseo. ¿Qué clase de imbécil...?”

–Reglamento internacional de transporte aéreo, señor. Si me permite llevarme el arma, le haré un recibo y podrá reclamarla –le eché un vistazo a sus billetes– cuando llegue a Sydney, señor Reagan.

–Capitán Reagan –espetó–. Roughriders.

“Capitán Reagan, a menos que me dé su pistola, no podemos permitirle unirse al vuelo”.

“No tendría este problema en un barco americano. Espera a que...”

–Las normas internacionales se aplican tanto a los barcos estadounidenses como a los británicos, señor. Tendremos que partir sin usted. –Miré significativamente mi reloj.

–¡Mocoso advenedizo! –gritó entre dientes, morado de rabia, y luego puso la mano en la hebilla y sacó la funda del cinturón. Dudó un momento y me la entregó. La abrí de golpe y miré la pistola.

“Lo sé”, dije. “Es una pistola de aire comprimido, pero es muy potente”.

–Las normas siguen vigentes, señor. ¿Hay más hombres armados de esta manera?

–Por supuesto que no. Yo estuve en los Roughriders. Los verdaderos Roughriders. Uno de los últimos en disolverse. Vamos, muchachos. –Señaló hacia delante con su bastón y marchó hacia el ascensor, mientras la tropa seria que estaba detrás de él me miraba con enojo, indignada por haber hecho que su líder perdiera prestigio. Había espacio en el ascensor para mí, pero decidí usar las escaleras. No estaba

seguro de poder mantener la seriedad por mucho más tiempo.

Una vez a bordo, le di el arma al sobrecargo y recibí un recibo a cambio. Le di el recibo al primer sobrecargo que encontré y le dije que lo llevara al camarote del capitán Reagan. Luego subí al puente. Estábamos a punto de partir. En ese momento valía la pena estar en el puente y nunca me cansaba de la experiencia. Uno a uno, los cables del ancla se soltaron y sentí que el barco se balanceaba un poco como si estuviera impaciente por liberarse por completo y volver a estar en lo alto. Los motores comenzaron a murmurar y en los espejos laterales pude ver las hélices girando lentamente. El capitán miró hacia adelante y luego hacia abajo y revisó sus periscopios para asegurarse de que nuestra popa estaba despejada. Dio las instrucciones y la pasarela se alejó del mástil, alojándose de nuevo dentro del casco. Ahora todo lo que sostenía el barco eran los acoplamientos que lo sujetaban al mástil.

El capitán Harding habló por teléfono: “Prepárense para el despegue”.

“Listo para zarpar, señor”, respondió la voz del controlador del mástil desde el receptor.

“Adelante.”

Se produjo una ligera sacudida cuando los acoplamientos

se soltaron. El Loch Etive comenzó a girar, con el morro todavía encajado en el cono.

–Todos los motores a media velocidad a popa. –Por su tono, el capitán Harding se sintió aliviado de estar en camino. Se acarició el bigote blanco de morsa como un gato satisfecho acariciaría sus bigotes. Los motores diésel comenzaron a rugir cuando salimos del cono. Nuestra proa se elevó.

–Adelante a media velocidad –dijo el capitán–. Dos grados a babor, timonel.

–Sí, sí, señor. Dos grados a babor.

–Llévenos hasta quinientos pies, timonel de altura, y manténgase firme.

–Quinientos pies, señor. –el timonel hizo girar la gran rueda en la que se encontraba. A nuestro alrededor, en el gran puente, los instrumentos zumbaban y hacían clic y nos presentaron una pantalla de lecturas que habría confundido por completo a un capitán de buque de la vieja escuela.

El inmenso aeródromo se fue alejando a nuestros pies y nos dirigimos hacia el resplandeciente océano de la bahía de San Francisco. Debajo de nosotros vimos cómo los cascos de las naves que se dirigían a tierra se iban haciendo cada vez más pequeños. El Loch Etive se comportaba tan bien como siempre, casi volando solo.

Ahora estábamos sobre el océano.

–Cinco grados a babor, timonel –dijo el capitán Harding, inclinándose sobre la consola de la computadora.

“Cinco grados a babor, señor.”

Empezamos a girar de manera que desde nuestros ojos de buey de estribor podíamos ver los rascacielos de San Francisco, pintados de mil colores deslumbrantes.

“Llévela hasta dos mil pies, timonel de altura”.

“Dos mil pies, señor.”

Subimos, atravesando algunas volutas de nubes, hacia el vasto mar azul que era el cielo.

“Todos los motores a toda marcha.”

Con un gran rugido de potencia, los poderosos motores impulsaron la nave hacia adelante. Avanzó a una velocidad constante de ciento veinte millas por hora, rumbo a Sudamérica, transportando 385 almas humanas y 48 toneladas de carga con la misma facilidad con la que un águila llevaría un ratón.

Esa misma tarde, la historia de mi encuentro con el líder de los boy-scouts se había extendido por toda la tripulación. Mis compañeros oficiales me detuvieron y me preguntaron

cómo me iba con “Ronnie Roughrider”, como alguien lo había apodado, pero les aseguré que, a menos que demostrara ser un saboteador peligroso, lo evitaría escrupulosamente durante el resto del viaje. Sin embargo, resultó que él no compartía mi deseo.

Mi segundo encuentro con él se produjo esa noche mientras estaba haciendo mi recorrido de servicio por el dirigible, normalmente una tarea larga y bastante aburrida.

Los folletos de la compañía describían el equipamiento del Loch Etive como “opulento” y, sobre todo los camarotes de primera clase, eran ciertamente lujosos.

En todas partes el “plástico” parecía exactamente mármol, roble, caoba y teca, o bien acero, latón u oro. Había cortinas de felpa y seda desplegadas desde las amplias ventanillas de observación que recorrían todo el barco, había alfombras mullidas de color azul, rojo y amarillo, cómodos sillones en los salones o en las cubiertas. Las cubiertas de recreo, los restaurantes, las salas de fumadores, los bares y los baños estaban equipados con los últimos artilugios elegantes y resplandecían con luz eléctrica. Era este lujo lo que convertía al Loch Etive en uno de los transatlánticos más caros del mundo, pero la mayoría de los pasajeros pensaron que valía la pena pagar por ello.

Cuando llegué a la sección de tercera clase, ya estaba deseando irme a dormir. De repente, desde un pasillo

secundario que conducía a los comedores, apareció el mismísimo capitán de los Roughriders. Tenía el rostro rojo como la sangre, farfullaba de rabia y me agarró del brazo.

“¡Tengo una queja!” gritó.

No esperaba un cumplido. Levanté las cejas.

“Sobre el restaurante”, continuó.

–Eso es algo que debe discutir con los mayordomos, señor
–dije aliviado.

–Ya me he quejado al mayordomo jefe y se ha negado a hacer nada al respecto. –Me miró con los ojos entrecerrados–. Usted es un oficial, ¿no?

Lo admití. “Sin embargo, mi trabajo es velar por la seguridad de la nave”.

“¿Y qué pasa con la moral?”

Me quedé francamente asombrado. “¿Moral, señor?”, tartamudeé.

–Eso es lo que dije, jovencito. Tengo un deber con mis chicos. No esperaba que se vieran sometidos a humillaciones, a exhibiciones de conducta relajada... Venga conmigo.

Más que nada por curiosidad, le permití que me llevara al

comedor. Allí tocaba una banda de jazz bastante insípida y bailaban algunas parejas. En las mesas había gente comiendo o hablando y no pocos miraban fijamente la mesa donde estaban sentados los veinte chicos Roughriders.

–¡Listo! –susurró Reagan–. ¿Ves? ¿Qué dice ahora?

–No veo nada, señor.

–¡Nadie me dijo que iba a subir a bordo de un templo de Jezabel en el aire! ¡Mujeres inmorales exhibiéndose... mira! ¡Mira! –Me vi obligado a decir que las chicas llevaban vestidos de noche bastante económicos de tela, pero nada que no se pueda ver todas las noches en Londres–. ¡Y música repugnante... música de la jungla! –Señaló a la banda que parecía aburrida en la tribuna–. Y, peor que eso –se acercó y me susurró al oído–, hay negros comiendo justo al lado nuestro, jovencito. ¿Cómo puedes llamar decente a este barco?

En la mesa más próxima a los scouts se sentaba un grupo de funcionarios indios que habían terminado recientemente sus exámenes en Londres y se dirigían a Hong Kong. Iban bien vestidos y conversaban tranquilamente entre ellos.

“Niños blancos obligados a comer codo a codo con negros”, continuó Reagan. “Nos trasladaron a este barco sin nuestro consentimiento, ¿sabe? En un barco americano decente...”

El mayordomo jefe se acercó y me miró con expresión cansada y disculpándose. Pensé en una solución.

–¿Tal vez este pasajero y sus muchachos podrían comer en sus camarotes? –le sugerí al mayordomo.

–¡Eso no puede ser! –Había un brillo duro y furioso en los ojos de Reagan–. Tengo que supervisarlos. Asegurarme de que coman adecuadamente y se mantengan limpios.

Estaba a punto de darme por vencido cuando el camarero sugirió, con cara de póquer, que se podían colocar biombos alrededor de la mesa. No impedirían el paso de la música, por supuesto, pero al menos el capitán y sus muchachos no se verían obligados a ver ni a las damas escasamente vestidas ni a los funcionarios indios. Reagan aceptó este compromiso con mala gana y estaba a punto de volver a su mesa cuando uno de los muchachos se acercó corriendo, con el pañuelo sobre la boca y la cara muy verde. Otro muchacho lo seguía. –Creo que Dubrowski se está mareando, señor.

Me apresuré y dejé a Reagan gritando frenéticamente pidiendo un “médico”.

Aunque se trata principalmente de una enfermedad psicológica, el mareo en el aire puede ser contagioso y pronto me enteré, para mi alivio, de que Reagan y toda su tropa se habían hundido en él. Cuando, dos días después, llegamos a Quito, en el Ecuador británico, no había vuelto a

saber nada del jefe de los exploradores, aunque creo que uno de los médicos del barco había estado bastante ocupado.

Hicimos una escala rápida en Quito y embarcamos algunos pasajeros, algo de correo aéreo y un par de jaulas con monos vivos con destino a un zoológico en Australia.

Cuando partimos hacia el Pacífico, Ronald Reagan era bien conocido tanto por la tripulación como por los pasajeros y, aunque algunos lo apoyaban, para la mayoría se había convertido en una figura de considerable valor de entretenimiento.

El capitán Harding no había tenido contacto directo con Reagan y le hicieron gracia los informes que había oído sobre mi propia vergüenza. –Debe ser más firme con él, teniente Bastable. Es una habilidad especial, ya sabe, controlar a un pasajero difícil.

–Este está loco, capitán. –Estábamos tomando algo en el pequeño bar que había encima de la cabina de control, que era especial para los oficiales–. Debería verle los ojos –dije.

Harding sonrió con simpatía, pero era obvio que atribuía gran parte de mis problemas a mi propia inexperiencia y al hecho de que yo era esencialmente un técnico de tierra.

Nuestra travesía de esa amplia franja de océano entre Sudamérica y la primera de las islas del Mar del Sur fue tan

pacífica como de costumbre y volamos a través de cielos azules y soleados.

Sin embargo, cuando avistamos Puka Puka¹⁹, estábamos recibiendo mensajes telefónicos sobre una extraña tormenta que se estaba formando en la región de Papeete²⁰. Una fuerte interferencia eléctrica cortó rápidamente estos mensajes, pero en ese momento no tuvimos problemas para mantener el dirigible en equilibrio. Los camareros advirtieron a los pasajeros de que era probable que el barco aéreo se moviera un poco a medida que nos acercáramos a Tahití, pero esperábamos llegar a la isla a tiempo. Llevamos el barco hasta 2500 pies y esperábamos evitar lo peor de los vientos. Los ingenieros que trabajaban en las góndolas diésel recibieron órdenes de mantener el Loch Etive a toda velocidad cuando nos topamos con la perturbación.

Unos minutos después oscureció de forma extraña y una luz grisácea y fría se filtró por los ojos de buey. Se encendió la electricidad.

Al instante siguiente nos sumergimos en la tormenta y oímos el estruendo de las piedras de granizo golpeando

19 Puka Puka es un atolón de la Polinesia del archipiélago Tuamotu, administrativamente perteneciente a la Colectividad de ultramar de la Polinesia Francesa. Está situado al noreste del archipiélago, a 1190 km de la isla de Tahití.

20 Papeete, en Tahití, es la capital de la Polinesia Francesa, un grupo de islas del Pacífico Sur.

contra el enorme casco. El sonido era como el de mil ametralladoras disparando a la vez y apenas podíamos oírnos hablar. La temperatura bajó drásticamente y temblamos de frío hasta que el sistema de calefacción del barco respondió a nuestra necesidad. Mientras los truenos y relámpagos estallaban y centelleaban a nuestro alrededor, el Loch Etive se sacudió un poco, pero sus motores rugieron desafiantes y nos sumergimos en la nube negra que se arremolinaba. No había peligro de que un rayo cayera sobre nuestro casco completamente aislado. De vez en cuando las nubes se abrían para mostrarnos el mar hirviendo debajo.

“Me alegro de no estar ahí abajo”, dijo el capitán Harding con una sonrisa. “Eso hace que uno se alegre de que se haya inventado el zeppelin”.

Empezó a sonar una música suave en los altavoces del puente. El capitán le dijo a su segundo oficial que lo apagara. “Nunca pude entender la teoría que había detrás de eso”.

Se me revolvió el estómago cuando la nave cayó unos cuantos metros y luego se recuperó. Empecé a sentir pequeñas punzadas de miedo invadiendo mi mente. Era la primera vez que me sentía nervioso a bordo de una aeronave desde que el Mayor Powell me había recogido en Teku Benga. Parecía que habían pasado siglos desde entonces.

–Hace un tiempo realmente horrible –murmuró el capitán–. El peor que he conocido en esta época del año. –Se

abrochó la chaqueta-. ¿Cómo está nuestra altura, timonel?

“Manteniéndose firme, señor.”

La puerta del puente se abrió y entró el tercer oficial. Estaba furioso.

“¿Qué pasa?” dije.

–¡Maldita sea! –juró–. Acabo de tener un altercado con su amigo, Bastable. ¡El maldito Ronnie! Grita sobre botes salvavidas y paracaídas. Está como loco. Nunca he visto a un pasajero así. Dice que nos vamos a hundir. He tenido una discusión a gritos terrible con él. Quería verle, señor –dijo el tercer oficial al capitán.

Le sonreí a Harding, quien me devolvió la sonrisa con ironía. “¿Qué le dijiste, número tres?”

–Creo que al final logré calmarlo, señor –el tercer oficial frunció el ceño–. Lo único que podía hacer era contenerme para no golpearlo en la mandíbula.

–Será mejor que no hagas eso, número tres. –El capitán sacó su pipa y empezó a encenderla–. No sería muy bueno para la compañía que nos demandara, ¿no? Y nosotros también tenemos una responsabilidad especial, por cortesía hacia la American Imperial; ese tipo de cosas.

El tercer oficial se volvió hacia mí. “Supongo que te habrá

dicho que tiene poderosas conexiones políticas en Estados Unidos y que hará que te expulsen del servicio”.

Me reí. “No, eso todavía no lo he probado”.

Entonces el granizo nos golpeó con más fuerza y el viento aulló furioso, como si nos hubiéramos atrevido a permanecer en el aire. El dirigible descendió horriblemente y luego se reajustó. Se estremeció a lo largo de su casco. Afuera estaba negro como la noche. Los relámpagos nos escupían por todos lados. Con la intención de tranquilizar a los pasajeros y dado que no había nada práctico que yo pudiera hacer en el puente, me dirigí hacia la puerta.

Y en ese momento se abrió de golpe y entró Reagan, la viva imagen de la ira aterrorizada, seguido de sus exploradores de cara blanca.

Reagan gesticuló frenéticamente con su vara mientras avanzaba hacia el capitán Harding. “Tengo un deber con estos muchachos. ¡Sus padres me confiaron sus vidas! ¡Exijo que nos entreguen botes salvavidas y paracaídas de inmediato!”

–Por favor, señor, vuelva a su camarote –dijo Harding con firmeza–. El barco es perfectamente seguro. Sin embargo, es mucho mejor que los pasajeros no anden deambulando por el puente. Si está nervioso, uno de los médicos del barco le dará un sedante.

Reagan gritó algo incoherente como respuesta. El capitán Harding se puso la pipa en la boca y le dio la espalda.

“Por favor, abandone mi puente, señor.”

Di un paso adelante. “Creo que será mejor que...”

Pero Reagan había puesto su mano musculosa sobre el hombro del capitán Harding. “Mire, capitán. Tengo derecho...”

El capitán se volvió y habló con mucha frialdad: “Me pregunto si alguno de ustedes, caballeros, podría acompañar a este pasajero hasta su camarote”.

El tercer oficial y yo agarramos a Reagan y lo arrastramos hacia atrás. Sorprendentemente, no opuso mucha resistencia. Temblaba por todas partes. Lo sacamos del puente y lo llevamos al pasillo, donde llamé a un par de marineros para que me sustituyeran, porque estaba furioso por la forma en que Reagan había tratado a Harding y no confiaba en mí mismo para tratar con calma al hombre.

Cuando regresé al puente, Harding estaba fumando su pipa como si nada hubiera pasado. “Maldita mujer histérica”, dijo sin dirigirse a nadie en particular. “Espero que esta tormenta pase pronto”.

Capítulo IX

¡DESASTRE Y DESGRACIA!

Cuando finalmente llegamos a Tahití y empezamos a descender entre las nubes con la esperanza de atracar, se hizo evidente que un tifón de gran magnitud había azotado la isla. El barco se estremeció y se desvió en el cielo y todo lo que pudimos hacer fue mantenerlo en un equilibrio razonable.

Abajo, el viento había derribado palmerales enteros y varios edificios habían sufrido graves daños. Solo los tres mástiles de amarre del aeródromo se mantenían en pie y a ellos ya se habían anclado dos barcos aéreos. Para asegurarlos se había utilizado toda una red de cables adicionales.

Tras evaluar la situación, el capitán ordenó al timonel que

siguiera volando en círculos sobre el aeródromo y luego abandonó el puente. “Vuelvo en un momento”, dijo.

El tercer oficial me guiñó el ojo. “Se fue a tomar un trago de ron, no me extrañaría. No puedo culparlo, con la tormenta y ese tal Reagan”.

El gran barco seguía dando vueltas a toda velocidad contra la fuerza aullante de una tormenta que no daba señales de amainar. De vez en cuando miraba hacia abajo, al aeródromo, y veía que los vientos salvajes seguían azotándolo.

Pasó un cuarto de hora y el capitán aún no había vuelto a aparecer en el puente. “No es propio de él estar ausente tanto tiempo”, dije.

El tercer oficial intentó comunicarse por teléfono con el camarote del capitán, pero no hubo respuesta. “Supongo que ya está de regreso”, dijo.

Pasaron otros cinco minutos y luego el tercer oficial le dijo a un marinero que fuera a mirar a la cabina del capitán para asegurarse de que estaba bien.

Un par de minutos después, el oficial regresó corriendo con una expresión de terrible consternación en su rostro. “Es el capitán, señor. Está arriba en los compartimentos de paracaídas. Está herido, señor. Viene un médico”.

–¿En el compartimento de paracaídas? ¿Qué hace ahí arriba? –Como a los demás oficiales de la aeronave les resultaba imposible abandonar el puente, seguí al oficial por el estrecho pasillo y subí por la pequeña escalera de camarote que conducía a los camarotes de los oficiales. Pasamos por la cabina del capitán y llegamos a otra escalera corta que conducía a la pasarela entre los armarios donde se almacenaba el equipo salvavidas. La luz era tenue, pero pude distinguir al capitán tendido al pie de la escalera, con el rostro desencajado por el dolor. Me arrodillé a su lado.

–Me caí por la maldita escalera –dijo el capitán con dificultad–. Creo que me rompí la pierna. –El barco se sacudió cuando otra gran ráfaga de viento lo golpeó–. Maldito Reagan. Lo encontré tratando de abrir los compartimentos de paracaídas. Subí para obligarlo a bajar. Me empujó... ¡Ah!

–¿Dónde está Reagan ahora, señor?

“Salió corriendo. Supongo que asustado”.

Llegó el médico y examinó la pierna. “Me temo que es una fractura. Estará en tierra durante bastante tiempo, capitán”.

Vi la mirada en los ojos del capitán cuando escuchó las palabras del doctor. Era una mirada de puro miedo. Si lo castigaban ahora, significaría que lo castigarían para siempre. Ya había pasado la edad de jubilación. El líder de los

boy-scouts, Ronnie Reagan, había acabado con los días de piloto de Harding y, por lo tanto, había acabado con su vida. Si yo hubiera estado cerca de Reagan en ese momento, ¡creo que lo habría matado!

Finalmente, la tormenta se calmó y en media hora estábamos maniobrando para entrar en el cono de espera del mástil del aeródromo. El cielo estaba completamente despejado y brillaba el sol y Tahití lucía tan hermosa como siempre. Aparte de algunos daños en algunos edificios y algunos árboles rotos, es posible que nunca se hubiera sospechado que el tifón había estado allí.

Más tarde, vi cómo los enfermeros levantaban la camilla del capitán y la bajaban hasta el morro. Vi cómo el elevador llevaba al capitán Harding hasta el suelo, donde lo esperaba la ambulancia.

Me sentía miserable y estaba seguro de que nunca volvería a ver al capitán. ¡Dios, cómo odiaba a Reagan por lo que había hecho! Nunca había odiado tanto a nadie en mi vida. Harding había sido una de las pocas personas en este mundo del futuro con las que podía relacionarme adecuadamente (tal vez porque Harding era un hombre mayor y, por lo tanto, pertenecía más a mi mundo que al suyo) y ahora se había ido. Me sentía muy solo, puedo decirlo. Decidí vigilar especialmente al “capitán” Ronnie ahora.

Tonga²¹ llegó y se fue y pronto nos dirigimos a Sydney, a una velocidad de poco menos de 120 mph con un viento en contra que era poco más que una suave brisa comparado con el tifón que habíamos experimentado recientemente.

Durante todo el tiempo transcurrido desde su llegada a Tahití, Reagan y sus exploradores sólo salían de sus camarotes para comer tras sus tontas pantallas.

Al menos parecía intimidado por su propia estupidez y sabía que había salido airoso del asunto de los casilleros de paracaídas. Cuando nos encontramos en un pasillo, bajó la mirada y no me dirigió la palabra cuando nos cruzamos.

Pero entonces se produjo el incidente que conduciría a los verdaderos desastres de los meses siguientes.

La última noche antes de que llegáramos a Sydney, llegó una llamada al puente desde el comedor de tercera clase. Había algún problema. Era mi deber ir allí y solucionarlo.

A regañadientes, abandoné el puente y me dirigí al comedor. En el rincón, cerca de la puerta de la cocina, reinaba la confusión. Camareros con bata blanca, marineros de azul medianoche, hombres con traje de noche y muchachas con vestidos cortos, todos se peleaban de un

²¹ Tonga es un reino polinésico de más de 170 islas del Pacífico Sur, muchas de ellas deshabitadas y en su mayoría bordeadas de playas blancas y arrecifes de coral, y cubiertas de bosques tropicales.

lado a otro, arrastrando a un hombre vestido con los pantalones cortos caqui y la camisa verde tan familiares de un joven Roughrider. En los márgenes de esta pelea había varios boy-scouts asustados. Entonces vislumbré el rostro de Reagan. Agarraba su bastón con las manos y golpeaba a quienes intentaban sujetarlo. Tenía los ojos fijos, el rostro morado y parecía un ridículo cuadro de Custer en la Victoria de Little Big Horn²². Gritaba incoherentemente y sólo entendí una única palabra desagradable:

“¡Negros! ¡Negros! ¡Negros!”

A un lado, algunos funcionarios indios hablaban con el joven oficial que me había convocado.

–¿De qué se trata todo esto, Muir? –pregunté.

Muir sacudió la cabeza. “Por lo que sé, este caballero” (señaló al funcionario) “preguntó si podía tomar prestada la sal de la mesa del señor Reagan. El señor Reagan lo golpeó, señor, y luego se puso a atacar a los amigos de este caballero...”

Entonces vi que había una marca lívida en la frente del indio.

22 La batalla de Little Bighorn fue un enfrentamiento armado entre las fuerzas combinadas de las tribus lakota, cheyennes y arapajoes contra el 7.º Regimiento de Caballería del Ejército de los Estados Unidos al mando del general Custer.

Me recuperé lo mejor que pude y grité: “Muy bien, todos. Déjenlo pasar. ¿Podrían ustedes hacerse a un lado? Háganse a un lado, por favor”.

Agradecidos, los pasajeros y los miembros de la tripulación se alejaron de Reagan, que permanecía allí jadeante, con la mirada fija en el suelo y claramente fuera de sí. Con un movimiento repentino, saltó sobre una mesa cercana, encorvado y con el bastón listo.

Intenté hablar con cortesía, recordando que era mi deber proteger tanto el buen nombre de la compañía naviera como el de mi propio servicio y no darle al señor Reagan oportunidad de demandar a nadie ni de utilizar sus conexiones políticas para perjudicar a nadie. Era difícil recordar todo esto, sobre todo cuando odiaba tanto al hombre. Hice lo posible por sentir pena por él, por complacerlo. –Ya se acabó, capitán Reagan. Si le pide disculpas al caballero al que golpeó...

–¿Disculpas? ¡A esa escoria! –Regan, con un gruñido, me lanzó un golpe con su vara. La agarré y lo arrastré fuera de la mesa. Si lo hubiera golpeado en ese momento para calmarlo, tal vez me habría perdonado. Pero era como si su propia locura fuera contagiosa.

Reagan acercó su cara gruñona a la mía y gruñó: “¡Dame mi palo, maldita mariquita británica amante de los negros!”.

Fue demasiado para mí.

En realidad, no recuerdo haber dado el primer golpe. Recuerdo haber dado puñetazos y más puñetazos y haber sido empujado hacia atrás. Recuerdo haber visto la sangre que le manaba de la cara cortada. Recuerdo haber gritado algo sobre lo que le había hecho al capitán. Recuerdo haber agarrado su caña entre mis manos subiendo y bajando y luego varios marineros me empujaron hacia atrás y de repente todo se calmó de una manera aterradora y Reagan quedó tendido en el suelo, magullado y ensangrentado y completamente inconsciente, tal vez muerto.

Me giré, aturdido, y vi los rostros sorprendidos de los exploradores, los pasajeros, la tripulación.

Vi al segundo oficial, ahora al mando, llegar corriendo. Lo vi mirar el cuerpo de Reagan y decir: “¿Está muerto?”.

“Debería estarlo”, dijo alguien. “Pero no es así”.

El segundo oficial se me acercó y en su rostro se reflejaba compasión. “Pobre diablo, Bastable”, dijo. “No deberías haberlo hecho, viejo. Me temo que ahora estás en problemas”.

Por supuesto, me suspendieron de mis funciones en cuanto llegué a Sydney y me presenté en la sede local de la

SAP²³. Nadie se mostró indiferente, especialmente cuando habían oído la historia completa de boca de los otros oficiales del Loch Etive. Pero Reagan ya había dado su versión a los periódicos vespertinos. Lo peor estaba circulando.

Un agente de policía atacó a un turista norteamericano, decía el *Sydney Herald*, y la mayoría de los artículos eran de lo más sensacionalistas y casi todos ellos aparecían en primera página. Se mencionaba la compañía y el nombre del barco aéreo; se mencionaba el servicio más reciente de Su Majestad, la Policía Aérea Especial (“¿Es esto lo que podemos esperar de quienes han sido comisionados para protegernos?”, preguntaba un periódico). Se había entrevistado a los pasajeros y se citaba una declaración no vinculante de la oficina de la compañía en Sydney. Yo no había dicho nada a la prensa, por supuesto, y algunos periódicos habían interpretado esto como una admisión de que había atacado a Reagan sin provocación y había intentado matarlo. Entonces recibí un cable de mi oficial al mando en Londres. REGRESE DE INMEDIATO.

La depresión se apoderó de mi mente y se instaló allí, dura y fría, y no pude pensar más que en pensamientos negros durante el viaje de regreso a Londres en el buque de guerra aéreo Relentless (Implacable). No había excusa posible, en lo que se refería al ejército, para mi comportamiento. Sabía

23 Policía Aérea Especial.

que me llevarían a juicio militar y casi con toda seguridad me despedirían. No era una perspectiva agradable.

Cuando llegué a Londres, me llevaron inmediatamente a la sede del SAP, cerca del pequeño aeródromo militar de Limehouse. Me encerraron en un cuartel, a la espera de que mi comandante y el Ministerio de Guerra decidieran qué hacer conmigo. Al parecer, Reagan fue persuadido de retirar sus cargos contra todos y fue persuadido además de admitir que me había provocado seriamente, pero yo todavía me había comportado mal y todavía era necesario un juicio marcial. Varios días después de enterarme de la decisión de Reagan, me citaron a la oficina del comandante y me pidieron que me sentara. El general Fry era un tipo decente y muy de la vieja escuela. Comprendió lo que había sucedido, pero expuso su postura sin rodeos:

–Mira, Bastable, sé por lo que has pasado. Primero la amnesia y ahora este... bueno, este ataque tuyo, si quieres. Un ataque de ira, ¿es así? Lo sé. Pero verás, no podemos estar seguros de que no tengas otro. Quiero decir... bueno, el viejo cerebro y todo eso... un poco inestable, ¿eh?

Le sonreí con ironía, lo recuerdo. “¿Cree que estoy loco, señor?”

–No, no, no, claro que no. Estás nervioso, digamos. En fin, en resumidas cuentas, Bastable: quiero tu dimisión.

Tosió avergonzado y me ofreció un cigarro sin mirarme. Lo rechacé.

Entonces me levanté y saludé. “Lo entiendo perfectamente, señor, y comprendo por qué quiere hacerlo de esta manera. Es muy decente de su parte, señor. Por supuesto, tendrá mi renuncia al servicio. ¿Está bien por la mañana, señor?”

–Bien. Tómate tu tiempo. Lamento perderte. Buena suerte, Bastable. Supongo que no tienes que preocuparte por si los Mapaches toman alguna medida. El capitán Harding habló por ti ante los propietarios. También lo hicieron el resto de los oficiales, supongo.

“Gracias por informarme, señor.”

–De ningún modo. Hasta pronto, Bastable. –Se levantó y me estrechó la mano–. Ah, por cierto, tu hermano quiere verte. Tengo un mensaje. Te recibirá en el Royal Aeronautical Club esta tarde.

“¿Mi hermano, señor?”

“¿No sabías que tenías uno?”

Yo tenía un hermano, de hecho, tres, pero los dejé atrás en 1902.

Sintiéndome como si me hubiera vuelto completamente

loco, salí de la oficina, volví a mis aposentos, redacté mi carta de renuncia, empaqué mis pocas cosas en una bolsa, me puse ropa de civil y tomé un coche eléctrico hasta Piccadilly y el Royal Aeronautical Club.

¿Por qué alguien habría de decir que era mi hermano? Probablemente había una explicación sencilla. Un error, por supuesto, pero no podía estar seguro.

Capítulo X

UN 'HERMANO' BOHEMIO

Mientras me sentaba en el taxi que avanzaba con suavidad, miré por la ventanilla y traté de ordenar mis pensamientos. Desde el incidente con Reagan me había quedado atónito y sólo ahora que había dejado atrás mi cuartel estaba empezando a darme cuenta de las implicaciones de mi acción. También me di cuenta de que, teniendo en cuenta todas las circunstancias, me había librado bastante bien. Sin embargo, ahora parecía que mis esfuerzos por ser aceptado por la sociedad de 1974 habían sido completamente en vano. Yo era mucho más un extraño que cuando llegué por primera vez. Había deshonrado mi uniforme y me había puesto fuera de lugar.

Además, el sueño eufórico había empezado a convertirse

en una pesadilla loca. Saqué mi reloj. Eran sólo las tres de la tarde. No era la noche según los estándares de nadie. No estaba seguro de qué tipo de recepción podría tener en el RAC. Era, por supuesto, miembro, pero era muy posible que quisieran que renunciara, ya que había renunciado al SAP. No podía culpar a nadie por desear esto. Después de todo, era probable que avergonzara a los demás miembros. Dejaría mi visita para el último momento posible. Golpeé el techo y le dije al taxista que se detuviera en la entrada peatonal más cercana, luego salí del taxi, pagué mi tarifa y comencé a caminar sin ganas por las arcadas bajo las elegantes columnas que sostenían los niveles de tráfico. Observé la profusión de productos exóticos exhibidos en los escaparates; productos traídos de todos los rincones del Imperio, que me recordaban lugares que tal vez nunca volvería a ver. En busca de una vía de escape, entré en un cine y vi una comedia musical ambientada en el siglo XVI en la que aparecían un actor norteamericano llamado Humphrey Bogart, que interpretaba a Sir Francis Drake, y una actriz sueca (la esposa de Bogart, creo) llamada Greta Garbo, que interpretaba a la reina Isabel. Curiosamente, es una de las impresiones más claras que tengo de ese día.

A eso de las siete me presenté en el club y me deslicé sin que nadie me viera en la agradable penumbra del bar, decorado con docenas de recuerdos de dirigibles. Había unos cuantos tipos charlando en las mesas, pero por suerte nadie me reconoció. Pedí un whisky con soda y me lo bebí

bastante rápido. Ya había tomado varios más cuando alguien me tocó el brazo y me di la vuelta de repente, esperando que me pidieran que me fuera.

En cambio, me encontré con la alegre sonrisa en el rostro de un joven vestido con lo que había aprendido que era la moda entre los estudiantes universitarios más atrevidos de Oxford. Llevaba el pelo negro, más bien largo, peinado hacia atrás sin raya. Llevaba lo que prácticamente era una levita, con solapas de terciopelo, una corbata carmesí, un chaleco de brocado y pantalones ajustados hasta la rodilla y con la parte inferior acampanada. En 1902, deberíamos haberlo reconocido como muy similar a la vestimenta que usaban los llamados estetas. Era deliberadamente bohemio y dandi, y yo miraba con cierta sospecha a las personas que llevaban ese “uniforme”. No eran mi tipo en absoluto. Donde yo había pasado desapercibido, este joven tenía la mirada de desaprobación de todos. Me sentí profundamente avergonzado.

Parecía no darse cuenta de la reacción que había creado en el club. Tomó mi mano flácida y la estrechó con calidez. –Eres mi hermano Oswald, ¿no?

–Soy Oswald Bastable –convine–. Pero no creo que sea yo a quien buscas. No tengo ningún hermano.

Puso su mano en un costado y sonrió. “¿Cómo lo sabes, eh? Quiero decir, estás sufriendo de amnesia, ¿no?”

–Sí, claro... Era perfectamente cierto que no podía decir que había perdido la memoria y luego negar que tenía un hermano. Me había puesto en una situación irónica. –¿Por qué no te presentaste antes? –repliqué–. ¿Cuando había todo ese material sobre mí en los periódicos?

Se frotó la mandíbula y me miró con sorna. “En ese momento yo estaba en el extranjero”, dijo. “En China, de hecho. Me quedé un poco atrapado allí”.

–Mira –dije con impaciencia–, sabes muy bien que no eres mi hermano. No sé quién quieres, pero preferiría que me dejaras en paz.

Sonrió de nuevo. “Tienes toda la razón. No soy tu hermano. En realidad me llamo Dempsey, Cornelius Dempsey. Pensé decir que soy tu hermano para despertar tu curiosidad y asegurarme de que me conocieras. Aun así” (me dirigió de nuevo esa mirada sardónica) “es curioso que sufras de amnesia total y, sin embargo, sepas que no tienes un hermano. ¿Quieres quedarte a charlar aquí o ir a tomar algo a otro lado?”

–No estoy seguro de querer hacer ninguna de las dos cosas, señor Dempsey. Después de todo, no me ha explicado por qué decidió engañarme de esta manera. Habría sido una trampa cruel si le hubiera creído.

–Supongo que sí –dijo con naturalidad–. Por otra parte, es

posible que tengas una buena razón para alegar amnesia. ¿Quizás tienes algo que ocultar? ¿Es por eso que no revelaste tu verdadera identidad a las autoridades?

–Lo que tengo que ocultar es un asunto mío. Y puedo asegurarle, señor Dempsey, que Oswald Bastable es el único nombre que he tenido. Ahora bien, le agradecería que me dejara en paz. Tengo muchos otros problemas que considerar.

–Pero por eso estoy aquí, Bastable, amigo mío. Para ayudarte a resolver esos problemas. Lamento haberte ofendido. En realidad, vine a ayudarte. Dame media hora. –Miró a su alrededor–. Hay un lugar a la vuelta de la esquina donde podemos tomar algo.

Suspiré. “Muy bien”. Después de todo, no tenía nada que perder. Me pregunté por un momento si ese joven dandi, tan tranquilo y seguro de sí mismo, sabía realmente lo que me había pasado. Pero descarté la idea.

Abandonamos el RAC y por Jermyn Street entramos en Burlington Arcade, uno de los pocos lugares que no había cambiado mucho desde 1902. Por fin, Cornelius Dempsey se detuvo ante una puerta sencilla y llamó varias veces con la aldaba de latón hasta que alguien abrió. Una anciana nos miró, reconoció a Dempsey y nos hizo pasar a un pasillo oscuro. De algún lugar de abajo llegaban voces y risas y, por el olor, supuse que el lugar era algún tipo de club de copas.

Bajamos unas escaleras y entramos en una habitación mal iluminada en la que estaban dispuestas varias mesas sencillas. En las mesas estaban sentados hombres y mujeres jóvenes vestidos al mismo estilo bohemio que Dempsey. Uno o dos de ellos lo saludaron mientras caminábamos entre las mesas y nos sentábamos en un reservado. Un camarero se acercó de inmediato y Dempsey pidió una botella de vino tinto de la casa. Me sentí extremadamente incómodo, pero no tanto como me habría sentido en mi propio club. Esta fue mi primera visión de una faceta de la vida londinense que apenas sabía que existía. Cuando llegó el vino, bebí un vaso grande. Si iba a ser un paria, pensé con amargura, entonces sería mejor que me acostumbrara a este tipo de lugar.

Dempsey me miró mientras bebía, con una expresión de diversión secreta en su rostro. –Nunca has estado en un pub, ¿eh?

–No. –Me serví otro trago de la botella.

“Aquí puedes relajarte. El ambiente es bastante relajado. ¿Quieres vino?”

–Está bien. –Me recliné en mi silla y traté de parecer confiado–. ¿De qué trata todo esto, señor Dempsey?

Supongo que estás sin trabajo en este momento.

“Eso es un eufemismo. Probablemente no pueda conseguir ninguno”.

–Bueno, eso no es así. Sé que hay un trabajo disponible si lo deseas. En una aeronave. Ya hablé con el capitán y está dispuesto a aceptarte. Conoce tu historia.

Empecé a sospechar. “¿Qué clase de trabajo, señor Dempsey? Ningún capitán decente...”

–Este capitán es uno de los hombres más decentes que jamás ha comandado un barco aéreo. –Dejó de lado su tono de broma y habló con seriedad–. Lo admira muchísimo y sé que le agradará. Es recto como una piedra.

–Entonces ¿por qué...?

“Su nave es un poco como un cajón. No es uno de esos grandes transatlánticos ni nada parecido. Es anticuado y lento y transporta principalmente carga. Carga que a otras personas no les interesa. Trabajos pequeños. A veces trabajos peligrosos. Ya sabes a qué tipo de barco me refiero”.

–Los he visto. –Bebí un sorbo de vino. Era la única oportunidad que podía esperar y tuve mucha suerte de conseguirla.

Era lógico que las pequeñas aeronaves “vagabundas” carecieran de pilotos entrenados cuando las recompensas por trabajar para las grandes naves eran mucho mayores. Y, sin embargo, en ese momento, no me importaba.

Todavía estaba lleno de amargura por mi propia

estupidez-. Pero ¿estás seguro de que el capitán conoce toda la historia? Me echaron del ejército por una buena razón, ¿sabes?

–Sé el motivo –dijo Dempsey con seriedad-. Y lo apruebo.

“¿Aprobar? ¿Por qué?”

“Simplemente suponga que no me gusta el estilo Reagan y que admiro lo que usted hizo a favor los indios que él atacó. Eso demuestra que es un tipo decente y que tiene buenas intenciones”.

No estoy seguro de haber apreciado tal elogio de ese joven. Me encogí de hombros.

“Defender a los indios fue sólo una cuestión incidental”, le dije. “Odiaba a Reagan por lo que le hizo a mi capitán”.

Dempsey sonrió. “Dígalo como quiera, Bastable. De todos modos, el trabajo está en marcha. ¿Lo quiere?”

Terminé mi segunda copa de vino y fruncí el ceño. “No estoy seguro...”

Dempsey me sirvió otra copa. –No estoy tratando de persuadirte para que hagas algo que no quieras hacer, pero debo señalar que pocas personas querrán contratarte como algo más que un marinero, al menos por un tiempo.

“Soy consciente de ello.”

Dempsey encendió un largo puro. –¿Quizás tengas amigos que te hayan ofrecido un trabajo?

–¿Amigos? No, no tengo amigos. –Era cierto. El capitán Harding había sido lo más parecido a un amigo que había tenido.

–Y tienes experiencia con dirigibles. ¿Podrías manejar uno si fuera necesario?

–Supongo que sí. Aprobé un examen equivalente al de segundo oficial. Probablemente estoy un poco débil en el aspecto práctico.

–Pero eso lo superarás pronto.

–¿Cómo es que conoces al capitán de un navío de carga?
–pregunté–. ¿No eres estudiante?

Dempsey bajó la mirada. –Querrás decir que era estudiante. Bueno, lo era. Pero esa es otra historia. He seguido tu carrera, ya sabes, desde que te encontraron en la cima de esa montaña. Podrías decir que capturaste mi imaginación.

Me reí, sin demasiado humor. “Bueno, supongo que es generoso de tu parte intentar ayudarme. ¿Cuándo podré ver a tu capitán?”

–¿Esta noche? –Dempsey sonrió con entusiasmo–. Podríamos ir a Croydon en mi coche. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros. “¿Por qué no?”

Capítulo XI

EL CAPITÁN KORZENIOWSKI

Dempsey condujo hasta Croydon a cierta velocidad, pero me vi obligado a admirar la forma en que controlaba el antiguo vapor Morgan. Llegamos a Croydon en media hora.

La ciudad de Croydon es una ciudad con un parque aéreo. Debe su existencia ese parque aéreo y dondequiera que mires hay recordatorios de ello. Muchos de los hoteles llevan el nombre de famosos dirigibles y las calles están llenas de aviadores de todas las nacionalidades. Es una ciudad ruidosa y descarada en comparación con la mayoría y debe ser bastante similar a algunos de los antiguos puertos marítimos de mi propia época (tal vez debería utilizar el tiempo futuro para todo esto y decir “será”, etc., pero me resulta difícil hacerlo, porque todos estos eventos ocurrieron, por supuesto, en mi pasado personal).

Dempsey nos llevó hasta el patio delantero de un pequeño hotel situado en una de las callejuelas de Croydon. El hotel se llamaba The Airman's Rest (El descanso del aviador) y, evidentemente, había sido una posada en tiempos pasados. No hace falta decir que estaba en la parte antigua de la ciudad y contrastaba notablemente con las brillantes torres de piedra y cristal que dominaban la mayor parte de Croydon.

Dempsey me hizo pasar por el salón principal, lleno de aviadores de la generación anterior que claramente preferían el ambiente de The Airman's Rest al de los hoteles más salubres. Subimos un tramo de escaleras de madera y recorrimos un pasillo hasta que llegamos a una puerta al final. Dempsey llamó.

–¿Capitán? ¿Recibe visitas, señor?

Me sorprendió el tono genuino de respeto con el que el joven se dirigió al capitán invisible.

–Pase. –La voz era áspera y gutural; extranjera.

Entramos en una cómoda sala de estar con cama. En la chimenea ardía el fuego, que proporcionaba la única iluminación. En un sillón de cuero profundo estaba sentado un hombre de unos sesenta años. Tenía una barba gris acero cortada al estilo imperial y un cabello a juego. Sus ojos eran de un gris azulado y su mirada era firme, penetrante,

totalmente confiable. Tenía una gran nariz aguileña y una boca fuerte. Cuando se puso de pie era relativamente bajo, pero de complexión fuerte. Su apretón de manos fue seco y firme.

Dempsey nos presentó.

“Capitán Korzeniowski, aquí el teniente Bastable”.

–¿Cómo está, teniente? –Hablaban con un marcado acento, pero sus palabras eran claras–. Encantado de conocerlo.

“¿Cómo está, señor? Creo que será mejor que se refiera a mí simplemente como 'señor'. Hoy renuncié a la SAP. Ahora soy un civil”.

Korzeniowski sonrió y se volvió hacia un pesado aparador de roble. –¿Quiere tomar algo, señor Bastable?

–Gracias, señor. ¿Un whisky?

–Bien. ¿Y tú, joven Dempsey?

–Un vaso de ese Chablis, por favor, capitán.

“Bien.”

Korzeniowski vestía un grueso jersey blanco de cuello alto. Sus pantalones eran del azul medianoche de un oficial de vuelo civil.

Sobre una silla cerca del escritorio, contra la pared del fondo, vi su chaqueta con los anillos de capitán y encima su gorra bastante maltratada.

–Le he hecho la propuesta al señor Bastable, señor –dijo Dempsey mientras aceptaba su copa–. Y por eso estamos aquí.

Korzeniowski se tocó los labios y me miró pensativo. –Sin duda –murmuró–. Sin duda. –Después de servirnos nuestras bebidas, volvió al aparador y se sirvió un modesto whisky, llenando el vaso con soda–. Sepa que necesito urgentemente un segundo oficial. Me vendría bien un hombre con algo más de experiencia en vuelo, pero no puedo conseguir a nadie en Inglaterra y no quiero el tipo de hombre que probablemente encontraría fuera de aquí. He leído sobre ti. Tienes un carácter irascible, ¿eh?

Negué con la cabeza. De pronto, me pareció que tenía muchas ganas de servir con el capitán Korzeniowski, pues me había caído bien al instante. –Normalmente no, señor. Eso fueron... bueno, circunstancias especiales, señor.

–Eso es lo que deduje. Hasta hace poco tuve un segundo oficial excelente. Un tipo llamado Marlowe. Tuvo problemas en Macao. –El capitán frunció el ceño y cogió una caja de puros de su escritorio. Me ofreció uno de los duros y negros palitos de tabaco y acepté. Dempsey se negó con una sonrisa. Mientras hablaba, el capitán Korzeniowski me

miraba fijamente y sentí que estaba leyendo mi alma. Hablaba con bastante pesadez y todas sus acciones eran lentas, calculadas-. Te encontraron en el Himalaya. Perdiste la memoria. Te entrenaron para la policía aérea. Te peleaste con un pasajero en el Loch Etive. Perdiste los estribos. Le hiciste mucho daño. El pasajero era un patán, ¿no?

-Sí, señor. -El puro era sorprendentemente suave y olía dulce.

Supongo que se opuso a comer con algunos indios.

“Entre otras cosas, señor.”

-Bien -Korzeniowski me lanzó otra de sus miradas agudas y penetrantes.

-Reagan fue el responsable, señor, de que nuestro capitán se rompiera una pierna. Eso significaba que el anciano tendrá que quedarse en tierra para siempre. Él no podía soportar esa idea, señor.

Korzeniowski asintió. -Sé cómo se siente. Solía conocer al capitán Harding. Es un excelente piloto. Entonces, su delito fue un exceso de lealtad, ¿no? Eso puede ser un delito bastante grave en algunas circunstancias, ¿no?

Sus palabras parecían tener un significado extra que no pude adivinar. “Supongo que sí, señor”.

“Bien.”

Dempsey dijo: “Creo, señor, que por temperamento al menos es uno de los nuestros”.

Korzeniowski levantó la mano para hacer callar al joven. El capitán miraba fijamente el fuego, absorto en algo. Unos momentos después se dio la vuelta y dijo: “Soy polaco, señor Bastable. Soy británico naturalizado, pero polaco de nacimiento. Si volviera a mi patria, me fusilarían. ¿Sabe por qué?”.

–No, señor.

El capitán sonrió y abrió las manos. “Porque soy polaco. Por eso”.

“¿Es usted un exiliado, señor? ¿Los rusos...?”

–Exactamente. Los rusos. Polonia es parte de su imperio. Pensé que eso estaba mal, que las naciones deberían ser libres de decidir su propio destino. Lo dije hace muchos años. Me oyeron decirlo. Y fui exiliado.

Fue entonces cuando me uní al Servicio Aéreo Mercante Británico. Porque era un patriota polaco. –Se encogió de hombros.

Me pregunté por qué me estaba contando eso, pero sentí que debía tener un sentido, así que lo escuché con respeto.

Finalmente me miró-. Así que, como ve, señor Bastable, ambos somos parias, a nuestra manera. No porque lo deseemos, sino porque no tenemos otra opción.

–Ya veo, señor. –Seguía desconcertado, pero no dije nada más.

–Tengo mi propio barco –dijo Korzeniowski-. No es muy bonito, pero es un buen dirigible. ¿Se unirá a nosotros, señor Bastable?

“Me encantaría, señor. Le estoy muy agradecido.”

–No tiene por qué estar agradecido, señor Bastable. Necesito un segundo oficial y usted necesita un puesto. El sueldo no es muy alto. Cinco libras al mes, todo incluido.

“Gracias señor.”

“Bien.”

Todavía me preguntaba qué relación podría haber entre el joven bohemio y el viejo capitán de dirigible. Parecían conocerse bastante bien.

–Creo que podrá encontrar alojamiento para pasar la noche en este hotel, si le conviene –continuó el capitán Korzeniowski-. Embarque en la nave mañana. ¿Le parece bien a las ocho?

“Está bien, señor.”

“Bien.”

Tomé mi bolso y miré expectante a Dempsey. El joven miró al capitán, me sonrió y me dio una palmadita en el brazo. “Acomódese aquí. Me reuniré con usted más tarde. Tengo una o dos cosas que discutir con el capitán”.

Todavía algo aturdido, me despedí de mi nuevo capitán y salí de la habitación.

Cuando cerré la puerta, oí a Dempsey decir: “Ahora, sobre los pasajeros, señor...”

A la mañana siguiente tomé un autobús hasta el aeródromo. Allí había docenas de aeronaves amarradas, que iban y venían como fieras abejas alrededor de una colmena monstruosa. Bajo el sol otoñal, los cascos de las naves brillaban como plata, oro o alabastro.

Antes de partir la noche anterior, Dempsey me había dado el nombre del barco al que me iba a incorporar. Se llamaba The Rover (El vagabundo, un nombre bastante romántico, pensé) y las autoridades del aeródromo me habían dicho que estaba amarrado al mástil número 14.

A la fría luz del día, por así decirlo, yo estaba empezando a preguntarme si no había actuado con precipitación al aceptar el puesto, pero era demasiado tarde para pensarlo

dos veces. Siempre podría abandonar el barco más tarde si descubría que no estaba a la altura de lo que se esperaba de mí.

Cuando llegué al mástil número 14, descubrí que lo habían movido para dejar espacio a un gran carguero ruso con una carga de combustible que debía ser desembarcada a toda prisa. Nadie parecía saber dónde estaba amarrado el Rover.

Finalmente, después de media hora de vagar infructuosamente, me dijeron que fuera al mástil número 38, justo al otro lado del parque. Caminé con dificultad bajo los enormes cascos de los transatlánticos y los buques de carga, esquivando los temblorosos cables de amarre, rodeando las vigas de acero de los mástiles, hasta que por fin vi el número 38 y mi nueva embarcación.

Estaba maltrecho y necesitaba una mano de pintura, pero estaba tan limpio como el mejor transatlántico. Tenía un casco duro, obviamente convertido a partir de una cubierta de tela blanda del tipo antiguo. Se balanceaba un poco en su mástil y parecía, por la forma en que se movía en sus cables, muy cargado. Sus cuatro grandes motores anticuados estaban alojados en góndolas exteriores a las que había que llegar mediante pasarelas parcialmente cubiertas, y sus pasarelas de inspección estaban completamente expuestas a los elementos. Me sentí como alguien que hubiera sido transferido de un transatlántico para ocupar un puesto en un barco de vapor. A pesar de que venía de una época anterior

a que cualquier dirigible pareciera un medio práctico de viaje, mi interés en The Rover era casi de curiosidad histórica mientras lo observaba. Sin duda estaba maltratado por el clima. El plateado de su casco estaba empezando a descascararse y las letras de su número (806), nombre y matrícula (Londres) se habían descascarillado en algunos lugares. Como era ilegal tener incluso una matrícula parcialmente borrada, había un par de dirigibles colgados de una plataforma de poleas suspendida de la pasarela superior, retocando las transferencias con creosota negra. Era incluso más antiguo que mi primer barco, el Loch Ness, y mucho más primitivo, con un aspecto ligeramente pirata. Dudaba que pudiera presumir de cosas como computadoras, reguladores de temperatura o cualquier otra cosa que no fuera la forma más sencilla de teléfono inalámbrico, y su velocidad no podía haber ido mucho más allá de los 80 mph.

Tuve un momento de inquietud mientras me encontraba allí, viéndolo girar lentamente en sus cables y luego, de mala gana, volver a su posición original. Tenía unos 600 pies de largo y ni un centímetro de él parecía como si debiera haber sido aprobado como apto para volar. Comencé a trepar al mástil, esperando que mi tardanza no hubiera retrasado al zeppelin.

Llegué a lo alto del mástil y entré en el cono. Desde el cono hasta el barco había una pasarela estrecha con laterales de cuerda. Se dobló cuando puse un pie sobre ella y comencé a cruzar. No había pasarelas especiales cubiertas para The

Rover, ni paredes de plástico reforzado para que los pasajeros no tuvieran que ver el suelo a cien pies de distancia. Una peculiar sensación de satisfacción comenzó a apoderarse de mí. Después de mi sorpresa inicial, estaba empezando a gustarme la idea de volar en este viejo y maltrecho vagabundo de las rutas aéreas. Tenía un cierto estilo y no había nada sofisticado en sus accesorios. Tenía algo del aura de las primeras naves pioneras que el capitán Harding había recordado a menudo.

Al llegar a la plataforma circular de embarque, me recibió un piloto con un jersey sucio. Señaló con el pulgar una pequeña escalera de aluminio que se elevaba desde el centro de la plataforma. –¿Es usted el nuevo número dos, señor? El capitán lo espera en el puente.

Le di las gracias y subí los escalones para salir al puente. Estaba desierto, salvo por el hombre bajo y fornido que vestía el uniforme bien planchado pero raído de capitán del Servicio Aéreo Mercante. Se volvió, con sus ojos azul grisáceos tan firmes y contemplativos como siempre, uno de sus pueros negros en la boca, su Imperial gris sobresaliendo hacia adelante mientras se acercaba a mí y me estrechaba la mano.

–Me alegro de tenerle a bordo, señor Bastable.

“Gracias, señor. Me alegro de estar aquí. Lamento llegar tarde, pero...”

–Lo sé, nos cambiaron de lugar para dejar paso a ese maldito carguero ruso. No nos hemos retrasado. Todavía estamos dándole una mano de pintura a nuestros datos de matrícula y nuestros pasajeros aún no han llegado. –Señaló un tramo de seis escalones que conducía a una puerta en la popa del puente–. Vuestro camarote está por ahí. Podéis meteros con el señor Barry en este viaje, pero tendréis vuestro propio camarote en cuanto dejemos a los viajeros. No solemos llevar muchos, aunque tenemos pasajeros de cubierta que suben a bordo en Saigón, y vuestro camarote es el único adecuado. ¿De acuerdo?

“Gracias señor.”

“Bien.”

Levanté mi bolso.

–La cabina está a la derecha –dijo Korzeniowski–. La mía está justo delante y la de los pasajeros, la que será la suya, está a la izquierda. Creo que Barry le está esperando. Nos vemos en quince minutos. Espero poder zarpar entonces.

Subí por la escalera de acceso y abrí la puerta de conexión para encontrarme en un pasillo corto con tres puertas que conducían a él. Las paredes eran de un color gris liso, desconchadas y rayadas. Llamé a la puerta que estaba a mi derecha.

“Entrada.”

En el interior, un hombre alto y delgado, con una gran mata de pelo rojo, estaba sentado en ropa interior sobre la litera inferior sin hacer. Se estaba sirviendo una generosa cantidad de ginebra. Cuando entré, levantó la vista y asintió con aire sociable: “¿Bastable? Soy Barry. ¿Bebes?” Me extendió la botella y, como si recordara sus modales, me ofreció el vaso.

Sonreí. “Es un poco temprano para mí. Estoy en la litera de arriba, ¿eh?”

–Me temo que sí. Probablemente no sea lo que estás acostumbrado a ver después de lo del Loch Etive.

“Me viene bien.”

–Encontrarás un par de uniformes en el armario de ahí abajo. Por suerte, Marlowe era de tu misma talla. También puedes guardar el resto de tu equipo allí. Me enteré de tu pelea. Bien por ti. Este barco está lleno de inadaptados. No somos demasiado estrictos con la disciplina formal, pero trabajamos duro y el capitán es uno de los mejores.

–Me gustaba –dijo. Empecé a guardar mi equipo en la taquilla y luego saqué un uniforme arrugado. Barry se estaba poniendo los pantalones y una camiseta.

–Uno de los mejores –repitió. Terminó su bebida y guardó con cuidado la botella y el vaso–. Bueno, creo que oí a los pasajeros subir a bordo. Por fin podremos irnos. Nos vemos en el puente cuando zarpemos.

Cuando abrió la puerta para marcharse, vislumbré la espalda de uno de los pasajeros que entraba en la cabina opuesta. Una dama. Una mujer con un abrigo de viaje oscuro y pesado. Era extraño que el capitán Korzeniowski aceptara pasajeros. No parecía el tipo de persona que recibe con agrado a los hombres de tierra. Pero era probable que The Rover estuviera feliz de obtener cualquier beneficio adicional que pudiera. Los barcos como ese navegaban con un margen muy estrecho.

Poco después me uní al capitán y al señor Barry en el puente. Los timoneles de altura y dirección estaban a sus mandos y el operador de telefonía inalámbrica estaba agachado en su cubículo en contacto con el edificio principal de tráfico, esperando que le dijeran cuándo podíamos soltarnos del mástil.

Miré a través de la ventana que daba al puente de mando todos los hermosos barcos. Nuestro pequeño carguero parecía tan fuera de lugar allí que me alegraría mucho de irme.

El capitán Korzeniowski cogió un tubo de comunicación.
–Capitán, a toda máquina. Prepárese.

Un segundo después oí el gruñido de los motores diésel mientras sus ingenieros empezaban a calentarlos.

La orden llegó desde el control de tierra. Podíamos irnos.

El capitán se colocó en la proa y miró hacia abajo para poder ver las cadenas de amarre principales y la pasarela. Barry se acercó al anunciador y se quedó allí con el tubo en la mano. El contramaestre se quedó a mitad de camino de la escalera de acceso a la plataforma de embarque, con el cuerpo atravesado por la cubierta del puente.

–Pasarela retirada –dijo el capitán–. Cierre y selle las puertas de embarque, contramaestre.

El contramaestre transmitió esta orden a un hombre invisible que se encontraba abajo. Se oyeron ruidos, golpes, gritos. Entonces la cabeza del contramaestre apareció de nuevo en la escalera de la cámara. –Todo listo para zarpar, señor.

–Déjalo escapar. –El capitán enderezó la espalda y metió ambas manos en los bolsillos de su chaqueta, con el puro apretado entre los dientes.

–Déjalo caer hacia abajo –dijo Barry dentro del tubo.

Hubo un tirón cuando nos soltaron del mástil.

“Todos los cables libres.”

“Todos los cables sueltos, abajo”, dijo Barry. Los cables de amarre se soltaron y quedamos liberados en el aire.

“Motores a toda marcha atrás.”

Barry ajustó un interruptor. “Todos los motores a toda marcha atrás”. Ahora estaba hablando con los ingenieros agachados en sus góndolas exteriores, cuidando sus motores diésel.

El barco se estremeció y se sacudió ligeramente mientras los motores lo alejaban del mástil.

–Doscientos cincuenta pies, timonel de altura –dijo el capitán, todavía mirando a través del puerto de observación de proa.

–Doscientos cincuenta, señor. –El timonel hizo girar su gran rueda de metal.

Lentamente nos arrastramos hacia el cielo, nuestra proa inclinándose ligeramente hacia arriba mientras el timonel del elevador operaba sus controles, ajustando los planos de cola.

Por primera vez, tuve una sensación de pérdida. Sentí que estaba dejando atrás todo lo que había llegado a entender sobre este mundo de los años 70 y embarcándome en lo que para mí sería un nuevo viaje de descubrimiento. Me sentí un poco como uno de los antiguos navegantes isabelinos que habían partido a comerciar al otro lado del planeta.

El aeródromo de Croydon quedó atrás y volamos sobre los campos de Kent en dirección a la costa, subiendo gradualmente hasta una altura de mil pies, a algo menos de

cincuenta millas por hora. La nave respondió sorprendentemente bien y comencé a darme cuenta de que había más en The Rover de lo que había pensado. Estaba aprendiendo a no juzgar una aeronave por su apariencia. Aunque sus controles eran primitivos, volaba suave y firmemente y avanzaba majestuosamente por el cielo. Barry, a quien había tomado por un borracho al final de una carrera desagradable, demostró ser un oficial eficiente y descubrí que bebía mucho solo cuando no estaba en el aire. Esperaba que mi actitud rígida no hiciera que mis compañeros oficiales pensaran que yo era un poco mojigato.

Durante el primer día y la primera noche de nuestro viaje, los pasajeros no salieron de sus camarotes, lo que no me pareció especialmente extraño. Tal vez estuvieran mareados o no tuvieran ganas de ir a ninguna parte. Después de todo, en The Rover no había cubiertas de paseo ni cines. Si uno quería caminar a lo largo del barco y ver algo más que la carga apilada en penumbra, tenía que salir a las pasarelas exteriores y agarrarse a las barandillas por miedo a ser arrojado por la borda.

Cumplí con mis obligaciones con entusiasmo, aunque al principio me sentí un poco incómodo, ansioso por demostrarle al capitán Korzeniowski que estaba entusiasmado. Creo que tanto el capitán como Barry y la tripulación lo entendieron y pronto me di cuenta de que estaba empezando a relajarme.

Cuando ya estábamos sobre las brillantes aguas azules del Mediterráneo y rumbo a Jerusalén, nuestro primer puerto de escala, ya había empezado a familiarizarme con The Rover.

Había que tratarlo con delicadeza y con lo que sólo puedo describir como “gracia”. Manejado de esta manera, hacía casi cualquier cosa que le pidieran. Esto puede parecer sentimental y tonto, pero había una sensación de afecto en este barco, un sentido de humanidad que se extendía tanto a la tripulación como a la embarcación.

Pero aún no veía a los pasajeros. Comían en su camarote y no en el pequeño comedor junto a la cocina donde lo hacían los oficiales y los marineros. Empezaba a parecer que les daba miedo que los vieran, salvo el capitán Korzeniowski o el señor Barry, que los visitaban de vez en cuando.

No teníamos a bordo a nadie que fuera específicamente navegante o meteorólogo. Estas funciones las compartíamos el capitán, Barry y yo. La noche antes de llegar a Jerusalén, yo había hecho la guardia y estaba comprobando nuestro rumbo con las cartas e instrumentos cuando el operador telefónico entró y comenzó a conversar. Finalmente dijo:

–¿Qué opinas de nuestros pasajeros, Bastable?

Me encogí de hombros. –No les hago ningún favor, Johnson. Sólo he visto brevemente a una de ellas. Una mujer.

“Creo que son refugiados”, dijo Johnson. “El anciano dice que se bajarán en Brunei”.

–En serio. No es el lugar más seguro del mundo. ¿No han tenido problemas con bandidos allí?

–Terroristas de algún tipo. Bien organizados, supongo. He oído que los alemanes y los japoneses los apoyan. No me extrañaría que quieran algunas de nuestras colonias.

“Hay acuerdos, no se atreverían”.

Johnson se rió. “Eres un poco novato, ¿sabes, Bastable? Hay problemas gestándose en todo el Este. Nacionalismo, viejo. India, China, el sudeste asiático. La gente está preocupada”.

Johnson era un pesimista que disfrutaba de esas perspectivas. Yo tomé todo lo que dijo con pinzas.

–No me sorprendería que nuestros pasajeros fueran compatriotas del viejo. Exiliados polacos. O incluso anarquistas rusos, ¿eh?

Me reí a carcajadas. “No hagas eso, Johnson. El capitán no quiere saber nada de ese tipo de cosas”.

Johnson meneó la cabeza en un gesto de reproche fingido. –Ay, ay, ay, Bastable. Eres un novato. Perdón por haberte interrumpido. –Salió del puente con paso tranquilo. Sonreí y

descarté sus bromas. Estaba claro que estaba intentando ponerme nervioso. El tipo de broma que se suele gastar a los “nuevos” a bordo de cualquier barco. Aun así, los pasajeros parecían ansiosos por no hacer ruido.

A la mañana siguiente atracamos en Jerusalén y me puse la ropa blanca antes de ocuparme del cargamento, que consistía principalmente en cajas de maquinaria agrícola que se entregaban a los inmigrantes judíos palestinos. Hacía calor y estaba seco y hubo cierta confusión por dos cajas que esperaban y que no habían llegado.

Como no me había embarcado hasta que se había realizado todo el cargamento, envié a alguien a buscar al capitán. Mientras esperaba, compré un periódico en inglés al chico que los vendía por el aeródromo. Lo hojeé con indiferencia. La única noticia real se refería a una explosión de bomba en la casa de Sir George Brown unos días antes. Por suerte, Sir George estaba fuera y un sirviente había sido la única persona levemente herida. Pero los periódicos estaban comprensiblemente molestos por el escándalo. Las palabras “Libertad para las Colonias” estaban garabateadas en la pared de la casa. Todo el asunto era claramente obra de fanáticos y me pregunté qué clase de locos podrían considerar que tales medios valían la pena. Había seis u ocho fotografías de personas sospechosas de estar relacionadas con el intento de asesinato, entre ellas el famoso conde

Rudolph von Dutchke²⁴, que hacía mucho tiempo que había sido expulsado de su patria alemana y, hasta el bombardeo, se pensaba que estaba escondido en Dinamarca. Nadie podía entender por qué un noble prusiano se volvía contra sus semejantes y contra todos los ideales de su educación.

Finalmente llegó el capitán y empezó a aclarar la confusión. Doblé el periódico y lo guardé en el bolsillo trasero y continué con mis tareas.

Los caminos del destino son extraños, en verdad. Es difícil comprender sus mecanismos, y yo debería saberlo, porque he tenido suficiente experiencia con ellos, de una manera u otra. Lo que sucedió a continuación es un buen ejemplo.

Uno de los manipuladores de carga había dejado un gancho para empacar en una caja de embalaje y, cuando me dirigí hacia la bodega, me golpeé la camisa con él y se me desgarró la espalda. No fue nada grave y seguí con mi trabajo hasta que el capitán se dio cuenta de lo que había sucedido.

–Si no tiene cuidado, se quemará la espalda con el sol –dijo–. Será mejor que vaya a cambiarse, señor Bastable.

24 Nombre escogido por Moorcock en honor de Alfred Willi Rudolf Dutschke, más conocido como Rudi Dutschke, que fue el representante más conocido del movimiento estudiantil de los años 1960 en Alemania Occidental (el llamado "movimiento del 68"). Se opuso rotundamente a la guerra de Vietnam e impulsó la lucha contra toda forma de autoritarismo y por la emancipación femenina.

–Si así lo cree, señor. –Dejé que uno de nuestros aparejadores vigilara la carga y volví a atravesar el pasillo principal entre las bodegas y subí por la escalera de acceso al puente y desde allí a mi camarote. Hacía un calor apestoso en el pequeño pasillo y todas las puertas de los alojamientos estaban abiertas. Por primera vez, pude ver claramente a los pasajeros a medida que pasaba. No podía detenerme y mirarlos boquiabierto, aunque me costó un considerable esfuerzo de voluntad no hacerlo. Entré en mi propio camarote y cerré la puerta.

Estaba temblando cuando me senté en la litera inferior y lentamente saqué el periódico doblado de mi bolsillo. Había visto a un hombre y una mujer en la cabina de pasajeros. No reconocí a la mujer, pero el rostro del hombre me resultó demasiado familiar. Abrí el periódico y miré nuevamente las fotografías de los anarquistas buscados en relación con el atentado contra la vida de Sir George Brown. Mi cerebro bullía con cientos de pensamientos diferentes. Miré fijamente una de las fotografías. No había ninguna duda al respecto. ¡El hombre alto y apuesto que había visto en la cabina era el conde Rudolph von Dutchke, el famoso anarquista y asesino!

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando comprendí las implicaciones de esta revelación.

El amable y anciano capitán de dirigible que tanto me había impresionado como hombre de carácter e integridad, en

cuyas manos tan voluntariamente había puesto mi destino, ¡era por lo menos un simpatizante socialista!

Me embargó una profunda sensación de traición. ¿Cómo pude haber juzgado tan mal a alguien?

Naturalmente, debía ponerme en contacto con las autoridades y advertirles de inmediato, pero ¿cómo podía abandonar el barco sin despertar sospechas? Sin duda, todos los oficiales y todos los miembros de la tripulación eran de la misma convicción desesperada que su capitán. Era poco probable que llegara con vida a la policía en Jerusalén, pero, aun así, era mi deber intentarlo.

El tiempo debió pasar rápido mientras yo continuaba con este debate conmigo mismo, porque, de repente, sentí que el barco se tambaleaba y me di cuenta de que ya nos habíamos soltado del mástil de amarre.

Yo estaba en el aire, incapaz ahora de hacer nada, en un barco lleno de hombres peligrosos y fanáticos que ciertamente no se detendrían ante nada para silenciarme si se dieran cuenta de que sospechaba de ellos.

Con un gemido enterré mi cabeza entre mis manos.

¡Qué tonto había sido al confiar en Dempsey, que evidentemente era uno de la misma pandilla! Lo atribuí al hecho de que me había desorientado mucho después de presentar mi dimisión.

La puerta se abrió de repente y me sobresalté nervioso. Era Barry. Estaba sonriendo. Lo miré horrorizado. ¿Cómo podía disimular tan bien su verdadera naturaleza?

–¿Qué te pasa, amigo? –preguntó con indiferencia–. ¿Te ha dado el sol? El viejo me ha enviado a ver si estabas bien.

–¿Quiénes...? –dije con gran esfuerzo–. ¿Los pasajeros... por qué están a bordo? Quería oírle darme una respuesta que demostrara su inocencia y la del capitán Korzeniowski.

Me miró sorprendido por un momento y luego dijo: “¿Qué? ¿Esos del otro lado del pasillo? Son sólo viejos amigos del capitán. Les está haciendo un favor”.

“¿Un favor?”

Así es. Mira, será mejor que te recuestes un poco. Deberías haberte puesto un sombrero, ¿sabes? ¿Te gustaría una gota de algo fuerte que te ayude a recuperarte? –Se dirigió hacia su casillero.

¿Cómo podía actuar con tanta indiferencia? Sólo podía suponer que una vida llevada tanto tiempo fuera de los límites de la Ley creaba una actitud de indiferencia tanto hacia el sufrimiento causado a los demás como hacia la corrupción de la propia alma.

¿Qué posibilidades tenía yo contra hombres como Barry?

Parte III

**EL OTRO LADO DE LA MONEDA –LAS TORNAS CAMBIAN–
ENTRA EL SEÑOR DE LA GUERRA DEL AIRE
Y SALE EL EXCURSIONISTA TEMPORAL...**

Capítulo XII

EL GENERAL OT SHAW

Mientras estaba acostado en la cabina, pensando en los acontecimientos de los últimos días, me di cuenta de que Cornelius Dempsey, y más tarde sus compatriotas en el crimen, habían llegado a creer que yo era uno de ellos. Visto desde su perspectiva, mi ataque a Reagan había sido un ataque al tipo de autoridad que él representaba. Se habían dejado caer varias insinuaciones y, al malinterpretarlas, me había dejado arrastrar a esta terrible situación.

“Ambos somos parias, a nuestra manera”, había dicho el capitán Korzeniowski. ¡Sólo ahora me di cuenta del significado de esas palabras! ¡Me consideraba un personaje tan desesperado como él! ¡Un socialista! ¡Un anarquista, incluso!

Pero entonces comencé a darme cuenta de que estaba en la posición perfecta para recuperar mi honor, para que cada desgracia fuera olvidada y para asegurar que me reintegraran en el servicio que amaba.

Porque no sospechaban de mí. Me seguían creyendo uno de ellos. Si de algún modo conseguía tomar el control del dirigible y obligarlo a regresar al aeropuerto británico, podría entregarlos a todos a la policía. Me convertiría en un héroe (no es que quisiera honores por sí mismos) y casi con toda seguridad me pedirían que me reincorporase a mi regimiento. Y entonces, en mi mente, vi el rostro del capitán Korzeniowski, su mirada firme, y sentí una terrible punzada. ¿Debía entregar a ese hombre al cautiverio? ¿A un hombre que se había hecho amigo mío? ¿A un hombre que parecía tan decente en la superficie?

Yo endurecí mi corazón. Por eso había logrado permanecer en libertad durante tanto tiempo: porque parecía muy decente. Era un demonio. Sin duda había engañado a muchos otros en su larga carrera de anarquía y crimen, engañándolos como me había engañado a mí.

Me puse de pie, moviéndome con rigidez, como si estuviera bajo el poder de un hipnotizador. Caminé hacia el armario de Barry, donde sabía que guardaba un gran revólver reglamentario. Abrí el armario, saqué el revólver y me aseguré de que estuviera cargado. Lo metí en mi cinturón y me puse la chaqueta para que el arma quedara oculta.

Luego me senté de nuevo y traté de hacer un plan.

Nuestro siguiente puerto de escala era Kandahar, en Afganistán. Aunque nominalmente era un aliado de Gran Bretaña, Afganistán era notoriamente voluble en sus lealtades. En Kandahar había rusos, alemanes, turcos y franceses, todos conspirando para ganarse a ese Estado montañoso para su lado, todos jugando lo que Kipling llama el Gran Juego de la política y la intriga. Incluso si lograba abandonar el barco, no había ninguna certeza de que encontrara alguien que me escuchara con simpatía en Kandahar. ¿Qué haríamos entonces? ¿Obligar al barco a regresar a Jerusalén? Allí también había dificultades. No; debía esperar hasta que saliéramos del aeródromo de Kandahar y estuviéramos en camino hacia el tercer puerto de escala: Lahore, en la India británica.

Así que, hasta que Kandahar quedara atrás, debía seguir intentando comportarme con normalidad. De mala gana, dejé el revólver de Barry en su armario. Respiré profundamente, traté de relajar mis rasgos y subí al puente.

Nunca sabré cómo logré engañar a mis nuevos “amigos”. Durante los días siguientes llevé a cabo mis tareas habituales y fui tan eficiente como siempre. Sólo tuve dificultades para conversar con Korzeniowski, Barry o los demás. Sencillamente no me atrevía a hablar con ellos con naturalidad. Pensaban que todavía sufría algunos efectos leves del sol y se mostraban comprensivos. Si no los hubiera

descubierto, habría creído que su preocupación era genuina. Tal vez lo fuera, pero creían que estaban preocupados por el bienestar de uno de los suyos.

Llegamos a Kandahar, una ciudad amurallada de sombríos edificios de piedra que no había cambiado desde mi época, y luego la abandonamos. La tensión en mi interior aumentó. De nuevo recurrí al revólver de Barry. Revisé los mapas con asiduidad, esperando el momento en que hubiéramos cruzado la frontera y llegáramos a la India (que ahora estaba, por supuesto, completamente bajo el dominio británico). En un día estaríamos en Lahore. Fingiendo estar enfermo, una vez más, permanecí en mi camarote y esbocé mentalmente los detalles finales de mi plan.

Me había asegurado de que ninguno de los miembros de la tripulación ni los oficiales llevaran armas como norma. Mi plan dependía de este hecho.

Las horas transcurrían. Teníamos que atracar en Lahore al mediodía. A las once salí de mi camarote y me dirigí al puente.

El capitán Korzeniowski estaba de pie, de espaldas a la puerta, mirando a través de jirones de nubes las llanuras marrones y bañadas por el sol que pasaban por debajo de nosotros. Barry estaba frente a la computadora, calculando la mejor ruta de aproximación al aeródromo de Lahore. El operador telefónico estaba inclinado sobre su aparato. Los

timoneles de altura y dirección estudiaban sus controles. Nadie me vio cuando entré en silencio y saqué el revólver de mi cinturón, sujetándolo detrás de mi espalda.

“¿Todo despejado para Lahore?”, dije.

Barry levantó la vista y frunció el ceño. –Hola, Bastable. ¿Te sientes mejor?

–Absolutamente de primera –dije. Había un tono extraño en mi voz que incluso yo mismo pude percibir.

El ceño fruncido de Barry se ensombreció. –Espléndido –dijo–. Si te apetece descansar un poco más. Faltan al menos tres cuartos de hora para que atraquemos...

“Estoy bien. Sólo quería asegurarme de que llegáramos a Lahore”.

Korzeniowski se volvió sonriendo. “¿Por qué no deberíamos hacerlo? ¿Has visto algo en tu taza de té?

–No es mi taza de té... Me temo que ha tenido una idea errónea sobre mí, capitán.

–¿Lo he hecho? –Arqueó las cejas y siguió fumando su pipa. Su frialdad me enloqueció. Revelé la pistola en mi mano. Amartillé el percutor. –Sí –dijo, sin cambiar su tono ni su expresión–. Creo que puede que tengas razón. Más que un toque de sol, ¿mm?

–No tiene nada que ver con el sol, capitán. Confié en usted... confié en todos ustedes. Supongo que no es culpa suya... después de todo, usted pensó que yo era uno de ustedes. “Por temperamento, al menos”, para citar a su amigo Dempsey. Pero no lo soy. Cometí el error de pensar que ustedes eran hombres decentes... y usted cometió el error de pensar que yo era un villano como ustedes. Es irónico, ¿no?

–Mucho. –La actitud de Korzeniowski no cambió. Pero Barry parecía sorprendido, mirándome primero a la cara y luego a la del capitán, como si pensara que los dos nos habíamos vuelto locos.

–Sabes de qué estoy hablando, por supuesto –le dije a Korzeniowski.

–Debo admitir que no estoy seguro, Bastable. Si quieres mi opinión sincera, creo que estás sufriendo algún tipo de ataque. Espero que no tengas intención de lastimar a nadie.

–Soy extremadamente racional –dije–. He descubierto quiénes son usted y su tripulación, capitán. Tengo intención de llevar esta nave a Lahore, la sección militar del aeródromo, y allí entregarla, junto con usted, a las autoridades.

“¿Por contrabando, quizás?”

–No, capitán, por traición. Me señaló que era súbdito

británico. Por albergar a criminales buscados... sus dos pasajeros, Dutchke y la muchacha.

Ya ves, sé quiénes son ellos y sé quiénes sois vosotros: simpatizantes anarquistas, en el mejor de los casos. En el peor, bueno...

–Veo que te he juzgado mal, muchacho. –Korzeniowski se quitó la pipa de la boca–. No quería que te enteraras de lo de nuestros pasajeros porque no quería que compartieras parte de la carga, en caso de que nos atraparan. De hecho, mis simpatías están con gente como el conde Dutchke y la señorita Persson, que es la amiga del conde. Son lo que yo considero radicales moderados. ¿Crees que tuvieron algo que ver con los atentados?

“Los periódicos lo hacen. La policía lo hace.”

“Eso es porque marcarán a todos con el mismo hierro”, dijo Korzeniowski. “Como seguramente lo hace usted”.

–No puedes salir de esto hablando, capitán. –Mi mano había empezado a temblar y por un momento sentí que mi determinación se debilitaba–. Sé que eres un hipócrita.

Korzeniowski se encogió de hombros. “Esto es una tontería, pero estoy de acuerdo: también es irónico. Pensé que eras, bueno, neutral, al menos”.

–Sea lo que sea, capitán, soy un patriota –dije.

–Creo que yo también lo soy –dijo sonriendo–. Creo firmemente en el ideal británico de justicia, pero me gustaría ver que ese ideal se extendiera un poco más allá de las costas de una pequeña isla. Me gustaría verlo puesto en práctica en todo el mundo. Admiro lo que Gran Bretaña representa en muchos aspectos, pero no admiro lo que ha hecho con sus colonias, porque he tenido cierta experiencia de lo que es vivir bajo un gobierno extranjero, Bastable.

“La conquista de Polonia por parte de Rusia no es lo mismo que la administración de la India por parte de Gran Bretaña”, dije.

–No veo una gran diferencia, Bastable –suspiró–. Pero debes hacer lo que creas correcto. Tú tienes el arma. Y el hombre que tiene el arma siempre tiene razón, ¿no?

Me negué a caer en esa trampa. Como la mayoría de los eslavos, había demostrado ser un excelente descifrador de lógicas. Barry intervino, su acento irlandés parecía más marcado que antes: “Conquista–administración, o, en términos estadounidenses, préstamo de 'asesores', es lo mismo, Bastable, amigo. Y tiene el mismo vicio en su raíz: el vicio de la codicia. Todavía no he visto una colonia que esté en mejor situación que la nación que la colonizó. Polonia–Irlanda–Siam...”

–Como la mayoría de los fanáticos –señalé con frialdad–, usted comparte al menos una característica con los niños:

quiere todo ya. Todas las mejoras llevan tiempo. No se puede hacer que el mundo sea perfecto de la noche a la mañana. Las cosas son considerablemente mejores para más gente hoy que en mis primeros años de este siglo, por ejemplo.

“En cierto modo”, dijo Korzeniowski, “pero los viejos males siguen existiendo y continuarán existiendo hasta que quienes tienen más poder comprendan que están promoviendo el mal”.

“¿Y queréis hacerles entender haciendo estallar bombas, asesinando a hombres y mujeres comunes y corrientes, incitando a nativos ignorantes a participar en levantamientos en los que seguro que saldrán perdiendo? Esa no es mi idea de la gente que se opone al mal”.

“Tampoco es la mía, en esos términos”, dijo Korzeniowski.

“¡Dutchke nunca ha hecho estallar una bomba en su vida!”, afirmó Barry.

“Él ha dado su bendición a quienes lo hacen. Es lo mismo”, respondí.

Oí un pequeño ruido detrás de mí y traté de retroceder para ver qué lo había causado. Pero entonces sentí que algo me presionaba con fuerza las costillas. Una mano apareció y cubrió el tambor de mi revólver y una voz tranquila y ligeramente divertida dijo:

–Supongo que tiene razón, Herr Bastable. Al fin y al cabo, somos lo que somos. Nuestro temperamento es tal que apoyamos a uno u otro bando. Y me temo que su bando no está muy bien hoy.

Antes de que pudiera pensar, me había quitado el arma de la mano y me volví para enfrentarme al rostro cínicamente sonriente del archianarquista en persona. Detrás de él había una hermosa muchacha vestida con un abrigo de viaje largo y negro. Su pelo corto y oscuro enmarcaba su carita seria y en forma de corazón y me miraba con curiosidad con sus ojos grises y firmes que inmediatamente me recordaron a los de Korzeniowski. “Esta es mi hija, Una Persson”, dijo el capitán por encima de mi hombro. “Ya conoces al conde von Dutchke, por supuesto”.

Una vez más, no había logrado cumplir una ambición en este mundo del futuro. Llegué a la conclusión de que estaba condenado a no tener éxito en nada de lo que me propusiera. ¿Se debía simplemente a que era un hombre que vivía en un período histórico que no era el suyo? ¿O, si me hubiera enfrentado a situaciones similares en mi propia época, habría desaprovechado las oportunidades que se me presentaron?

Esos eran mis pensamientos mientras estaba sentado en mi camarote, prisionero, mientras el barco llegaba y salía de Lahore y comenzaba a dirigirse a su próximo destino, que era Calcuta. Después de Calcuta venía Saigón, donde los

“pasajeros de cubierta” debían subir a bordo, y luego Brunei, adonde Dutchke y su bella amiga se dirigían (sin duda para unirse a los terroristas que buscaban acabar con el dominio británico allí). Después de Brunei debíamos hacer una escala en Cantón, donde dejaríamos a los peregrinos que eran nuestros pasajeros de cubierta (o más probablemente amigos terroristas de Korzeniowski) y luego emprenderíamos el regreso, vía Manila y Darwin. Me pregunté cuál de estos puertos debería visitar antes de que los anarquistas decidieran qué hacer conmigo. Probablemente estaban tratando de decidir eso ahora. No debería ser difícil afirmar que me habían perdido por la borda en algún punto conveniente.

Barry me trajo la comida y, una vez más, tenía en su poder su propio revólver. Su punto de vista estaba tan distorsionado que parecía sinceramente apenado por el hecho de que yo hubiera resultado ser un “traidor”. Desde luego, parecía más comprensivo que enfadado. Seguía resultando difícil ver a Barry y Korzeniowski como villanos y una vez le pregunté a Barry si Una Persson, la hija del capitán, era de algún modo rehén del comportamiento del capitán. Barry se rió y meneó la cabeza. “No, muchacho. Es la hija de su padre, jeso es todo!”. Pero era evidente que esa era la conexión: por qué habían elegido el Rover como el barco en el que habían escapado de Gran Bretaña. También me demostró que la sensibilidad moral del capitán debía estar atrofiada, por decir lo menos, si permitía que su hija

compartiera camarote con un hombre con el que evidentemente no estaba casada (¿dónde estaba el señor Persson?, me pregunté; sin duda otro anarquista que había sido detenido). Estaba claro que no tenía muchas posibilidades de vivir más que unas pocas horas más.

Tenía una esperanza. Johnson, el operador telefónico, no conocía la identidad de Dutchke. Aunque pudiera tener otras razones para elegir servir a bordo del Rover, no era un socialista tan comprometido como los demás. Tal vez podría sobornar a Johnson de alguna manera, u ofrecerle ayuda, si la necesitaba, si me ayudaba ahora. Pero ¿cómo iba a ponerme en contacto con Johnson? Y si lo hacía, ¿no caería bajo sospecha y no podría enviar un mensaje telefónico a un aeródromo británico?

Miré por la pequeña portilla de mi camarote. Cuando atracamos en Lahore, Dutchke me había mantenido a punta de pistola para que no gritara ni dejara ningún mensaje. No veía nada más que nubes grises que se extendían durante kilómetros. Y lo único que oía era el rugido constante de los engorrosos motores del Rover, que parecían acercarme cada vez más a mi perdición.

En Calcuta, Dutchke se reunió conmigo nuevamente en mi camarote, apuntándome con su revólver al pecho. Miré hacia la luz del sol, hacia una ciudad lejana que había conocido y amado en mi propia época, pero que ahora no podía reconocer. ¿Cómo podían estos anarquistas decir que

el gobierno británico era malo cuando había hecho tanto por modernizar la India? Se lo pregunté a Dutchke, quien se limitó a reír.

“¿Sabes cuánto cuesta un par de buenas botas en Inglaterra?”

–Unos diez chelines –dije.

“¿Y aquí?”

“Probablemente menos.”

“Unos treinta chelines en Calcuta, si eres indio. Unos cinco chelines si eres europeo. Los europeos, como ves, controlan el negocio de la fabricación de botas. Mientras que ellos pueden comprar en el lugar de origen, los indios tienen que hacerlo en una tienda. Las tiendas minoristas tienen que cobrar treinta chelines y eso es lo que gana un indio medio al mes. La comida cuesta más en Delhi que en Manchester, pero el trabajador indio gana una cuarta parte de lo que gana un trabajador inglés. ¿Sabes por qué?”

–No. –Me pareció un montón de mentiras.

“Porque los precios y los ingresos de Gran Bretaña se mantienen artificialmente, a expensas de sus colonias. Todos los acuerdos comerciales la favorecen. Ella fija el precio al que compra. Controla los medios de producción para que el precio se mantenga estable sin importar cómo fluctúe el

mercado. El indio se muere de hambre para que el británico pueda darse un festín. Es lo mismo en todas las colonias, 'posesiones' y protectorados, sin importar cómo se presente.”

“Pero hay hospitales, programas de asistencia social, hay un sistema de subsidios”, dije. “Los indios no se mueren de hambre”.

–Es cierto, se mantienen con vida. Es una tontería dejar que tu reserva de mano de obra disponible muera por completo, porque nunca sabes cuándo la necesitarás de nuevo. Los esclavos representan riqueza, ¿no es así?

Me negué a aceptar ese tipo de comentarios provocadores. No estaba seguro de que sus argumentos económicos fueran especialmente sólidos, por un lado, y por otro estaba seguro de que veía todo a través del cristal distorsionador de su propia mente.

–Lo único que sé es que el indio medio está en mejor situación que en 1900 –dije–. En mejor situación que muchos ingleses de aquella época.

“Usted sólo ha visto las ciudades. ¿Sabe que a los indios sólo se les permite entrar en ellas si tienen permiso del gobierno? Deben llevar consigo un pase que diga que tienen un trabajo aquí. Si no tienen trabajo, son devueltos al campo, donde viven en aldeas donde las escuelas, los hospitales y

todas las demás ventajas del gobierno británico son escasas y distantes entre sí. Este tipo de sistema se aplica en toda África y Oriente. Se ha desarrollado a lo largo de los años y ahora se aplica incluso a algunas colonias europeas: Polonia bajo los rusos, Bohemia bajo los alemanes”.

“Conozco el sistema”, dije. “No es inhumano. Es simplemente un medio para controlar el flujo de mano de obra, para impedir que las ciudades se conviertan en los barrios marginales que fueron en el pasado. Todos se benefician”.

“Es un sistema de esclavitud”, dijo el anarquista aristocrático. “Es injusto. Conduce a mayores erosiones de la libertad. Usted apoya a los tiranos, amigo mío, cuando apoya un sistema así”.

Sonreí y negué con la cabeza. “Pregúntale al indio de la calle cómo se siente. Estoy seguro de que te dirá que está satisfecho”.

“Porque no conoce nada mejor. Porque los británicos conspiran para enseñarle sólo un poco, lo suficiente para confundir su mente y dejar que se trague su propaganda, pero no más. Es extraño que su gasto en educación siga siendo el mismo, mientras que otras formas de gasto en “bienestar” aumentan para satisfacer la demanda. Así han quebrantado el espíritu de aquellos a quienes han conquistado. Ustedes son los que hablan

complacientemente de la libre empresa, de un hombre que se vale por sí mismo, de “mejorarse a sí mismo con sus propios esfuerzos”, y luego se horrorizan cuando aquellos a quienes colonizan resienten su patrocinio, su “sistema de control del flujo de mano de obra”. ¡Bah!”

–Quiero recordarle –dije– que, comparado con hace setenta años, este mundo tiene una estabilidad que nunca antes había conocido. No ha habido guerras importantes. Ha habido cien años de paz en la mayor parte del mundo. ¿Es eso un mal?

“Sí, porque vuestra estabilidad se ha logrado a costa del orgullo de los demás. Habéis destruido almas, no cuerpos, y en mi opinión eso es un mal de la peor clase”.

–¡Basta ya! –grité con impaciencia–. Me está aburriendo, conde von Dutchke. Debería sentirse satisfecho de haber derrotado mis planes. No le escucharé más. Me considero un hombre decente, un ser humano, de hecho, un hombre liberal, pero su clase me hace querer... querer... bueno, será mejor que no lo diga... Controlé mi temperamento.

–¡Ya ve! –se rió Dutchke–. Soy la voz de tu conciencia, la que te niegas a escuchar. ¡Y estás tan decidido a no escucharla que eliminarías a cualquiera que intentara hacerte escuchar! Eres un ejemplo típico de todos esos hombres “decentes”, “humanos” y “liberales” que tienen a dos tercios del mundo esclavizado. –Hizo un gesto con su

pistola-. Es extraño cómo todos los autoritarios suponen automáticamente que el libertario desea imponerles sus propias opiniones cuando lo único que quiere hacer en realidad es apelar a la mejor naturaleza del autoritario. Pero supongo que ustedes, los autoritarios, sólo pueden ver las cosas en sus propios términos.

“No puedes confundirme con tus argumentos. Al menos dame el privilegio de pasar mis últimas horas en silencio.”

“Como desées.”

Hasta que nos soltamos del mástil de amarre, dijo poco, salvo murmurar algo sobre que la “dignidad del hombre” había llegado a significar nada más que la “arrogancia del conquistador”. Pero yo cerré los oídos a sus desvaríos. Era él el arrogante, al intentar imponerme sus ideas revolucionarias.

Durante la siguiente parte del viaje hice esfuerzos desesperados por contactar con Johnson, diciéndole que estaba harto de que Barry me trajera la comida y que disfrutaría ver una cara distinta a la suya.

En cambio, me enviaron a la hija del capitán. Su gracia y su belleza eran tales que apenas podía mirarla con el ceño fruncido como lo había hecho con los otros. Traté, una o dos veces, de averiguar qué pretendía hacer su padre conmigo, pero ella dijo que todavía estaba “dándole vueltas al

asunto”. ¿Me ayudaría?, le pregunté directamente. Ella pareció asombrada por esto y no respondió nada, sino que abandonó la cabina con cierta prisa.

En Saigón (por el brillo de los templos dorados que se veían a lo lejos, sabía que debía de ser Saigón) oí el parloteo de los peregrinos indochinos que ocupaban sus lugares en el espacio que les habían asignado entre los fardos de carga. No les envidiaba esos lugares calurosos y estrechos, pero, por supuesto, tenían suerte (si eran auténticos peregrinos budistas) de conseguir un pasaje en dirigible.

Una vez más, aunque Saigón era un puerto “libre”, bajo el patrocinio de los Estados Unidos, fui vigilado adecuadamente por un tal conde Rudolph von Dutchke que parecía menos seguro de sí mismo que en la ocasión anterior en que nos habíamos encontrado. Definitivamente estaba incómodo y se me ocurrió que las autoridades estadounidenses podrían haber oído algo sobre la misión de The Rover y estaban haciendo preguntas incómodas. Ciertamente, salimos con lo que parecía prisa y tomamos el aire apenas tres horas después de haber amarrado y repostado, con los motores a toda máquina.

Más tarde, esa misma noche, oí desde el otro lado del pequeño pasillo el sonido de unas voces que se alzaban en una discusión. Reconocí las voces de Dutchke, el capitán, Barry y Una Persson, y me pareció que había otra voz, más suave y muy tranquila, que no reconocí.

Escuché algunas palabras: “Brunei”, “Cantón”, “japonés”, “Shantung”, principalmente nombres de lugares que reconocí, pero no pude adivinar la naturaleza de la discusión.

Pasó un día y solo me trajeron comida una vez: Una Persson, que se disculpó porque la comida estaba fría. Parecía tensa y algo preocupada. Le pregunté si pasaba algo. Fue la cortesía lo que me hizo preguntar. Me miró confusa y esbozó una breve sonrisa desconcertante. “No estoy segura”, fue todo lo que dijo antes de irse y cerrar la puerta por fuera como de costumbre.

Era medianoche, cuando ya debíamos estar en camino a Brunei, cuando oí el primer disparo. Al principio pensé que era el sonido de uno de los motores, pero supe de inmediato que estaba equivocado.

Me levanté, todavía vestido, y me dirigí a la puerta a trompicones, apretando la oreja contra ella y escuchando con atención. Oí más disparos, gritos y el sonido de pies corriendo. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Se habían peleado los villanos entre sí? ¿O habíamos aterrizado sin darnos cuenta y nos habíamos encontrado con un grupo de policías británicos o estadounidenses?

Me acerqué a la portilla. Seguíamos en el aire, volando alto sobre el Mar de China, si no me equivoqué.

Los ruidos de la lucha continuaron durante al menos otra

media hora. Luego no hubo más disparos, sino voces que se alzaban en un intercambio furioso. Luego las voces se apagaron. Oí pasos en el pasillo, oí la llave girar en la cerradura de mi puerta.

La luz irrumpió y me dejó medio ciego.

Parpadeé al ver la alta figura que se alzaba en el marco de la abertura, con un revólver en una mano y la otra en el pomo de la puerta. Iba vestido con una suelta túnica asiática, pero su atractivo rostro era claramente euroasiático: una mezcla de chino e inglés, si no me equivoco.

–Buenos días, teniente Bastable –dijo en un perfecto inglés de Oxford–. Soy el general OT Shaw y este barco está ahora bajo mi mando. Creo que tiene cierta experiencia de vuelo. Le agradecería mucho que me permitiera aprovechar esa experiencia.

Mi mandíbula se abrió de par en par con estupefacción y asombro.

Conocía ese nombre. ¿Quién no lo conocía? El hombre que me habló era conocido en todas partes como el más feroz de los jefes de bandidos que asolaban el Gobierno Central de la República China. ¡Era Shuo Ho Ti, señor de la guerra de Chihli!

Capítulo XIII

EL VALLE DE LA MAÑANA

Mi primer pensamiento fue que me habían sacado de la sartén para meterme en el fuego. Pero luego me di cuenta de que muchos señores de la guerra chinos tenían la costumbre de pedir rescate por sus prisioneros europeos. Con suerte, mi gobierno podría pagar por mi liberación. Sonreí para mis adentros cuando pensé que Korzeniowski y compañía habían subido a bordo inocentemente a una banda de sinvergüenzas aún más villanos que ellos. Ésta era la mayor ironía de todas.

El general OT Shaw (o Shuo Ho Ti, como se hacía llamar para sus seguidores chinos) había creado un ejército de bandidos, renegados y desertores tan grande que controlaba grandes áreas de las provincias de Chihli, Shantung y Kiangsu, lo que le daba a Shaw un dominio absoluto sobre las rutas entre Pekín y Shanghai. Cobraba una suma tan exorbitante como “peaje” por los trenes y los automóviles que pasaban por su territorio que el comercio y las

comunicaciones entre las dos ciudades se realizaban ahora casi en su totalidad por dirigibles, y no todos los dirigibles estaban a salvo si volaban lo suficientemente bajo como para ser alcanzados por los cañones de Shaw.

El gobierno no tenía poder contra él y temía pedir ayuda a los extranjeros que administraban grandes partes de China que no estaban en la República, pues los extranjeros (rusos y japoneses en su mayoría) podían utilizar esa excusa para ocupar ese territorio y negarse a marcharse. Esto fue lo que dio a Shaw (y a los caudillos como él) su poder.

Me había sorprendido mucho conocer en persona a una figura tan famosa y romántica, pero ahora logré hablar.

—¿Por qué... por qué querías que yo pilote la nave?

El alto euroasiático se alisó el pelo negro y liso y parecía más un demonio que nunca mientras respondía en voz baja: “Me temo que el señor Barry está muerto. El capitán Korzeniowski está herido. Usted es la única persona cualificada para hacer el trabajo”.

“¿Barry ha muerto?” Debería haberme sentido exultante, pero en lugar de eso sentí una sensación de pérdida.

“Mis hombres reaccionaron rápidamente cuando vieron que tenía un arma.

Tienen miedo de estar tan alto en el aire. Sienten que si

mueren, los espíritus de las regiones superiores, todos demonios, capturarán sus almas. Son hombres ignorantes y supersticiosos, mis seguidores”.

–¿Y qué tan grave es la lesión del capitán Korzeniowski?

“Una herida en la cabeza. No es grave, pero, como es natural, está muy mareado y no está en condiciones de comandar el barco”.

–¿Su hija y el conde Dutchke?

“Están encerrados en su camarote, con el capitán”.

“¿Johnson?”

“Lo vieron por última vez en la pasarela exterior. Creo que cayó por la borda durante una pelea con algunos de mis hombres”.

–Dios mío –murmuré–. Dios mío. –Me sentí mal–. Esto es piratería. Asesinato. Apenas puedo creerlo.

–Lamento decir que es todo eso –dijo Shaw. Ahora reconocí la suave voz, por supuesto. La había oído antes, cuando discutían en la cabina de enfrente–. Pero no queremos matar más, ahora que tenemos el control del barco y podemos volar hasta Shantung. Nada de esto habría sucedido si el conde Dutchke no hubiera insistido en que fuéramos a Brunei, aunque le advertí que los británicos

sabían que estaba a bordo del Rover y que lo estarían esperando allí.

“¿Cómo lo supiste?”

“Es deber de un líder saber todo lo que pueda y así beneficiar a su pueblo”, fue la respuesta bastante ambigua.

“¿Y qué harás conmigo si acepto ayudarte?”, pregunté.

–Lo que más podría interesarle es lo que haremos con los demás. Nos abstendremos de torturarlos hasta la muerte. Sin embargo, esto podría no impresionarle, ya que son enemigos suyos. Pero son –arqueó la ceja derecha con sarcasmo– compatriotas blancos.

–Sean lo que sean (y no siento más que desprecio por ellos), ¡no quisiera que tus rufianes los torturaran!

–Si todo va bien, nadie resultará herido. –Shaw desamartilló su revólver y lo bajó, pero no lo volvió a guardar en la funda que llevaba en la cadera–. Le aseguro que no disfruto matando y le doy mi palabra de que las vidas de todos los que están a bordo del Rover se salvarán... si llegamos sanos y salvos al Valle del Amanecer.

“¿Dónde está este valle?”

–En Shantung. Es mi cuartel general. Te guiaremos cuando llegues a Wuchang. Es conveniente que lleguemos allí

rápidamente. En un principio, teníamos pensado ir a Cantón y desde allí viajar por tierra, pero alguien telefoneó para avisarnos de que estábamos a bordo (Johnson, supongo) y se hizo evidente que debíamos ir directamente a nuestra base, sin pausa. Si el conde Dutchke no se hubiera opuesto a este plan, se podrían haber evitado todos los problemas.

¡Así que Johnson había estado de mi lado! Al intentar salvarme y advertir a las autoridades de todo lo que estaba sucediendo a bordo del Rover, había provocado este desastre y provocado su propia muerte.

Fue horrible. Johnson había muerto, en efecto, intentando salvarme. Y ahora su asesino me pedía que lo llevara volando a un lugar seguro. Pero si no lo hacía, otros también morirían. Aunque algunos de ellos merecían la muerte, no merecían que se les aplicara de la manera que Shaw había insinuado.

Suspiré profundamente y mis hombros se hundieron mientras respondía. Todos los actos heroicos parecían inútiles ahora.

–Tengo tu palabra de que no les harás daño si hago lo que deseas.

“Tienes mi palabra.”

–Muy bien, general Shaw. Pilotaré su maldita aeronave.

–Es muy amable de tu parte, viejo –dijo Shaw, sonriendo y dándome una palmada en el hombro. Enfundó su revólver en la funda.

Cuando llegué al puente, mi horror aumentó al ver la sangre esparcida por todas partes, en el suelo, los mamparos y los instrumentos. Al menos una persona había recibido un disparo a quemarropa, probablemente el pobre Barry. Los timoneles estaban en sus puestos, pálidos y conmocionados. Junto a cada timonero había dos bandidos chinos, con sus cuerpos entrecruzados por bandoleras de balas y sus cinturones erizados de cuchillos y armas pequeñas. Nunca en mi vida había visto una banda tan asesina como los seguidores de Shaw. No se había hecho ningún intento de limpiar el desorden y los mapas y las tablas de bitácora estaban esparcidos por el puente, algunos de ellos empapados en sangre.

–No puedo hacer nada hasta que todo esto esté limpio –dije con tristeza. Shaw dijo algo en cantonés y, muy a regañadientes, dos de los bandidos abandonaron el puente para regresar con baldes y fregonas. Mientras trabajaban, inspeccioné los instrumentos para asegurarme de que seguían funcionando. Aparte de algunas abolladuras causadas por las balas, nada estaba gravemente dañado, excepto el teléfono, que me pareció como si lo hubieran destruido científicamente, tal vez el propio Johnson antes de que saliera corriendo hacia la pasarela exterior.

Por fin los bandidos acabaron. Shaw hizo un gesto hacia los controles principales. Estábamos volando muy bajo, a no mucho más de trescientos pies, una altura peligrosa.

–Sube a setecientos cincuenta pies, timonel de altura –dije con seriedad. Sin decir palabra, el timonel hizo lo que le ordenaban. El barco se inclinó bruscamente y Shaw entrecerró los ojos y se llevó la mano a la pistolera, pero luego logramos estabilizarnos. Encontré los mapas correspondientes a China y los estudié.

–Creo que puedo llegar a Wuchang –dije. Si fuera necesario, siempre podríamos seguir la vía del tren, pero dudaba que Shaw estuviera dispuesto a reducir la velocidad. Parecía ansioso por llegar a su propio territorio por la mañana–. Pero antes de empezar, quiero estar seguro de que el capitán Korzeniowski y los demás siguen con vida.

Shaw frunció los labios y me miró con dureza. Luego se dio la vuelta y dijo: –Muy bien. Sígueme. –Otra orden en cantonés y un bandido se puso a caminar detrás de mí.

Llegamos a la cabina del medio y Shaw sacó una llave de su cinturón y abrió la puerta.

Tres rostros desdichados nos miraban desde la cabina. El capitán Korzeniowski tenía una venda burda alrededor de la cabeza, empapada en sangre. Su rostro estaba pálido y parecía mucho mayor que la última vez que lo había visto.

No parecía reconocerme. Su hija le sostenía la cabeza en el regazo.

Tenía el pelo alborotado y parecía haber estado llorando. Miró a Shaw con odio y desprecio. Dutchke nos vio y miró hacia otro lado.

“¿Estáis bien?”, pregunté un tanto tontamente.

–No estamos muertos, señor Bastable –dijo Dutchke con amargura, poniéndose de pie y dándonos la espalda–. ¿Eso era lo que quería saber?

–Estoy tratando de salvarles la vida –dije, un poco mojigato dadas las circunstancias, pero quería que supieran que un tipo como yo era capaz de mostrarse generoso con sus enemigos–. Voy a volar con esta nave hasta la base del general Shaw. Dice que no matará a ninguno de nosotros si lo hago.

–Después de lo que ha pasado esta noche, no se puede confiar en su palabra –dijo Dutchke, y soltó una risa extraña y áspera–. ¡Es extraño que te parezcan tan repugnantes nuestras políticas cuando puedes unirte alegremente a él!

–No es precisamente un político –señalé–. Además, no importa quién sea. Tiene todas las cartas en la mano, salvo la que estoy jugando yo ahora.

–Buenas noches, señor Bastable –dijo Una Persson,

acariciando la cabeza de su padre—. Creo que tiene buenas intenciones. Gracias. Avergonzado, salí de la cabina y regresé al puente.

Por la mañana habíamos llegado a Wuchang y Shaw estaba evidentemente mucho más relajado que durante la noche. Llegó al punto de ofrecirme una pipa de opio, que rechacé de inmediato. En aquellos días el opio parecía una sustancia bastante repugnante. Eso demuestra cuánto he cambiado, ¿no?

Wuchang era una ciudad bastante grande, pero la pasamos antes de que despertara del todo, volando sobre tejados adosados, pagodas y pequeñas casas de techos azules, mientras Shaw se orientaba y señalaba la dirección en la que debíamos ir.

No hay nada como un amanecer chino. Un gran sol acuoso apareció en el horizonte y toda la tierra se tiñó de suaves tonos de rosa, amarillo y naranja a medida que nos acercábamos a una hilera de colinas de color arena. Sentí que ofendíamos tanta belleza con nuestro maltrecho y ruidoso dirigible lleno de tantos asesinos de diversas nacionalidades.

Luego estábamos volando sobre las colinas y Shaw nos dijo que redujéramos la velocidad. Dio órdenes más rápidas en cantonés y uno de sus hombres abandonó el puente y se dirigió a la escalera que lo llevaría a la pasarela exterior en la

parte superior del casco. Era evidente que el hombre debía hacer algún tipo de señal para indicar que éramos amigos.

De repente, nos encontramos sobre un valle. Era un valle profundo y ancho por el que serpenteaba un río. Era un valle verde y exuberante que parecía no tener nada que hacer en ese paisaje rocoso. Vi manadas de ganado pastando. Vi pequeñas granjas, campos de arroz, cerdos y cabras.

“¿Es este el valle?”, pregunté.

Shaw asintió. “Éste es el Valle del Amanecer. Y mire, señor Bastable, allí está mi 'campamento'...”

Señaló hacia delante. Vi edificios altos y blancos, separados por zonas verdes. Vi fuentes que salpicaban y cerca estaban pequeñas figuras de niños jugando.

Sobre este municipio moderno ondeaba una gran bandera carmesí, sin duda la bandera de batalla de Shaw. Me sorprendió ver un asentamiento así en medio de aquella naturaleza salvaje y me sorprendió aún más saber que era el cuartel general de Shaw. ¡Parecía tan pacífico, tan civilizado!

Shaw me sonrió, totalmente divertido por mi sorpresa.

–No está mal para un señor de la guerra bárbaro, ¿no? Lo construimos nosotros mismos. Tiene todas las comodidades, y algunas de las que ni siquiera Londres puede presumir.

Miré a Shaw con nuevos ojos. Podría ser un bandido, un pirata, un asesino, pero debía ser algo más que eso para haber construido una ciudad así en el desierto chino.

–¿No ha leído mi publicidad, señor Bastable? Quizá no haya visto el Shanghai Express últimamente. ¡Me llaman el Alexander chino! ¡Ésta es mi Alejandría! ¡Ésta es Shawtown, señor Bastable! –se reía como un colegial, encantado con sus propios logros–. Yo lo construí. Yo lo construí.

Mi primera impresión de asombro se disipó. “Tal vez sí”, murmuré, “pero la construiste con la carne y los huesos de aquellos a quienes asesinaste y la pintaste con la misma sangre carmesí que mancha tu bandera”.

–Una declaración bastante retórica por su parte, señor Bastable. Resulta que normalmente no soy muy hábil para cometer asesinatos. En realidad, soy un soldado. ¿Aprecia la diferencia?

–Aprecio la diferencia, pero mi experiencia me ha demostrado que usted no es nada más que un asesino, 'General' Shaw.

Se rió de nuevo. “Ya veremos, ya veremos. Ahora, mira hacia allá. ¿La reconoces? ¿Allí, al otro lado de la ciudad? ¡Allí!”.

Por fin la vi, su enorme masa moviéndose suavemente con el viento, con las amarras manteniéndola cerca del suelo. Y la reconocí, sin duda.

–¡Dios mío! –exclamé–. ¡Has conseguido el Loch Etive!

–Sí –dijo con entusiasmo, de nuevo como un colegial que ha añadido un sello nuevo y bastante bueno a su colección.

–Así se llama. Será mi nave insignia. A este paso, pronto tendré mi propia flota aérea. ¿Qué opina de eso, señor Bastable? Pronto controlaré no solo la tierra, sino también el aire. ¡Voy a ser algo así como un señor de la guerra, ¿eh?

Me quedé mirando su rostro ansioso y radiante y no se me ocurrió ninguna respuesta. No estaba loco. No era ingenuo. No era tonto. De hecho, era uno de los hombres más inteligentes que había conocido. Me desconcertó por completo.

Había echado la cabeza hacia atrás y se reía alegremente de su propia inteligencia, de su propio y gigantesco acto de descaro al robar lo que quizás era el más grande y hermoso avión de pasajeros en los cielos.

–¡Oh, señor Bastable! –Sus rasgos medio chinos todavía estaban surcados por la alegría–. ¡Qué bromas, señor Bastable! ¡Qué bromas!

Capítulo XIV

CHI'NG CHE'ENG TA-CHIA

No había mástiles de amarre en el espacio llano que había fuera de la ciudad, por lo que había que tirar cuerdas a los hombres que esperaban y que iban a manipular el barco hasta que la góndola tocara el suelo. Luego se clavaron cables y cuerdas en la tierra para sujetar al Rover, como, más lejos, se sujetaba el Loch Etive.

Cuando desembarcamos, bajo la mirada suspicaz de los bandidos armados de Shaw, esperaba ver a los culíes acercándose a toda prisa para despojar al barco de su carga, pero los hombres que llegaron eran individuos sanos y bien vestidos, a quienes al principio confundí con oficinistas o comerciantes. Shaw habló con ellos y comenzaron a subir a bordo de la aeronave, sin mostrar la sumisión que

normalmente muestran sus hombres hacia los jefes de los bandidos. De hecho, los piratas que desembarcaron con sus armas, cuchillos y bandoleras, sus sedas harapientas, sandalias y cintas de cuentas para la cabeza, parecían claramente fuera de lugar allí. Poco después de aterrizar, subieron a un gran carro motorizado y se alejaron a toda velocidad hacia el otro extremo del valle. “Van a unirse al resto del ejército”, explicó Shaw. “Chi'ng Che'eng Ta-Chia es principalmente un asentamiento civil”.

Yo ayudaba al capitán Korzeniowski, sosteniéndole un codo mientras Una Persson sostenía el otro. Dutchke caminaba malhumorado delante de nosotros mientras nos dirigíamos hacia la ciudad. Korzeniowski estaba mejor hoy y había recuperado su antigua inteligencia. Detrás de nosotros avanzaban los tripulantes del Rover, que miraban a su alrededor con evidente asombro.

“¿Cuál era el nombre que usaste?”, le pregunté al “General”.

“Chi'ng Che'eng Ta-Chia... es difícil de traducir. El nombre de la ciudad de allá.”

–Creí que lo llamabas Shawtown.

Se echó a reír de nuevo, su enorme cuerpo temblando, con las manos en las caderas. –¡Fue una broma, señor Bastable! El lugar se llama... bueno... ¿Ciudad del Amanecer

Democrático, tal vez? ¿Ciudad del Amanecer Perteneciente a Todos? Algo así. Llámela Ciudad del Amanecer, si quiere. En el Valle del Amanecer. La primera ciudad de la Nueva Era.

“¿Qué Nueva Era es esa?”

“Shuo Ho Ti, su Nueva Era. ¿Quiere la traducción de mi nombre chino, señor Bastable? Es “El que hace la paz”, el pacificador”.

–Eso no es una broma de mal gusto en absoluto –dije con tristeza mientras caminábamos por el césped hacia los primeros edificios altos y elegantes de Ciudad del Amanecer–. Teniendo en cuenta que acabas de asesinar a dos oficiales ingleses y de robar una aeronave británica, ¿a cuántas personas tuviste que matar para poner tus manos en el Loch Etive?

–No muchas. Debes conocer a mi amigo Ulianov. Él sí te dirá que el fin justifica los medios.

–¿Y cuáles son exactamente tus fines?

Me impacienté cuando Shaw me pasó un brazo por los hombros, con su rostro oriental radiante.

“Primero, la liberación de China. Expulsar a todos los extranjeros: rusos, japoneses, británicos, estadounidenses, franceses... a todos”.

–Dudo que puedas lograrlo –dije–. Y aunque lo hicieras, probablemente morirías de hambre. Necesitas dinero extranjero.

–En realidad, no. No es así. Los extranjeros, en particular los británicos con su comercio del opio, arruinaron nuestra economía. Será difícil reconstruirla solos, pero lo haremos.

No dije nada al respecto. Sus sueños eran evidentemente mesiánicos, no muy distintos de los del viejo Sharan Kang: se creía mucho más poderoso de lo que en realidad era. Casi sentí pena por él entonces. Sólo haría falta una flota de acorazados aéreos de Su Majestad para convertir todo su sueño en una pesadilla. Ahora que había cometido actos de piratería contra Gran Bretaña se había convertido en algo más que un problema local del que se ocuparían las autoridades chinas.

Como si leyera mis pensamientos, dijo: –Los pasajeros y la tripulación del Loch Etive son rehenes útiles, señor Bastable. Dudo que sus acorazados nos ataquen de inmediato, ¿no?

“Quizás tenga razón. ¿Cuáles son sus planes después de haber liberado a toda China?”

“El mundo, por supuesto.”

Ahora me tocaba reír a mí: “Ah, ya veo”.

Entonces sonrió con una sonrisa secreta: “¿Sabe quién vive en Ciudad del Amanecer, señor Bastable?”

“¿Cómo podría hacerlo? ¿Miembros de su futuro gobierno?”

–Sí, algunos de ellos. Pero Ciudad del Amanecer es una ciudad de forajidos. Aquí hay exiliados de todos los países oprimidos del mundo. Es un asentamiento internacional.

“¿Un pueblo de criminales?”

–Algunos lo llamarían así. –Paseábamos por calles anchas flanqueadas por sauces y álamos, prados de hierba y macizos de flores de vivos colores. Desde la ventana abierta de una de las casas se escuchaba el sonido de un violín que tocaba a Mozart. Shaw se detuvo y escuchó; la tripulación del Rover se detuvo detrás de nosotros–. Es hermoso, ¿no?

–Está bien. ¿Un fonógrafo?

“Un hombre, el profesor Hira. Es un físico indio. Por sus simpatías nacionalistas fue encarcelado. Mis hombres lo ayudaron a escapar y ahora continúa con sus investigaciones en uno de nuestros laboratorios. Tenemos muchos laboratorios, muchos inventos nuevos. Los tiranos odian el pensamiento original. Por eso los pensadores originales son expulsados a Ciudad del Amanecer. Tenemos científicos, filósofos, artistas, periodistas, incluso algunos políticos”.

–Y muchos soldados –dijo con dureza.

–Sí, hay muchos soldados, muchas armas y cosas así –dijo vagamente, como si le molestara un poco mi interrupción.

–Y todo será en vano –dijo Dutchke de repente, volviéndose para mirarnos–. Porque quieres controlar demasiado, Shaw.

Shaw agitó una mano lánguidamente. –He tenido suerte en eso, Rudy. Tengo el poder. Debo usarlo.

–Contra camaradas. Me esperaban en Brunei. Se estaba planeando una revuelta. Sin mí para liderarla, habría fracasado. Ya debe haber fracasado. –Lo miré fijamente–. ¿Se conocen?

–Muy bien –dijo Dutchke enfadado–. Muy bien, maldita sea.

–Entonces, ¿tú también eres socialista? –le dije a Shaw.

Shaw se encogió de hombros.

–Prefiero el término comunista, pero los nombres no importan. Ése es el problema de Dutchke: le importan los nombres. Te dije, Rudy, que las autoridades británicas estaban esperando para arrestarte, que los estadounidenses ya sabían que había algo sospechoso en el Rover cuando llegaste a Saigón. Tu operador telefónico debe haberles

enviado mensajes secretos. Pero no quisiste escucharme... ¡y Barry y el telefonista murieron por tu obstinación!

–¡No teníais ningún derecho a apoderaros de la nave!
–gritó el conde alemán–. ¡Ningún derecho!

“Si no lo hubiera hecho, ahora todos estaríamos en alguna cárcel británica... o muertos”.

Korzeniowski dijo débilmente: “Todo ha terminado. Shaw nos ha presentado un hecho consumado y ahí está. Pero desearía que tuvieras un mejor control sobre tus hombres. Shaw... el pobre Barry no te habría disparado, lo sabes.

“Ellos no lo sabían. Mi ejército es un ejército democrático”.

“Si no tienes cuidado, te destruirán”, continuó Korzeniowski. “Te sirven sólo porque te consideran el mejor bandido de China. Si intentas disciplinarlos, te encontrarás con que te cortan el cuello”.

Shaw aceptó y nos condujo por un sendero de cemento hacia un edificio bajo de estilo pagoda. “No tengo intención de depender de ellos durante mucho tiempo más. En cuanto mi flota aérea esté lista...”

–¡Flota aérea! –resopló Dutchke–. ¿Dos naves?

–Pronto tendré más –dijo Shaw con confianza–. Muchas más.

Entramos en la fría penumbra de un pasillo. –Está pasado de moda confiar en los ejércitos, Rudy –continuó Shaw–. Yo confío en la ciencia. Tenemos muchos proyectos a punto de concretarse... y si el Proyecto NFB tiene éxito, creo que disolveré el ejército por completo.

–¿NFB? –Una Persson frunció el ceño–. ¿Qué es eso?

Shaw se rió. “Eres física, Una, la última persona a la que le debería contar algo en este momento”.

En el pasillo apareció un europeo con un elegante traje blanco. Nos sonrió a modo de bienvenida. Tenía el pelo gris y la cara arrugada.

–Ah, camarada Spender. ¿Podrías alojar a esta gente aquí por un rato? –Un placer, camarada Shaw. –El anciano se dirigió a una sección de la pared en blanco y pasó la mano por ella. Al instante, una serie de hileras de luces de colores aparecieron en la pared. Algunas de ellas eran rojas, pero la mayoría eran azules. El camarada Spender estudió las luces azules pensativamente por un momento y luego se volvió hacia nosotros. –Tenemos toda la Sección Ocho libre. Un momento, prepararé las habitaciones. –Tocó una hilera de luces azules y cambiaron a rojas–. Está hecho. Todo funcionando ahora.

“Gracias, camarada Spender.”

Me pregunté qué podría significar este peculiar ritual.

Shaw nos condujo por un pasillo con amplios ventanales que daban a un patio delantero en el que había varias fuentes. Las fuentes eran de los últimos estilos arquitectónicos, no todos de mi agrado. Llegamos a una puerta con un gran número ocho grabado en ella. Shaw presionó la mano contra el número y dijo: “¡Abrir!”. De inmediato, la puerta se deslizó hacia arriba y desapareció en el techo. “Me temo que tendréis que compartir habitaciones”, dijo Shaw. “Dos en cada habitación. Hay todo lo que necesitáis y podéis comunicar cualquier otra cosa que queráis por medio de los teléfonos que encontraréis. Adiós por ahora, caballeros”. Se dio la vuelta y la puerta se deslizó hacia abajo detrás de él. Me acerqué y puse la palma de la mano sobre ella.

“¡Abrir!” dije.

Como esperaba, no pasó nada. ¡De alguna manera, la puerta tenía una llave que reconocía la mano y la voz de Shaw! ¡Esta sí que era una ciudad de maravillas científicas!

Después de discutirlo un rato y de caminar de un lado a otro y probar las ventanas y las puertas, nos dimos cuenta de que no había una forma fácil de escapar.

–Supongo que será mejor que compartas habitación conmigo –dijo Dutchke, dándome un golpecito en el hombro–. Una y el capitán Korzeniowski pueden ir a la habitación de al lado.

Los tripulantes ya estaban entrando en sus habitaciones y descubrieron que las puertas se abrían y cerraban al recibir una orden.

–Muy bien –dije con desagrado.

Entramos en nuestra habitación y vimos que había dos camas, un escritorio, armarios, cómodas, estanterías llenas de libros de ficción y no ficción, un comunicador telefónico y algo con una superficie azul lechosa, de forma ovalada e inidentificable. Nuestras ventanas daban a un jardín de rosas perfumado, pero el cristal era irrompible y las ventanas sólo se podían abrir lo suficiente para dejar entrar el aire y el aroma. Habían colocado pijamas de color azul pálido sobre las camas. Ignorando el pijama, Rudolph von Dutchke se arrojó sobre la cama completamente vestido, giró la cabeza y me dedicó una sonrisa sombría.

–Bueno, Bastable, ahora que has conocido a un auténtico revolucionario de pura cepa, debo parecer bastante pálido en comparación, ¿eh?

Me senté en el borde de la cama y comencé a quitarme las botas, que me apretaban. –Sois todos iguales –dije–. Lo único que hace que Shaw sea diferente de vosotros es que su locura es mucho más grande... ¡y mil veces más tonta! Al menos tú limitaste tus actividades a lo posible. Él sueña con lo imposible.

–Eso es lo que me gusta pensar –dijo Dutchke con seriedad–. Pero, una vez más, ha construido mucho en Ciudad Amanecer desde la última vez que estuve aquí. Y uno habría creído imposible robar un transatlántico del tamaño del Loch Etive. Y no hay duda de que sus artilugios científicos (por ejemplo, este edificio de apartamentos) están más avanzados que todo lo que existe en el mundo exterior. –Frunció el ceño–. Me pregunto qué podría ser el Proyecto NFB.

–No me importa –dije–. Mi único deseo es volver a la civilización que conozco: ¡un mundo sensato donde la gente se comporte con un grado razonable de decencia!

Dutchke sonrió condescendentemente. Luego se sentó y se estiró. “¡Por Dios, tengo hambre! Me pregunto si tendremos algo de comer”.

–Comida –dijo una voz que venía de la nada. Observé fascinado cómo aparecía un rostro en un óvalo azul lechoso. Era una chica china. Sonrió y continuó–: ¿Qué les gustaría comer, caballeros? ¿Comida china o europea?

–Vamos a comer algo de comida china, por supuesto –dijo Dutchke sin consultarme–. Me encanta. ¿Qué tienes?

“Te enviaremos una selección”. El rostro de la niña desapareció de la pantalla.

Unos momentos después, cuando todavía nos estábamos

recuperando de aquella experiencia, una parte de la pared se abrió y dejó al descubierto un hueco en el que había una bandeja repleta de todo tipo de delicias chinas. Dutchke se levantó de un salto, cogió la bandeja y la colocó sobre nuestra mesa.

Olvidándome por un instante de todo excepto del delicioso olor de la comida, comencé a comer, preguntándome, no por primera vez, si esto no sería quizás un sueño fantásticamente detallado inducido por las drogas de Sharan Kang.

Capítulo XV

VLADIMIR ILICH ULIANOV

Después de comer, me lavé, me puse el pijama y me metí debajo del edredón que cubría la cama. La cama era la más cómoda en la que había dormido nunca y pronto me quedé profundamente dormido.

Debí de dormir el resto del día y toda la noche, porque a la mañana siguiente me desperté sintiéndome absolutamente espléndido. Pude mirar atrás y recordar los acontecimientos de los últimos días con una aceptación filosófica que me sorprendió. Todavía creía que Korzeniowski, Dutchke, Shaw y el resto estaban totalmente equivocados, pero podía ver que no eran monstruos inhumanos. Realmente creían que estaban trabajando por el bien de las personas que consideraban “oprimidas”.

Me sentía tan descansado que me pregunté si tal vez la comida estaba drogada, pero cuando giré la cabeza vi que Dutchke evidentemente no había dormido tan bien. Tenía los ojos enrojecidos y todavía llevaba puesta su ropa de calle, las manos detrás de la cabeza y miraba fijamente al techo con aire melancólico.

–No parece usted muy contento, conde von Dutchke –dije, levantándome y dirigiéndome hacia el lavabo.

–¿Por qué tenemos motivos para estar contentos, señor Bastable? –soltó una risa aguda y amarga–. Estoy encerrado aquí en un momento en el que debería estar por el mundo, haciendo mi trabajo. No me gustan las teatrales posturas revolucionarias de Shaw. Un revolucionario debería permanecer en silencio, sin ser visto, cauteloso...

–No eres exactamente un desconocido para el mundo –señalé, saltando un poco al ver que salía agua hirviendo del grifo–. Tu foto aparece con frecuencia en los periódicos. Tengo entendido que tus libros se distribuyen ampliamente.

–No es eso lo que quise decir. –Me miró fijamente y luego cerró los ojos, como para borrar mi presencia de su mente.

Me divertí un poco al ver las rivalidades que había presenciado entre los anarquistas, socialistas, o comuneros, o como quisieran llamarse. Cada uno parecía tener un sueño individual sobre cómo debería ordenarse el mundo y se

sentía resentido con todas las demás versiones de ese sueño. Pensé que si pudieran ponerse de acuerdo en ciertos aspectos esenciales, serían mucho más eficaces.

Miré por la ventana mientras me secaba la cara. No es que Shaw hubiera fracasado del todo. En los jardines de rosas vi a niños de distintas edades y nacionalidades jugando juntos, riendo alegremente mientras corrían bajo el sol de la mañana. Y por los senderos paseaban hombres y mujeres, charlando tranquilamente entre sí y sonriendo con frecuencia. Algunos estaban evidentemente casados y no pocos eran miembros de razas de color casados con miembros de la raza blanca. Esto no me sorprendió como debería haberlo hecho. Todo me parecía natural. Recordé cómo Shaw había dicho que se llamaba la ciudad: Ciudad del Amanecer Democrático, la Ciudad de la Igualdad. Pero ¿era posible esa igualdad en el mundo exterior? ¿No había sido la ciudad soñada de Shaw concebida artificialmente? Le expresé este pensamiento a Dutchke, que había vuelto a abrir los ojos, y añadí: –Parece tranquila, pero ¿no está este lugar construido sobre la piratería y el asesinato, tal como dijiste que Londres estaba construido sobre la injusticia?

Se encogió de hombros. –No me interesa mucho hablar de las ambiciones de Shaw. –Luego hizo una pausa–. Pero para ser justos, creo que se podría decir que Ciudad del Amanecer es un comienzo: está concebida en términos de futuro. Londres es un final: la concepción final de una ideología muerta.

“¿Qué quieres decir?”

“Europa ha agotado su sueño. No tiene futuro. El futuro está aquí, en China, que tiene un nuevo sueño, un nuevo futuro. Está en África, en la India, en todo Oriente Medio y en el Lejano Oriente, quizá también en Sudamérica. Europa se está muriendo. Yo, por mi parte, lo lamento. Pero antes de morir, debería ofrecer algunas nociones de lo que es posible para los países a los que ha deshonrado...”

“¿Estás diciendo que somos decadentes?”

“Si lo quieres, no es eso lo que dije”.

No pude seguir completamente su argumento, así que lo dejé pasar. Encontré mi ropa, recién lavada y planchada, al final de mi cama y me la puse.

Poco después llamaron a la puerta y entró un anciano muy mayor. Tenía el pelo completamente blanco y una perilla blanca y larga, al estilo chino. Vestía ropas sencillas de algodón y se apoyaba en un bastón. Parecía haber vivido cien años y haber visto mucho mundo. Cuando habló, lo hizo con una voz aguda y quebrada, con un marcado acento que identifiqué como ruso.

“Buenos días, jovencito. Buenos días, Dutchke”.

Dutchke se enderezó en la cama, su tristeza se olvidó y su rostro se iluminó.

–¡Tío Vladimir! ¿Cómo estás?

“Estoy bien, aunque últimamente me siento un poco mayor”.

Dutchke nos presentó mientras el anciano se sentaba en uno de los sillones. “Señor Bastable, este es Vladimir Ilyitch Ulianov²⁵. ¡Él fue un revolucionario antes de que cualquiera de nosotros naciera!”

No lo corregí en ese punto, pero estreché la mano del viejo ruso.

Dutchke se rió. “El señor Bastable es un conservador convencido, tío. ¡Nos desaprueba a todos, nos llama anarquistas y asesinos!”

Ulianov rió sin rencor. “Siempre es divertido escuchar al asesino de masas acusar al hombre al que pretende destruir. No olvidaré las miles de acusaciones que se hicieron contra mí en Rusia en los años veinte, antes de que tuviera que irme. Kerenski era presidente entonces, ¿lo es todavía?”

–Murió el año pasado, tío. Ahora han elegido un nuevo presidente. El príncipe Sujánov es ahora el líder de la Duma.

“Y sin duda lame la saliva de los Romanov como lo hizo su predecesor. ¡La Duma! Una parodia de la democracia. Yo

²⁵ Vladimir Ilyitch Ulianov es el nombre auténtico de Lenin.

mismo fui un tonto al dejarme elegir para ella. Esa no es la manera de desafiar la injusticia. El zar todavía gobierna Rusia, aunque hoy en día sea a través de su llamado parlamento”.

–Es cierto, Vladimir Ilich –murmuró Dutchke, y me dio la impresión de que le estaba tomando el pelo. No cabía duda de su admiración por este antiguo revolucionario, pero ahora lo toleraba como se toleraría a un hombre que había hecho grandes cosas en su época pero que ahora se había vuelto un poco senil.

–Ah, si hubiera tenido la oportunidad –continuó Ulianov–, le habría mostrado a Kerenski lo que significaba realmente la democracia. Deberíamos haber encadenado el poder del zar, tal vez incluso haberlo expulsado por completo. Sí, sí, podría haber sido posible, si todo el pueblo se hubiera levantado y se hubiera opuesto a él. Debe haber habido un momento en la historia en que eso podría haber sucedido, y yo lo perdí. Tal vez estaba durmiendo, tal vez estaba exiliado en Alemania en ese momento, tal vez estaba –sonrió con cariño– haciendo el amor. ¡Ja! Pero un día Rusia será libre, ¿eh, Rodolfo? Haremos de los Romanov trabajadores honestos y enviaremos a Kerenski y su “Parlamento” a Siberia, tal como me enviaron a mí allí, ¿eh? La revolución debe llegar pronto.

“Pronto, tío.”

“Dejad que el pueblo muera de hambre un poco más. Dejad que trabajen un poco más. Dejad que conozcan un poco mejor la enfermedad, el miedo y la muerte; entonces se levantarán. ¡Una marea de humanidad que barrerá a los príncipes y comerciantes corruptos y los ahogará en su propia sangre!”

“Como digas, tío.”

–¡Oh! Si hubiera tenido la oportunidad. Si hubiera podido controlar la Duma... pero ese canalla de Kerenski me engañó, me desacreditó, me echó de mi propia patria, de mi Rusia.

“Volverás algún día.”

Ulianov le hizo un guiño malicioso a Dutchke. “Ya he vuelto una o dos veces. He distribuido algunos panfletos. He visitado a mi rico amigo político Bronstein²⁶ y le he dado un susto por si la Okhrana me descubría en su casa y también lo consideraba un revolucionario. En su día lo fue, por supuesto, pero decidió cambiar de opinión y conservar su puesto en la Duma. ¡Judíos! ¡Son todos iguales!”.

Dutchke pareció un poco desaprobatorio ante este repentino arrebató. “Hay judíos y judíos, tío”.

–Es cierto. Pero Bronstein... Ah, ¿de qué sirve? Tiene

26 Sin duda Lenin, se refiere a Lev Davidovich Bronstein , más conocido como León Trotski.

noventa y siete años. Pronto estará muerto y yo también.

“Pero tus escritos, Vladimir Ilich, siempre vivirán. Inspirarán a cada nueva generación de revolucionarios, a todos aquellos que aprendan a odiar la injusticia”.

Ulianov asintió. –Sí –dijo–. Esperemos que así sea. Pero no recordarás... –Y ahora se lanzó a una nueva serie de anécdotas repetitivas mientras Dutchke disfrazaba su impaciencia y escuchaba cortésmente, incluso cuando el anciano lo atacó quejumbrosamente, por un momento, por no seguir el Camino Verdadero de la Revolución.

Mientras tanto, pronuncié la palabra mágica “comida” y la muchacha china apareció de nuevo en el óvalo azul lechoso. Pedí el desayuno para tres y me lo trajeron como era debido. Dutchke y yo comimos con ganas, pero Ulianov se resistía a perder el tiempo comiendo. Continuó hablando monótonamente mientras disfrutábamos del desayuno. Ulianov me recordaba un poco a los viejos santos, los ламas con los que me había cruzado ocasionalmente en mi vida anterior como oficial del ejército indio. A menudo su conversación parecía tan abstracta como la de ellos. Y, sin embargo, así como había respetado a esos ламas, respetaba a Ulianov, por su edad, por su fe, por la forma en que repetía una y otra vez los artículos de su credo. Parecía un anciano amable e inofensivo, muy diferente de mi imagen anterior de revolucionario confirmado.

La puerta se abrió y él pronunció la frase que había utilizado antes: “Dejad que la gente se muera de hambre un poco más. Dejad que trabajen un poco más. Dejad que conozcan un poco mejor la enfermedad, el miedo y la muerte, ¡y entonces se levantarán como una marea!...”. Era Shaw quien estaba en la puerta. Iba vestido con un traje de lino blanco y llevaba un sombrero panamá en la cabeza. Estaba fumando un puro. “Una marea de humanidad que barrerá con la injusticia, ¿eh, Vladimir Ilich?”. Sonrió. “Pero no estoy de acuerdo contigo, como siempre”.

El viejo ruso levantó la vista y movió el dedo. –No deberías discutir con alguien tan viejo como yo, Shuo Ho Ti. Esa no es la manera china. Deberías respetar mis palabras. –Me devolvió la sonrisa.

–¿Qué opina usted, señor Bastable? –preguntó Shaw en tono de broma–. ¿La desesperación genera revolución?

–No sé nada de revoluciones –respondí–, aunque tal vez esté de acuerdo contigo en que sería conveniente hacer algunas reformas en Rusia, por ejemplo.

Ulianov se rió: “¡Unas cuantas reformas! ¡Vaya! Eso es lo que quería Kerenski. Pero se olvidaron de ellas cuando resultó conveniente. Siempre ocurre lo mismo con las “reformas”. ¡El sistema debe morir!”

“Es la esperanza, señor Bastable, no la desesperación, lo

que engendra la revolución”, dijo Shaw. “Démosle esperanza a la gente, mostremosles lo que podría ser posible, lo que pueden esperar, y entonces podrán intentar lograr algo. La desesperación sólo engendra más desesperación: la gente se desanima y muere en sí misma. Ahí es donde el camarada Ulianov y quienes lo siguen cometen un error. Piensan que la gente se levantará cuando su malestar se vuelva insoportable. Pero eso no es verdad. Cuando su malestar se vuelve totalmente insoportable, se dan por vencidos. Ofrézcales un poco de consuelo extra y, siendo humanos, pedirán más y más. Entonces viene la revolución. Por eso, nosotros, los de Ciudad del Amanecer, trabajamos para distribuir riqueza adicional entre los culíes de China. Trabajamos para dar un ejemplo en China que anime a los pueblos oprimidos de todo el mundo”.

Ulianov meneó la cabeza. “¡Bah! Bronstein tuvo una idea parecida, pero ¡mira lo que le pasó!”

–¿Bronstein? Ah... tu viejo enemigo.

–Él fue mi amigo –dijo Ulianov, repentinamente triste. Se levantó con un suspiro–. De todos modos, aquí todos somos camaradas, aunque diferimos en los métodos. –Me miró fijamente durante largo rato–. No piense que estamos divididos porque discutimos, señor Bastable.

Había pensado exactamente eso.

–Somos seres humanos, ¿sabe? –continuó Ulianov–. Tenemos sueños fantásticos, pero lo que la mente humana puede concebir, lo puede convertir en realidad. Para bien o para mal.

–Quizás para bien y para mal –dije.

“¿Qué quiere decir?”

“Toda moneda tiene dos caras. Todo sueño de perfección contiene una pesadilla de imperfección.”

Ulianov sonrió lentamente. –Tal vez por eso no deberíamos aspirar a lo absoluto, ¿no? ¿Acaso lo absoluto se destruye a sí mismo con la misma seguridad con la que nos destruye a nosotros?

–Absolutismos y abstracciones –dije–. Hay actos de justicia pequeños y grandes, Vladimir Ilich Ulianov.

“¿Crees que nosotros los revolucionarios abandonamos nuestra humanidad para seguir fantasías utópicas?”

“Tal vez no tú...”

“Usted ha expresado el eterno problema del fiel seguidor de cualquier fe, señor Bastable: nunca hay una solución”.

“A juzgar por mi propia experiencia”, dije, “nunca hay una solución a ningún problema que afecte a los asuntos

humanos. Supongo que se podría llamar a esa filosofía “pragmatismo británico”. Tómenlo como viene.

“Los británicos lo hicieron, sin duda”, dijo Dutchke y se rió. “Seguro que estará de acuerdo conmigo en que existe una alegría particular en buscar alternativas y ver si esas alternativas funcionan y si son mejores”.

“Tiene que haber una alternativa mejor a este mundo”, dijo Ulianov con sentimiento. “¡Tiene que haberla!”

Shaw había venido a llevarnos a recorrer su ciudad. Los cuatro –el capitán Korzeniowski, ahora totalmente recuperado y sin ni siquiera una cicatriz visible de su herida en la cabeza, Una Persson, el conde von Dutchke y yo– seguimos a Shaw desde el edificio de apartamentos hasta una calle amplia y soleada.

Ciudad del amanecer terminó siendo una lección para mí, que siempre había visto a los revolucionarios como nihilistas simplones que hacían estallar edificios y asesinaban gente sin idea de lo que podrían querer construir sobre las ruinas del mundo que estaban destruyendo. Y aquí estaba su sueño hecho realidad.

Pero, ¿no era una realidad un tanto espuria?, me pregunté. ¿Podría realmente extenderse a todo el mundo?

Cuando me adentré por primera vez en el mundo de los años setenta, creí haber encontrado la utopía. Y ahora

estaba descubriendo que sólo era una utopía para algunos. Shaw quería una utopía para todos.

Recordé la sangre que había visto esparcida por el puente del Rover. La sangre de Barry. Me resultaba difícil conciliar esa imagen con la que tenía ante mí en ese momento.

Shaw nos llevó a ver escuelas, restaurantes comunitarios, talleres, laboratorios, teatros, estudios, todos ellos llenos de gente alegre y relajada de cien nacionalidades, razas y credos diferentes. Me quedé impresionado.

“Así es como podría haber sido hoy todo Oriente y África si no hubiera sido por la codicia europea”, dijo Shaw. “Hoy seríamos económicamente más fuertes que Europa. Eso sería un verdadero equilibrio de poder. ¡Entonces veríamos lo que es la justicia!”

–Pero es un ideal europeo el que siguen ustedes –señalé–. Si no lo hubiéramos difundido...

“Deberíamos haberlo encontrado. La gente aprende con el ejemplo, señor Bastable. No es necesario que se les impongan ideas”.

Habíamos entrado en un salón oscuro. Ante nosotros había una gran pantalla de cine. Shaw nos pidió que nos sentáramos y entonces la pantalla se iluminó.

Observé con horrorizada fascinación las imágenes de

decenas de hombres y mujeres chinos siendo decapitados.

“El pueblo de Shihnan, en la Manchuria japonesa”, dijo Shaw con voz dura y monótona. “Los habitantes no han podido producir su cuota anual de arroz y están siendo castigados. Esto ocurrió el año pasado”.

Vi a soldados japoneses riendo mientras sus largas espadas subían y bajaban.

Me quedé atónito. “Pero eso es Japón...” fue todo lo que pude decir.

Una nueva serie de imágenes. Culís trabajando en una vía férrea. Hombres uniformados usaban látigos para obligarlos a trabajar más duro. Los uniformes eran rusos.

“Todo el mundo sabe que los rusos son crueles en su trato a los pueblos sometidos”.

Shaw no hizo ningún comentario.

Una turba de chinos, muchos de ellos mujeres y niños, armados con herramientas agrícolas, corrían hacia un muro de piedra. La gente iba harapienta y medio muerta de hambre. Se oyeron disparos desde el muro y la gente cayó al suelo, retorciéndose, sangrando y chillando de dolor. Apenas podía soportar mirar. Los disparos continuaron hasta que todos murieron. Hombres con uniformes marrones y sombreros de ala ancha aparecieron desde detrás del muro

y se movieron entre los cadáveres, comprobando que ninguno sobreviviera.

“¡Americanos!”

“Para ser justos”, dijo el general Shaw sin ningún tono de voz, “actuaron a pedido del gobierno de Siam. Esa escena ocurrió a pocos kilómetros de Bangkok. Las tropas estadounidenses están ayudando al gobierno a mantener el orden. Recientemente ha habido una serie de rebeliones menores en algunas partes de Siam”.

La siguiente escena era un poblado indígena. Las chozas de cemento estaban dispuestas en hileras ordenadas hasta donde alcanzaba la vista.

“Está desierto”, dije.

“Espere.”

La cámara nos llevó por las calles desoladas hasta que estuvimos fuera del municipio. Allí había soldados británicos vestidos de rojo. Blandían palas y amontonaban cadáveres en trincheras llenas de cal:

“¿Cólera?”

“Hubo cólera, fiebre tifoidea, malaria y viruela, pero no fue por eso por lo que murió todo el pueblo. Mire.”

La cámara se acercó y vi que había muchas heridas de bala en los cuerpos.

“Marcharon sobre Delhi sin pases para entrar en los límites de la ciudad”, dijo Shaw. “Se negaron a detenerse cuando se les ordenó hacerlo. Todos fueron abatidos a tiros”.

–Pero no pudo haber sido una decisión oficial –dije–. Un oficial debió entrar en pánico. A veces pasa.

“¿Los rusos, los japoneses y los estadounidenses estaban entrando en pánico?”

“No.”

–Así es como se utiliza el poder cuando otros lo amenazan –dijo Shaw. Lo miré a los ojos. Había lágrimas en ellos.

Sabía algo de lo que él sentía. También había lágrimas en mis ojos.

Traté de convencerme a mí mismo de que las películas eran una falsificación, interpretadas por actores para impresionar a gente como yo, pero sabía que no eran una falsificación.

Salí del cine. Temblaba, me sentía mal y seguía llorando.

Caminamos en silencio por la tranquila Ciudad del Amanecer, ninguno de nosotros podía hablar después de lo

que habíamos presenciado. Llegamos al borde del asentamiento y miramos hacia el improvisado aeródromo. Había hombres allí ahora, trabajando en las vigas de lo que evidentemente iba a ser un mástil de amarre de buen tamaño. Vimos que el Rover todavía estaba anclado al suelo con su telaraña de cables, pero el barco más grande ya no estaba.

“¿Dónde está el Loch Etive?”, preguntó Korzeniowski.

Shaw levantó la vista distraídamente y luego, como si recordara un deber, sonrió: “Oh, estará de regreso. Espero que su segunda misión sea tan exitosa como la primera”.

“¿Misiones?”, preguntó Dutchke. “¿Qué misiones?”

“La primera fue derribar el dirigible imperial japonés Kanazawa. Lo hemos armado con algunos cañones experimentales. Son excelentes. No tienen retroceso alguno. Siempre es el problema con los cañones grandes a bordo de los dirigibles, ¿no?”

–Es cierto –dijo Korzeniowski. Sacó su pipa y comenzó a encenderla–. Es cierto.

“Y su segunda misión era bombardear un tramo del ferrocarril Transiberiano y robar la carga de un tren con destino a Moscú. Hace poco me enteré de que habían robado la carga. Si es lo que espero, podremos acelerar el proyecto NFB”.

“¿En qué consiste exactamente este misterioso proyecto?”, preguntó Una Persson.

El general OT Shaw señaló un gran edificio parecido a una fábrica que se alzaba al otro lado del aeródromo. “Allí. Un proyecto muy caro, no me importa decirlo. Pero me temo que no puedo decirle nada más. Yo mismo apenas lo entiendo. La mayoría de nuestros exiliados alemanes y húngaros están trabajando en él. También hay uno o dos estadounidenses y un inglés, todos ellos refugiados políticos, pero son científicos brillantes y originales. Ciudad del Amanecer se beneficia de la tiranía impuesta a la curiosidad en Occidente”.

No podía creer que no hubiera considerado las consecuencias de sus acciones. “Ahora te has ganado la ira de tres grandes potencias”, dije. “Has robado un dirigible británico que destruirá un buque de guerra japonés y un ferrocarril ruso. Seguro que se unirán. ¡Ciudad del Amanecer tendrá suerte si sobrevive un día!

–Todavía tenemos a los rehenes del Loch Etive –murmuró Shaw serenamente.

“¿Ese conocimiento impedirá que los japoneses o los rusos los bombardeen hasta hacerlos pedazos?”

“Esto plantea un serio problema diplomático. Las tres naciones deben discutirlo durante un tiempo. Mientras

tanto, estamos ultimando nuestras defensas”.

“¡Ni siquiera ustedes pueden defenderse contra las flotas aéreas combinadas de Gran Bretaña, Japón y Rusia!”, dije.

–Ya veremos –dijo Shaw–. Ahora, señor Bastable, ¿qué le pareció mi espectáculo de linterna mágica²⁷?

–Me convenció de que se debe vigilar más de cerca cómo se trata a los nativos –dije.

“¿Y eso es todo?”

“Hay otras maneras de detener la injusticia, que la revolución y la guerra sangrienta”.

“No, si el cáncer se quiere extinguir por completo”, dijo Korzeniowski. “Ahora me doy cuenta de eso”.

–Ajá –dijo Shaw, mirando hacia las colinas–. Ahí viene el Fei-chi...

“¿El qué?”

“Una máquina voladora.”

“No la puedo ver”, dijo Korzeniowski.

²⁷ Cinematógrafo.

Yo tampoco pude ver ninguna señal del Loch Etive, aunque oí un zumbido como el de un mosquito.

–Mira –dijo Shaw sonriendo–, ¡ahí!

Una mota apareció en el horizonte y el zumbido se convirtió en un agudo gemido.

–¡Allí! –se rió de emoción–. No me refiero a un dirigible, me refiero a Fei-chi, una pequeña avispa. ¡Allá viene!

Instintivamente me agaché cuando algo pasó zumbando sobre mi cabeza. Miré hacia arriba. Tuve la impresión de que varias aspas de molino de viento giraban a una velocidad fantástica, de alas largas como las de un pájaro, y luego desapareció en la distancia, todavía emitiendo el mismo gemido enojado.

–¡Dios mío! –dijo Korzeniowski, quitándose la pipa de la boca y manifestando su asombro por primera vez desde que lo conocía–. Es una máquina voladora más pesada que el aire. Estaba seguro (siempre me lo habían dicho) de que algo así era imposible.

Shaw sonrió y casi se puso a bailar de alegría. –¡Y yo tengo cincuenta, capitán! Cincuenta avispones con picaduras muy fuertes. ¡Ahora verá por qué me siento capaz de defender Ciudad del Alba contra cualquier cosa que envíen las Grandes Potencias!

“Me parecen un poco frágiles”, dije.

–Lo son un poco –admitió Shaw–, pero pueden viajar a velocidades de casi ochocientos kilómetros por hora. Y ésa es su fuerza. ¿Quién tendría tiempo de apuntar con un arma a uno de ellos antes de que un Fei-chi hubiera sido capaz de reventar el casco de un acorazado en vuelo con sus balas explosivas especiales?

“¿Quién... cómo se te ocurrió este invento?”, quiso saber Dutchke.

–Oh, uno de mis proscritos americanos tuvo la idea –respondió Shaw con tono despreocupado–. Y algunos de mis ingenieros franceses la hicieron posible. Construimos y pusimos a volar la primera máquina en menos de una semana. En menos de un mes la habíamos desarrollado hasta convertirla en lo que acabas de ver.

“Admiro al hombre que se sube a uno de esos aviones”, dijo Dutchke. “¿No se sienten aplastados por esas velocidades?”

“Tienen que llevar ropa especial acolchada, por supuesto. Y, por supuesto, sus reacciones deben ser tan rápidas como las de sus máquinas para poder controlarlas adecuadamente”.

Korzeniowski negó con la cabeza. “Bueno”, dijo, “creo que me quedaré con los dirigibles. Son mucho más manejables

que esos artilugios. Los he visto, pero todavía no puedo creer en máquinas más pesadas que el aire”.

Shaw me miró con picardía. –Y bien, señor Bastable, ¿sigue convencido de que estoy loco?

Seguí mirando fijamente el cielo por donde había desaparecido Fei-chi. –No estás loco como pensé al principio –admití. Un terrible presentimiento se apoderó de mí. Deseé con todo mi corazón estar de nuevo en mi propia época, donde las máquinas voladoras más pesadas que el aire, los teléfonos inalámbricos y las pantallas de colores que cobraban vida en la habitación de uno eran fantasías de niños y lunáticos. Pensé en el señor HG Wells y me volví, mirando hacia el edificio que albergaba el Proyecto NFB. –Supongo que no habrás inventado una máquina del tiempo, ¿no?

El señor de la guerra sonrió. –Todavía no, señor Bastable. Pero lo estamos pensando. ¿Por qué lo pregunta?

Negué con la cabeza y no respondí.

Dutchke me dio una palmada en la espalda. “Quieres saber a dónde nos lleva todo esto, ¿no? ¡Quieres viajar al futuro y ver la utopía del general Shaw!”. Ahora estaba completamente convencido de que Shaw lo apoyaría.

Me encogí de hombros. “Creo que ya me harté de las utopías”, murmuré.

Capítulo XVI

LA LLEGADA DE LAS FLOTAS AÉREAS

Durante los días siguientes no hice ningún intento de escapar de Ciudad del Amanecer. De todos modos, toda la idea habría sido inútil. Los hombres del general OT Shaw controlaban todos los caminos y vigilaban tanto las aeronaves como los cobertizos donde se almacenaban los nuevos “avispones” Fei-chi. A veces, observaba cómo los Fei-chi eran puestos a prueba por sus altos pilotos chinos: jóvenes sanos y seguros de sí mismos, completamente dedicados a la causa de Shaw, capaces de pilotar las máquinas más pesadas que el aire, algo que yo no podía hacer.

Al principio me aseguré de que los rehenes del Loch Etive estaban sanos y salvos y charlé con uno o dos compañeros

que había conocido a bordo, y me enteré de que el capitán Harding había muerto poco después de ser enviado a su casa de Balham, donde se alojaba durante sus vacaciones. Otro conocido también había muerto. En un periódico desactualizado leí que Cornelius Dempsey había sido asesinado en una pelea callejera con policías armados. Dempsey había formado parte de una banda de anarquistas atrapados en una casa del este de Londres. Hasta el momento no se había encontrado su cuerpo, pero varios testigos confirmaron que estaba muerto cuando sus amigos se lo llevaron. Sentí que la tristeza me invadía y se sumaba a ese estado de ánimo de amargura y depresión que me había sobrevenido mientras veía esas terribles películas de cine. Los periódicos más recientes que trajeron los hombres de Shaw estaban llenos de informes sobre las atrevidas incursiones de Shuo Ho Ti, sus actos de piratería y asesinatos. Uno o dos periódicos lo consideraban “el primer bandido moderno” y creo que fueron ellos los que lo apodaron “Señor de la Guerra del Aire”. Ciertamente, mientras Inglaterra se esforzaba por impedir que las aeronaves militares rusas y japonesas tomaran venganza instantánea y el Gobierno central chino intentaba en vano impedir que cualquier nave de guerra aérea entrara en su territorio, Shaw llevó a cabo una serie de incursiones asombrosas, descendiendo del cielo sobre trenes, convoyes motorizados, barcos y establecimientos militares y científicos para obtener lo que necesitaba. Lo que no necesitaba lo distribuía entre la población china: su “buque

insignia” repintado, que ya no era el Loch Etive sino el Shan-tien (Relámpago) y ondeaba sus familiares banderas carmesí, aparecía en los cielos sobre un pueblo o ciudad empobrecida y derramaba dinero, bienes y alimentos, así como panfletos que decían a la gente que se uniera a Shuo Ho Ti, el Pacificador, para liberar a China de la opresión extranjera. Miles de personas se unieron a su ejército en el otro extremo del Valle del Amanecer. Shaw añadió más barcos a su flota, trayendo naves a tierra a punta de pistola, liberando a las tripulaciones y pasajeros, enviando las naves capturadas de regreso a Ciudad del Amanecer y allí reequipándolas con su nuevo cañón. El único problema era la escasez entre sus propios seguidores de hombres entrenados para pilotar naves. Comandantes inexpertos habían puesto sus naves en peligro más de una vez y dos se habían perdido por incompetencia. Un par de veces Shaw me propuso que me convirtiera en su aliado y lo ayudara a pilotar una nave de mi elección, pero me negué, porque la única razón por la que abordaría una aeronave sería para escapar y no quería dedicarme a la piratería solo para tener la oportunidad de obtener mi libertad.

Sin embargo, hubo conversaciones con el Señor de la Guerra en las que me describía su pasado mientras seguía tratando de conquistarme.

La suya era una historia interesante. Había sido hijo de un misionero inglés y de su esposa china, que habían trabajado en una aldea remota de Shantung durante años hasta que

llamaron la atención del viejo caudillo –“un bandido tradicional”, como lo llamaba Shaw– de su parte del mundo. El caudillo, Lao-Shu, había matado a su padre y había tomado a su madre como concubina. Había sido criado como uno de los muchos hijos de Lao-Shu y finalmente huyó a Pekín, donde enseñaba el hermano de su padre. Lo habían enviado a la escuela en Inglaterra, donde fue muy infeliz y aprendió a odiar lo que consideraba la superioridad inglesa respecto de otras razas, clases y credos. Más tarde fue a Oxford, donde obtuvo buenos resultados y comenzó a “darse cuenta”, como él mismo dijo, de que el imperialismo era una enfermedad que privaba a la mayoría de la población mundial de su dignidad y del derecho a ordenar sus propios asuntos. Eran concepciones inglesas, fue el primero en admitirlo, pero lo que le molestaba era que estuvieran reservadas sólo a los ingleses. “El conquistador siempre supone que su superioridad moral, más que su feroz codicia, es lo que le ha permitido triunfar”. Al salir de Oxford, se había incorporado al ejército y le había ido bien, aprendiendo todo lo que podía sobre cuestiones militares inglesas, y luego fue transferido a la Colonia de la Corona de Hong Kong para servir en la policía, pues, por supuesto, hablaba mandarín y cantonés con fluidez. Pronto había desertado de la policía, llevándose consigo todo su destacamento de soldados nativos, dos carros de vapor y una cantidad considerable de artillería. Después había regresado a Shantung, donde el caudillo todavía gobernaba y...

“Allí maté al asesino de mi padre y tomé su lugar”, dijo sin rodeos.

Mientras tanto, su madre había muerto. Gracias a sus vínculos con revolucionarios de todo el mundo, había concebido la idea de la Ciudad del Amanecer. Tomaría de Europa lo que, en su orgullo, había rechazado: sus brillantes científicos, ingenieros, políticos y escritores que eran demasiado inteligentes para ser tolerados por sus propios gobiernos, y lo utilizaría en beneficio de su China.

“Es parte de lo que Europa nos debe”, señaló. “Y pronto podremos reclamar el resto de la deuda. ¿Sabe usted cómo empezaron a arruinar a China, señor Bastable? Fueron los ingleses, principalmente, pero también los americanos. Cultivaban opio en la India —enormes campos— y lo enviaban en secreto a China, donde oficialmente estaba prohibido. Esto creó tal inflación (pues a quienes lo introducían de contrabando se les pagaba en plata china) que toda la economía quedó arruinada. Cuando el gobierno chino se opuso a esto, los extranjeros enviaron ejércitos para dar una lección a los chinos por su arrogancia al quejarse. Esos ejércitos encontraron un país en ruina económica y grandes sectores de la población fumando opio. Naturalmente, lo único que pudo haber provocado esto fue una decadencia innata, una inferioridad moral...” Shaw se rió. “Los barcos que transportaban opio fueron diseñados especialmente para el comercio con China, para que pudieran viajar rápidamente desde la India con sus cargamentos, y a

menudo transportaban Biblias además de opio, pues los misioneros insistían en que si ellos, que hablaban chino pidgin, debían traducir para los contrabandistas, también se les debía permitir distribuir Biblias. Después de eso, no hubo más remedio que mirarlos. ¡Y los europeos piensan que el odio chino hacia ellos es irrazonable!”

En momentos como estos, Shaw se ponía serio y me decía: “¿Diablos extranjeros? ¿Cree que “diablos” es una palabra lo suficientemente fuerte, señor Bastable?”

Ahora sus ambiciones se extendían a la recuperación de toda China:

“Y pronto las grandes fábricas grises de Shanghai serán nuestras. Los laboratorios, las escuelas y los museos de Pekín serán nuestros. Los centros comerciales y manufactureros de Cantón serán nuestros. Los ricos arrozales... ¡todo será nuestro!”. Sus ojos brillaron. “China estará unida. Los extranjeros serán expulsados y todos serán iguales. Daremos un ejemplo al mundo”.

“Si tienes éxito”, dije en voz baja, “deja que el mundo vea que eres humano. La gente se impresiona por la bondad, tanto como por las fábricas y la fuerza militar”.

Shaw me dirigió una mirada peculiar.

Había ahora unas quince aeronaves fijadas a los mástiles de amarre en el campo más allá de Ciudad del Amanecer y

había casi un centenar de Fei-chi en los hangares. Todo el valle estaba defendido con artillería e infantería y podríamos resistir un ataque desde cualquier parte cuando llegara; y sabíamos que vendría.

¿Nosotros? No sé cómo había llegado a identificarme con bandidos y revolucionarios, y sin embargo no había duda de que así era. Me negaba a unirme a ellos, pero esperaba que pudieran ganar. Ganar contra los barcos aéreos de mi propia nación que vendrían contra ellos y que, sin duda, serían destruidos. ¡Cómo había cambiado en las últimas dos semanas! Podría contemplar, sin horror, las muertes sangrientas de los militares británicos. Mis camaradas.

Pero tuve que afrontar el hecho de que los habitantes de Ciudad del Amanecer eran ahora mis camaradas, aunque no me comprometiera con su causa. No quería que Ciudad del Amanecer y todo lo que representaba fueran destruidos. Quería que el general OT Shaw, el señor de la guerra del aire, expulsara a los extranjeros de su nación y la hiciera fuerte de nuevo.

Esperé con temor la llegada del “enemigo”, es decir, de mis compatriotas.

Estaba acostado en mi cama, durmiendo, cuando llegó la noticia a través de la máquina tien-ying ('sombra eléctrica'). El óvalo azul lechoso se convirtió en el rostro del general Shaw. Se veía sombrío y emocionado.

–Están de camino, señor Bastable. Pensé que le gustaría estar despierto para ver el espectáculo.

–¿Quién...? –murmuré con los ojos vidriosos–. ¿Qué...?

“Las flotas aéreas estadounidenses, británicas, rusas, japonesas y algunas francesas, creo, están llegando al Valle de la Mañana para castigar a John Chinaman”.

Vi que su cabeza se movía y hablaba más rápido.

–Debo irme ahora. ¿Nos vemos en el ringside, el edificio del cuartel general?

“Allí estaré”. Cuando la imagen se desvaneció, salté de la cama, me lavé y me vestí; luego corrí por las tranquilas calles de Ciudad del Amanecer hasta que llegué a la torre circular que era el principal edificio administrativo de la ciudad. Por supuesto, había una actividad furiosa. Se había recibido un mensaje telefónico inalámbrico del buque insignia británico Victoria Imperatrix diciendo que si los rehenes de Loch Etive eran liberados, Shaw podría enviar con ellos a las mujeres y los niños de su pueblo, quienes no sufrirían daño. Shaw respondió sin rodeos. Los rehenes ya estaban siendo llevados al otro extremo del valle donde serían liberados. La gente de Ciudad del Amanecer lucharía junta y, si era necesario, moriría junta. El Victoria Imperatrix ofreció la información de que había un centenar de aeronaves en camino a Ciudad del Amanecer y que, por lo tanto, no podía

esperar durar más de una hora contra una flota así. Shaw respondió que creía que Ciudad del Amanecer podría durar un poco más y que esperaba con ansias la llegada de la flota de batalla. Mientras tanto, dijo, había recibido recientemente la interesante noticia de que dos cañoneros japoneses habían devastado un pueblo que había recibido ayuda de Shaw. Los británicos, sin duda, tomarían represalias similares. Ante esto, el Victoria Imperatrix cortó la comunicación con Ciudad del Amanecer. Shaw sonrió sombríamente.

Me vio de pie en la habitación. “Hola, Bastable. ¡Por Dios! Los japoneses tienen mucho que responder en lo que respecta a China. Me gustaría... ¿Qué es esto?” Un asistente le entregó una hoja de papel. “Bien. Bien. El Proyecto NFB avanza a buen ritmo”.

–¿Dónde está el capitán Korzeniowski? –Vi al conde Rudolph y a Una Persson al otro lado de la habitación hablando con uno de los “mayores” de Shaw, pero no pude ver al padre de la señora Persson.

–Korzeniowski ha vuelto a ponerse al mando del Rover –dijo Shaw, señalando hacia el aeródromo, claramente visible desde esta torre. Vi pequeñas figuras corriendo de un lado a otro mientras sus naves se preparaban para despegar. Hasta el momento no había señales de las máquinas voladoras Fei-chi-. Y mire –añadió Shaw–, ahí viene la flota de batalla.

Al principio, creí ver un enorme banco de nubes negras que se desplazaba por el horizonte de las colinas y ocultaba la pálida luz del sol. Con la nube se oía un gran zumbido, como si muchos gongs de voz profunda sonaran rápidamente al unísono. El sonido se hacía más fuerte a medida que la nube empezaba a llenar todo el cielo, proyectando una sombra oscura y siniestra sobre el Valle del Amanecer. Era la Flota Aérea aliada de las cinco naciones. Cada dirigible medía mil pies de largo. Todos tenían un casco tan fuerte como el acero. Todos estaban erizados de artillería y grandes granadas que podían lanzarse sobre sus enemigos. Cada barco se movía implacablemente por el cielo, al ritmo de sus poderosos compañeros. Cada uno estaba dedicado a exigir una venganza feroz sobre los advenedizos que habían intentado cuestionar el poder de aquellos a quienes servían. Un banco de monstruosos tiburones voladores, seguros de que controlaban los cielos y, desde los cielos, la tierra.

Dirigibles de Japón, con el sol carmesí imperial blasonado en sus cascos blancos y relucientes.

Barcos aéreos de Rusia, con grandes águilas bicéfalas negras brillando desde cascos de color escarlata intenso, con las garras extendidas como para atacar.

Naves de Francia, en los que ondeaba la bandera tricolor sobre fondo azul, y que eran una muestra de hipocresía flagrante, una farsa de republicanismo y un agravio a los ideales de la Revolución Francesa.

Buques de Estados Unidos, con las barras y estrellas, que ya no son el estandarte de la libertad. Zeppelines de Gran Bretaña. Buques con cañones y bombas y tripulaciones que, en su orgullo, pensaron que sería una cuestión sencilla arrasar Ciudad del Amanecer y lo que representaba.

Barcos-tiburón, rapaces, crueles y arrogantes, cuyos motores retumban como una risa triunfante y anticipada.

¿Podríamos resistirlos, aunque fuera por un instante? Lo dudaba.

Ahora nuestras defensas terrestres se habían abierto. Los proyectiles se elevaban a toda velocidad hacia el cielo y explotaban alrededor de las naves de la poderosa Flota Aérea, pero ellos seguían avanzando, a través del humo y las llamas, descuidados y altivos, cada vez más cerca de la propia Ciudad del Amanecer. Y ahora nuestra propia y pequeña flota comenzaba a elevarse desde el aeródromo para enfrentarse a los invasores: quince buques aéreos mercantes modificados contra cien buques de guerra especialmente diseñados. Tenían la ventaja de los cañones sin retroceso y podían “permanecer” en el aire y disparar durante mucho más tiempo y con mayor precisión que los buques más grandes, pero esos acorazados voladores tenían pocos puntos débiles y la mayoría de los proyectiles explosivos, en el peor de los casos, solo ennegrecían la pintura de los cascos o agrietaban las ventanas de las góndolas.

Se oyó un bramido y brotó fuego del dirigible británico líder, el HMAS Edwardus Rex, mientras sus cañones respondían a los nuestros. Vi cómo el casco de una de nuestras naves se desplomaba y todo el buque se precipitaba hacia el suelo rocoso de las colinas, con pequeñas figuras saltando por la borda con la esperanza de escapar de algún modo de lo peor del impacto. El humo negro se extendía por todas partes. Se produjo una explosión y un estallido de llamas cuando nuestro barco chocó contra el suelo y sus motores estallaron, encendiéndose el fueloil al instante.

Shaw miraba con expresión sombría por la ventana, controlando la formación de nuestras naves a través de un teléfono inalámbrico. ¡Qué difícil había sido causar un impacto en la flota enemiga y con qué facilidad habían destruido nuestra nave!

¡Vamos! ¡Vamos!

De nuevo rugieron los cañones. De nuevo un buque mercante adaptado se dobló en el aire y se hundió en el suelo.

Sólo entonces deseé haber aceptado una misión en uno de los dirigibles. Sólo entonces sentí la necesidad de unirme a la lucha, de tomar represalias, más que nada por un espíritu de juego limpio.

¡Vamos!

Era el Rover, que descendía en espiral con dos motores en llamas y su casco arqueado por la mitad mientras el helio se precipitaba hacia la atmósfera. Observé con tensión cómo caía, rezando para que quedara suficiente gas en el casco para que la nave pudiera descender con relativa suavidad. Pero eso eran cien toneladas de metal y plástico y armas y hombres cayendo por el cielo. Cerré los ojos e hice una mueca de dolor al pensar que sentía el temblor de su impacto contra el suelo.

No tenía ninguna duda sobre el destino de Korzeniowski.

Pero entonces, como inspirado por la heroica muerte del viejo capitán, el Shan-tien (el viejo Loch Etive) lanzó una andanada al buque insignia japonés, el Yokomoto, y debe haber atravesado directamente su depósito de municiones, porque explotó en mil fragmentos ardientes y apenas quedó un trozo reconocible de él cuando se produjo la explosión.

Vimos que se hundían dos dirigibles más, uno americano y otro francés, y aplaudimos. Todos aplaudimos, salvo Una Persson, que miraba con tristeza el lugar donde había desaparecido The Rover. Dutchke mantenía una animada conversación con el mayor y no parecía notar el dolor de su señora. Me acerqué a ella y le toqué el hombro.

–Quizás sólo esté herido –dije.

Me sonrió entre lágrimas y sacudió la cabeza. “Está muerto”, dijo. “Murió con valentía, ¿no?”

“Tal como vivió”, dije.

Ella parecía confundida. “Pensé que lo odiabas”.

“Creía que sí, pero lo amaba”.

Ella se recompuso y asintió, extendiendo una mano delgada y dejando que las puntas de los dedos descansaran por un momento sobre mi manga. “Gracias, señor Bastable. Espero que mi padre no haya muerto en vano”.

“Estamos dando buena cuenta de nosotros mismos”, dije.

Pero vi que nos quedaban como máximo cinco naves de las quince originales y todavía había casi noventa acorazados aliados en el cielo.

Shaw levantó la vista y escuchó con atención. –La infantería y la caballería motorizada están atacando el valle por todos lados –dijo–. Nuestros hombres se mantienen firmes. –Escuchó un poco más–. No creo que tengamos mucho que temer de ese sector en este momento. Los barcos invasores aún no habían llegado a Ciudad Amanecer. Se vieron obligados a defenderse de nuestro primer ataque aéreo y, ahora que nuestros artilleros estaban obteniendo alcance desde tierra, uno o dos más fueron alcanzados.

“Creo que es hora de enviar los Fei-chi”, ordenó Shaw por teléfono. “¡Las grandes potencias creen que han ganado! ¡Ahora les demostraremos nuestra verdadera fuerza!”. Telefonó a los soldados que defendían el edificio que albergaba el Proyecto NFB y les recordó que bajo ningún concepto se debía permitir que una nave atacara el lugar. El misterioso proyecto era evidentemente de suma importancia para su estrategia.

No podía ver los hangares donde se almacenaban los 'avispones' y mi primer vistazo de las pequeñas máquinas voladoras aladas y giratorias fue cuando treparon a través del humo negro y comenzaron a rociar los cascos de los acorazados voladores con balas explosivas, atacando desde arriba y lanzándose sobre sus oponentes quienes, sin duda, todavía apenas eran conscientes de lo que estaba sucediendo.

El Victoria Imperatrix se hundió. El Theodore Roosevelt se hundió. El Alexandre Nevsky se hundió. El Tashiyawa se hundió. El Emperador Napoleon y el Pyat se hundieron. Uno tras otro cayeron del aire, describiendo círculos lentamente o rompiéndose rápidamente, pero cayendo; sin duda estaban cayendo. Y no parecía que un solo delicado Fei-chi, pilotado por sólo dos hombres –un aviador y un artillero– hubiera sido alcanzado. Los cañones de los barcos extranjeros simplemente no estaban diseñados para alcanzar objetivos tan pequeños. Rugían y escupían sus enormes obuses en todas direcciones, pero estaban

desconcertados, como torpes vacas marinas atacadas por peces pirañas de dientes afilados, simplemente no sabían cómo defenderse. El Valle de la Mañana estaba sembrado de sus restos. Miles de hogueras ardían en las colinas, mostrando dónde habían encontrado su fin los orgullosos acorazados aéreos. La mitad de la flota aliada había sido destruida y cinco de nuestras aeronaves (incluida la Shan-tien) estaban a punto de atracar, dejando la lucha a los Fei-chi. Evidentemente, el impacto de enfrentarse a las diminutas máquinas más pesadas que el aire fue demasiado para los atacantes. Habían visto caer sus mejores naves del cielo en cuestión de minutos. Lentamente, los pesados buques de guerra dieron media vuelta y comenzaron a retirarse. Ni una sola bomba había caído sobre Ciudad del Amanecer.

Capítulo XVII

OTRO ENCUENTRO CON EL ARQUEÓLOGO AFICIONADO

Habíamos ganado, a un alto precio, el primer combate, pero todavía quedaban muchos más por delante antes de saber si habíamos expulsado definitivamente a las grandes potencias. Nos enteramos de que su invasión terrestre también había fracasado y que las fuerzas aliadas se habían retirado. Nos regocijamos.

Durante los siguientes días esperamos y recuperamos fuerzas y fue durante este período que, por fin, ofrecí mis servicios al Señor de la Guerra del Aire, quien aceptó sin comentarios de ningún tipo y me puso al mando de mi antiguo barco, ahora llamado Shan-tien.

Se confirmó que el capitán Korzeniowski y toda su tripulación murieron cuando el Rover fue derribado.

Entonces el ataque comenzó de nuevo y me preparé para subir a bordo de mi nave, pero Shaw me pidió que permaneciera en la torre del cuartel general porque se había hecho evidente rápidamente que las naves de las Grandes Potencias habían adoptado una estrategia más cautelosa. Llegaron hasta las colinas en el horizonte y se quedaron allí mientras intentaban bombardear los cobertizos donde se almacenaban nuestros Fei-chi. Noté, una vez más, que Shaw parecía más ansioso por la seguridad del edificio del Proyecto NFB que por los cobertizos de las máquinas voladoras, pero ninguno de los dos fue gravemente alcanzado.

Sin embargo, sentí una terrible sensación de indignación cuando algunos de los proyectiles explotaron en Ciudad del Amanecer, dañando las bonitas casas, rompiendo ventanas, haciendo estallar árboles y parterres de flores, y esperé con impaciencia las órdenes para ir a mi nave. Pero Shaw mantuvo la calma y dejó que el enemigo gastara su potencia de fuego durante casi una hora antes de ordenar a los Fei-chi que volaran.

–Pero ¿y yo? –dije, ofendido–. ¿No me vas a dar una oportunidad? Tengo varias muertes que vengar, ¿sabes?, y en particular la de Korzeniowski.

–Todos tenemos mucho que vengar, capitán Bastable. (Como era su costumbre, me había conferido un rango altisonante). Y me temo que no es el momento de dejar que

usted tome la suya. El Shan-tien va a realizar la misión más importante de todas. Pero todavía no... todavía no...

Eso fue todo lo que pude obtener de él.

Una vez más, nuestras máquinas más pesadas que el aire expulsaron a los acorazados voladores más allá de las colinas y destruyeron siete en el proceso. Pero esta vez tuvimos bajas, ya que las aeronaves se habían equipado con ametralladoras de tiro rápido que podían montarse en la parte superior de los cascos en torretas blindadas fabricadas a toda prisa donde podían, mientras duraran, dar un buen fuego de represalia. Las delicadas máquinas de dos hombres fueron destruidas fácilmente una vez alcanzadas y perdimos seis durante ese segundo enfrentamiento.

El ataque continuó durante casi dos semanas, con constantes refuerzos del enemigo, pero nuestras propias reservas menguaban lentamente. No creo que ni siquiera Shaw hubiera esperado que las grandes potencias mostraran una determinación tan absoluta para destruirlo. Era como si sintieran que su control sobre todos sus territorios se debilitaría si eran derrotados por el caudillo. Sin embargo, escuchamos noticias alentadoras. En toda China, campesinos, trabajadores y estudiantes se estaban volviendo contra sus opresores. La nación entera estaba en las garras de la revolución. La esperanza de Shaw era que estallaran los problemas en tantas áreas a la vez que las fuerzas aliadas se dispersaran demasiado para ser efectivas.

Tal como estaban las cosas, Ciudad Amanecer había obligado a las Potencias a concentrar gran parte de su fuerza en una zona y se habían producido revueltas exitosas en Shanghai (ahora bajo el control de un comité revolucionario) y Pekín (donde los ocupantes japoneses habían sido ejecutados sangrientamente), así como en otras ciudades y partes de provincias.

Desde Ciudad del Amanecer, Shaw escuchó la noticia de la expansión de su revolución y su ánimo mejoró, incluso cuando nuestros suministros disminuyeron.

Aún así, logramos mantener a raya la fuerza combinada de las grandes potencias y Shaw se interesó aún más en el progreso de ese proyecto secreto suyo.

Una mañana, mientras caminaba desde mi dormitorio hasta la torre central, oí un alboroto delante de mí y eché a correr. Encontré una multitud de personas que miraban fijamente el aeródromo y señalaban el cielo. Con asombro vi que una sola aeronave se acercaba a la deriva, con los motores apagados. No había forma de confundir la Union Jack estampada en sus planos de cola. Corrí apresuradamente hacia la torre del cuartel general, seguro de que ya debían haber visto la misteriosa nave.

Al llegar a la puerta de la torre se produjo una enorme explosión que hizo temblar todo el lugar. Entré en el ascensor y subí rápidamente a lo alto del edificio.

El pequeño dirigible británico, que no era tan grande como los buques de guerra que habíamos aprendido a esperar, estaba bombardeando los cobertizos de Fei-chi. Había esperado un viento favorable y luego se acercó por la noche, sin ser visto ni oído, con el objetivo de destruir nuestras máquinas voladoras.

Ya todos los cañones que teníamos disparaban contra el dirigible, que volaba muy bajo en el cielo. Por suerte, las bombas aún no habían alcanzado los cobertizos, aunque varios cráteres humeantes indicaban que había fallado por poco. No se trataba de un barco muy blindado y su casco no tardó en estallar, cayendo en picado de popa y rebotando por todo el aeródromo, pasando por poco de nuestra “flota” atracada antes de detenerse. Inmediatamente, varios otros y yo abandonamos la torre y subimos a un coche. Salimos corriendo de Ciudad del Amanecer y cruzamos el aeródromo hasta donde el barco ya estaba siendo rodeado por soldados vestidos de colores de Shaw. Como pensé, pocos miembros de la tripulación habían resultado gravemente heridos. Por primera vez en ese casco destrozado vi el nombre del buque y recibí una sorpresa al reconocerlo. Casi lo había olvidado. Era el primer dirigible que había visto en mi vida. Evidentemente, los británicos habían pedido ayuda a su flota aérea india. El barco de reconocimiento que vi destrozado en el suelo, muy cerca del edificio del Proyecto NFB, no era otro que el Pericles, el barco que me había salvado la vida.

Me resultó extraño volver a ver esa nave, no me importa

admitirlo. Me di cuenta de que las Grandes Potencias debían estar usando todas las naves que podían en sus esfuerzos por destruir Ciudad del Amanecer.

Y entonces vi al mayor Powell salir tambaleándose de entre los restos, con una mirada salvaje en sus ojos oscuros.

Tenía la cara manchada de aceite y el uniforme desgarrado. Tenía un brazo flácido a un lado, pero aún agarraba su bastón mientras supervisaba la huida de sus hombres del barco. Me reconoció de inmediato.

Su voz sonaba aguda y tensa. –Hola, Bastable. ¿Estás aliado con nuestros hermanos de color? Bueno, bueno... no sirvió de mucho salvarte la vida, ¿verdad?

–Buenos días, mayor –dije–. Permítame felicitarlo por su valentía.

–Fue una estupidez. Aun así, valió la pena intentarlo. No podéis ganar, lo sabes, ni con vuestros malditos hidrodeslizadores. Al final os atraparemos.

–Pero os está costando bastante –señalé.

Powell miró con recelo a los soldados de Shaw. “¿Qué van a hacer? ¿Torturarnos hasta la muerte? ¿Enviar nuestros cuerpos de vuelta como advertencia para los demás?”

–Serás bien tratado –le dije. Seguí su paso mientras él y sus

hombres eran desarmados y escoltados de vuelta a Ciudad del Amanecer-. Lamento lo del Pericles.

-Yo también -estaba a punto de llorar, aunque no sabía si de furia o de pena-. Así que eso eras: un maldito nihilista. Por eso afirmabas tener amnesia. Y pensar que yo creía que eras uno de nosotros.

-Yo era uno de vosotros -dije en voz baja-. Quizá todavía lo sea. No lo sé.

-Es un mal espectáculo, Bastable. Toda China se ha rebelado. Algunas partes de la India se han contagiado de la fiebre, por no hablar de lo que está pasando en el sudeste asiático. Los pobres nativos ignorantes creen que tienen una oportunidad. No la tienen, por supuesto.

-Creo que sí -dije-. Los días del imperialismo están llegando a su fin, al menos tal como los entendemos.

“Si terminan, será para sumergirnos de nuevo en la Edad Oscura. Las grandes potencias han asegurado la paz del mundo durante cien años, y ahora todo ha terminado. Hará falta una década para volver a la normalidad, si es que alguna vez lo logramos”.

-Nada volverá a ser como antes -dije-. Esa paz, mayor, se pagó demasiado caro.

Él gruñó. “Sin duda te han convertido, pero a mí nunca me

convertirán. Preferirías que hubiera guerra en Europa, ¿no?”

“Hace mucho tiempo que debería haber ocurrido una guerra en Europa. Una guerra entre las grandes potencias habría destruido el control que tenían sobre sus pueblos sometidos. ¿No lo ve?”

–No entiendo nada. Me siento como si estuviera presenciando los últimos días del Imperio Romano. ¡Maldita sea! –Hizo una mueca al golpearse el brazo contra un cobertizo.

–Me ocuparé de ese brazo tan pronto como lleguemos a la ciudad –dije.

“No quiero vuestra caridad”, dijo Powell. “Malditos chinos y negros gobernando el mundo; eso es para reírse”.

Lo dejé entonces y no lo volví a ver.

Si antes había dudado sobre mi lealtad, ya no lo hacía. La mueca de desprecio de Powell al despedirse había logrado que me decidiera a ponerme del lado de Shaw de una vez por todas. La máscara de benevolente condescendencia había caído para mostrar el odio y el miedo que se escondían debajo. Cuando regresé a la torre central, Shaw me estaba esperando. Parecía decidido.

“Ese ataque sorpresa determinó algo”, dijo. “El proyecto NFB está completo. Creo que tendrá éxito, aunque no hay

tiempo ni método para probarlo. Haremos lo que hizo esa nave. Partiremos esta noche”.

–Creo que sería mejor que me lo explicaras un poco más claramente –sonreí–. ¿Qué vamos a hacer?

“Las grandes potencias están utilizando los grandes astilleros de dirigibles de Hiroshima como su base principal. Allí es donde van a buscar reparaciones y repuestos. Es el único lugar relativamente cercano donde se les puede realizar un mantenimiento adecuado. También es donde se construyen muchos de los grandes acorazados voladores. Si destruimos esa base, tendremos una flexibilidad de maniobra considerablemente mayor, capitán Bastable”.

–Estoy de acuerdo –dije–. Pero no tenemos suficientes aeronaves para hacerlo, general Shaw. Tenemos muy pocas bombas. Los Fei-chi no pueden volar a esa distancia. Además, existe la posibilidad de que nos avisten y nos derriben cuando abandonemos el Valle del Amanecer o en cualquier punto más allá de él. ¿Cómo podemos hacerlo?

–El proyecto NFB está listo. ¿Hay alguna posibilidad de sacar al Shan-tien esta noche y pasar a los barcos aliados?
–Tenemos las mismas posibilidades que ese barco de llegar aquí –dije–. Si el viento es favorable. –Entonces prepárese para partir, capitán Bastable, al atardecer.

Me encogí de hombros. Era un suicidio. Pero lo haría.

Capítulo XVIII

EL PROYECTO NFB

Al atardecer estábamos todos a bordo. Durante el día se habían producido algunos ataques esporádicos por parte de las aeronaves enemigas, pero no se habían producido daños graves.

“Están esperando refuerzos”, me dijo Shaw. “Y esos refuerzos, según tengo entendido, deberían llegar desde Hiroshima a partir de mañana por la mañana”.

–Será un largo vuelo para nosotros –dije–. No estaremos de regreso por la mañana, incluso si tenemos éxito.

“Luego iremos a Pekín. Ahora está en manos de compañeros revolucionarios”.

Ulianov, Dutchke y Una Persson habían subido a bordo con el general Shaw. “Quiero que lo vean para que lo crean”, me dijo. También estaban a bordo varios científicos que habían supervisado la carga de un objeto bastante grande en nuestra bodega inferior. Eran húngaros, alemanes y estadounidenses de aspecto serio y no me dijeron nada. Pero había un australiano con ellos y le pregunté qué estaba pasando.

Sonrió. “Qué va a apasar, querrás decir. ¡Ja, ja! Alguien debería decírtelo, pero no es mi trabajo. Buena suerte, amigo”.

Y se fue con el resto de sus compañeros científicos.

El general Shaw me rodeó los hombros con el brazo. –No te preocupes, Bastable. Lo sabrás antes de que lleguemos.

–Debe ser una bomba –dije–. ¿Una bomba particularmente potente? ¿Nitroglicerina? ¿Una bomba incendiaria?

“Espera.”

Todos estábamos de pie en el puente del Loch Etive viendo la puesta de sol. El barco –debería llamarlo Shan-tien– no era el transatlántico de lujo que yo había conocido. Le habían quitado todo lo que no fuera esencial y por sus ojos de buey sobresalían los cañones sin retroceso del general OT Shaw. Lo que habían sido cubiertas de paseo eran ahora

plataformas de artillería. Donde los pasajeros habían bailado, se almacenaban municiones. Si nos descubrían, daríamos buena cuenta de nosotros mismos. Recordé aquel estúpido incidente con el “Roughrider” Ronnie Reagan. Si no fuera por él, yo no estaría hoy al mando de este barco, volando en una misión temeraria cuya naturaleza ni siquiera podía adivinar. Parecía que había pasado más tiempo desde mi encuentro con Reagan que desde que me habían arrojado de mi propio tiempo al futuro.

Ulianov se acercó a mí mientras yo estaba frente a mis controles y comenzó a prepararse para soltarse del mástil.

“¿Estás pensativo, jovencito?”

Lo miré a los ojos, viejos y bondadosos. “Me preguntaba qué hacía que un oficial del ejército inglés decente se convirtiera de la noche a la mañana en un revolucionario desesperado”, sonreí.

“A muchos les pasa eso”, dijo. “Los he visto. Pero primero hay que mostrarles tanta injusticia ... Nadie quiere creer que el mundo es cruel, o que la propia especie es cruel. No conocer la crueldad es seguir siendo inocente, ¿no? Y a todos nos gustaría seguir siendo inocentes. Un revolucionario es un hombre que, tal vez, no consigue conservar su inocencia, pero la quiere tan desesperadamente de vuelta que intenta crear un mundo en el que todos sean inocentes de esa manera”.

–Pero ¿puede existir un mundo así, Vladimir Ilich?
–suspiré–. Estás describiendo el Jardín del Edén, ¿sabes? Un sueño familiar, pero ¿realidad? Me pregunto...

“Existe un número infinito de sociedades posibles. En un universo infinito, todas pueden llegar a ser reales tarde o temprano. Sin embargo, siempre depende de la humanidad hacer realidad lo que realmente desea que sea real. El hombre es una criatura capaz de construir casi todo lo que le plazca... o destruir todo lo que le plazca. A veces, a pesar de mi edad, me asombra”, se rió entre dientes.

Le devolví la sonrisa, pensando que él estaría realmente sorprendido si supiera que, en efecto, iyo era mayor que él!

Se hizo de noche y respiré profundamente. Nuestra única luz provenía de los paneles de instrumentos iluminados. Mi intención era llevar el barco hasta tres mil pies y permanecer a esa altura durante el mayor tiempo posible. El viento soplaba en dirección noreste y nos llevaría por el camino que necesitábamos si abandonábamos el valle sin recurrir a nuestros motores.

“Déjadlo escapar”, dije.

Las amarras se soltaron y comenzamos a ascender. Escuché el silbido del viento alrededor de nuestro casco. Vi las luces de Ciudad del Amanecer descender debajo de nosotros.

–Tres mil pies, timonel de altura –dije–. Tómelo con calma. Cuarenta y cinco grados de elevación. Gire el costado de babor hacia el viento, timonel. –Consulté la brújula–. Manténgalo estable.

Todos permanecieron en silencio. Dutchke y Una Persson estaban de pie junto a la ventana, mirando hacia abajo. Shaw y Ulianov estaban cerca de mí, observando instrumentos que no significaban casi nada para ellos. Shaw vestía un traje de algodón azul y fumaba un cigarrillo. Sobre su cabeza lucía ladeado un sombrero de culí de juncos entretejidos. Llevaba un revólver enfundado en el cinturón. Al cabo de un rato empezó a caminar de un lado a otro del puente.

Nos desplazábamos lentamente por las colinas. En cuestión de minutos estaríamos sobre el campamento principal del enemigo y dentro del alcance de su artillería. Si nos avistaban, podrían enviar rápidamente varios barcos y no habría duda alguna sobre el resultado. Volaríamos del cielo, junto con el Proyecto NFB. Con Shaw muerto, dudaba de que Ciudad del Amanecer tuviera la voluntad de continuar la lucha por mucho más tiempo.

Pero por fin el campamento quedó atrás y nos relajamos un poco.

“¿Podemos poner en marcha los motores ya?”, preguntó Shaw.

Negué con la cabeza. –Todavía no. Tal vez dentro de veinte minutos. Quizá más.

“Debemos llegar a Hiroshima antes de que amanezca”.

“Entiendo.”

“Con esos depósitos destruidos, tendrán casi las mismas dificultades que nosotros para reponer su munición, por lo que la lucha será más igualada”.

–Estoy de acuerdo –dije–. Y ahora, general Shaw, ¿puede decirme qué espera utilizar para lograr esa destrucción?

“Está en la bodega inferior”, dijo. “Viste a los científicos subiéndolo a bordo”.

–Pero ¿qué es eso, el Proyecto NFB?

“Me han dicho que es una bomba potente. Sé muy poco más, es extremadamente científica, pero algunos científicos han soñado con fabricarla desde, supongo, principios de siglo. Nos ha costado mucho dinero y varios años de investigación sólo construir una, la de la bodega inferior”.

“¿Cómo sabes que funcionará?”

–No lo sé. Pero si funciona, con una sola explosión destruiría la mayor parte de los astilleros. Los científicos me

dicen que, cuando detone, la explosión será equivalente a varios cientos de toneladas de TNT.

“¡Buen dios!”

“Yo también era incrédulo, pero me convencieron, sobre todo cuando hace tres años casi destruyeron todo su laboratorio con un experimento muy pequeño en ese sentido. Creo que tiene algo que ver con la estructura atómica de la materia. Tenían la teoría de la bomba desde hacía mucho tiempo, pero tardaron años en hacerla funcional”.

–Bueno, esperemos que tengan razón –sonreí–. Si la dejamos caer y resulta que tiene el poder explosivo de un petardo, vamos a parecer muy tontos.

“Es evidente.”

“Y si es tan potente como dices, será mejor que lo mantengamos a una altura suficiente para que las explosiones no sólo se extiendan sino que también se eleven. Deberíamos estar al menos a mil pies sobre el nivel del suelo cuando explote”.

Shaw asintió distraídamente.

Pronto pude poner en marcha los motores y el puente del Shan-tien tembló ligeramente mientras avanzábamos a través de la noche a 240 km/h con el viento a favor. El rugido

de los motores a toda potencia era música para mis oídos. Empecé a animarme y comprobé nuestra posición. No teníamos mucho tiempo que perder. Según mis cálculos, deberíamos llegar a los astilleros de dirigibles de Hiroshima aproximadamente media hora antes del primer indicio del amanecer.

Por un rato todos nos perdimos en nuestros pensamientos, de pie en el puente y escuchando el rápido sonido de los motores.

Fue Shaw quien rompió el silencio.

–Si muero ahora –dijo de repente, expresando una idea que no estaba lejos de la mente de ninguno de nosotros–, creo que he sembrado las semillas de una revolución exitosa en todo el mundo. Los científicos de Ciudad del Amanecer perfeccionarán el Proyecto NFB incluso si esta bomba no tiene éxito. Se construirán más Fei-chi y se distribuirán entre otros revolucionarios. Daré poder al pueblo. Poder para decidir su propio destino. Ya les he demostrado que las grandes potencias no son invencibles, que pueden ser derrocadas. Ya ves, tío Vladimir, es la esperanza y no la desesperación lo que genera una revolución exitosa.

–Tal vez –admitió Ulianov–. Pero la esperanza por sí sola no basta.

“De la explosión de una bomba como la que llevamos

encima surge poder no político. Con esas bombas a su disposición, los oprimidos podrán dictar las condiciones que quieran a sus opresores.”

–Si la bomba funciona –dijo Una Persson–, no estoy segura de que pueda hacerlo. ¿Fisión nuclear, eh? Muy bien, pero ¿cómo se logra? Temo que lo hayan engañado, señor Shaw.

“Ya veremos.”

Recuerdo la sensación de anticipación cuando divisé la oscura costa de Japón contra el brillo del océano iluminado por la luna y una vez más apagamos los motores y comenzamos a dejarnos llevar por el viento.

Preparé los controles que liberarían los pestillos de seguridad de las puertas de carga (los pestillos principales tenían que abrirse a mano) y dejé que la bomba cayera sobre los desprevénidos patios de maniobras de los dirigibles. Vi cintas de luces de una miríada de colores. La ciudad de Hiroshima. Más allá estaban los patios propiamente dichos: kilómetros de cobertizos, mástiles de amarre y muelles de reparación, una instalación casi enteramente dedicada a los dirigibles militares, sobre todo en esa época. Si pudiéramos destruir aunque sea una parte, lograríamos retrasar el asalto a Ciudad del Amanecer.

Recuerdo que me quedé mirando a Una Persson y me pregunté si todavía estaría pensando en la muerte de su

padre. ¿Y qué le preocupaba a Dutchke? Había empezado odiando a Shaw, pero ahora estaba obligado a admitir que el Señor de la Guerra del Aire era un genio y que había logrado lo que muchos otros revolucionarios habían esperado lograr. Ulianov, por ejemplo. Parecía que el anciano apenas se daba cuenta de que su sueño se estaba haciendo realidad. Había esperado tanto tiempo. Supongo que ahora simpatizo con Ulianov más que la mayoría. Había esperado toda su vida la revolución, el ascenso del proletariado, y nunca llegó a verla realmente. Tal vez nunca lo hizo... Shaw se inclinaba hacia delante con entusiasmo mientras volábamos muy por encima de los patios de maniobras. Tenía una mano en la pistolera y un cigarrillo en la otra. Su sombrero amarillo de culí estaba echado hacia atrás y con sus atractivos rasgos euroasiáticos parecía un héroe de novela popular.

Los astilleros estaban iluminados por la luz mientras los hombres trabajaban en los acorazados que debían estar listos para la gran invasión de Ciudad del Alba al día siguiente. Vi los contornos negros de los cascos, vi el resplandor de los sopletes de acetileno. “¿Ya llegamos?” Una vez más, el Señor de la Guerra que había cambiado la historia parecía un colegial emocionado. “¿Son esos los astilleros, capitán Bastable?”

–Son ellos –dije.

–Pobres hombres –dijo Ulianov moviendo la cabeza blanca–. Son sólo trabajadores, como los demás.

Dutchke señaló con el pulgar hacia la ciudad. “Sus hijos nos lo agradecerán cuando crezcan”.

Me pregunté: ¿Mañana habría muchos huérfanos y viudas en Hiroshima?

Una Persson me miró nerviosa. Parecía que había perdido la duda sobre la eficacia de la bomba. “Señor Bastable, según tengo entendido, una bomba de este tipo puede, en teoría, producir una destrucción incalculable. Algunas partes de la ciudad podrían resultar dañadas”.

Sonreí. “La ciudad está a casi dos millas de distancia, señora Persson”.

Ella asintió. “Supongo que tienes razón”. Se acarició el cabello oscuro y prolijo, mirando nuevamente hacia los corredores.

–Llévala a mil pies, Height Cox –dije–. Con cuidado.

Ahora podíamos ver a algunas personas. Hombres que se movían por el hormigón llevando herramientas, trepando a los andamios que rodeaban los enormes acorazados.

–Allí están los astilleros principales –señaló Shaw–. ¿Podemos llevar el barco hasta allí sin electricidad?

“Nos verán pronto, pero lo intentaré. Cinco grados, timonel”.

–Cinco grados, señor –dijo el joven pálido que estaba al timón. El barco crujió ligeramente al virar.

–Prepárate para escapar rápido, Height Cox –le advertí.

“Sí, sí, señor.”

Estábamos en los patios de pruebas. Tomé mi tubo de comunicación.

“Capitán, baje la bodega. ¿Están listas las puertas de carga principales?”

“Listo, señor.”

Presioné la palanca que liberaría los pernos de seguridad.

“Los pernos de seguridad se han aflojado, señor.”

“Prepárense para liberar la carga”.

“A la espera, señor.”

Estaba utilizando un procedimiento que normalmente se utiliza para aligerar el barco en caso de emergencia.

El enorme barco se hundía cada vez más en la noche. Oí una brisa suspirante que se deslizaba por su proa. Una brisa melancólica.

“Artilleros, prepárense para disparar. Devuelvan el fuego si

les disparan”. Esto era por si nos reconocían y nos atacaban. Confiaba en que la gran explosión nos diera tiempo para escapar.

“Todas las armas listas, señor.”

Shaw me guiñó un ojo y se rió entre dientes.

–Preparad todos los motores –dije–. Avancen a toda velocidad en cuanto oigáis el estruendo.

“A la espera, señor.”

“Puertas de carga listas”.

“Listo, señor.”

“Déjadla ir.”

“Se ha ido, señor.”

–Elevación sesenta grados –dije–. Hasta tres mil, Height Cox. Lo hemos logrado.

El barco se inclinó y nos agarramos de los pasamanos mientras el puente se inclinaba abruptamente. Shaw y los demás miraban hacia abajo. Recuerdo muy bien sus caras. Dutchke fruncía los labios y fruncía el ceño. Una Persson parecía estar pensando en otra cosa. Ulianov sonreía levemente para sí mismo. Shaw se volvió hacia mí y sonrió. –Está a punto de estallar. La bomba...

Recuerdo su rostro lleno de alegría cuando una luz blanca cegadora inundó su cuerpo detrás de él, enmarcando a los cuatro en siluetas negras. Se escuchó un ruido extraño, como un único y fuerte latido de corazón. Había oscuridad y supe que estaba ciego. Todo ardía con un calor insoportable. Recuerdo que me pregunté por la intensidad de la explosión. Debió haber destruido toda la ciudad, tal vez la isla. La enormidad de lo que había sucedido se hizo evidente.

“Oh, Dios mío”, recuerdo haber pensado, “ojalá nunca se hubiera inventado el maldito dirigible”.

Capítulo XIX

EL HOMBRE PERDIDO

–Y eso es todo. –La voz de Bastable sonaba áspera y quebrada. Había estado hablando durante casi tres días.

Dejé el lápiz y miré con cansancio las páginas y páginas de notas taquigráficas que registraban su fantástica historia.

–¡De verdad crees que has vivido todo eso! –dije–. Pero ¿cómo explicas que hayas vuelto a nuestra época?

“Bueno, al parecer me recogieron en el mar. Estaba inconsciente, cegado temporalmente y con quemaduras bastante graves. Los pescadores japoneses que me encontraron pensaron que era un marinero que había sufrido un accidente en la sala de máquinas. Me llevaron a Hiroshima y me internaron en el Hospital de Marineros de allí. Me quedé bastante sorprendido cuando me dijeron que era Hiroshima, no me importa admitirlo, ya que estaba

convencido de que el lugar había sido destruido. Por supuesto, pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de que estaba de nuevo en 1902”.

“¿Y qué hiciste entonces?” Me serví un trago y le ofrecí uno que él rechazó.

“Bueno, en cuanto salí del hospital fui a la embajada británica, por supuesto. Fueron muy amables. Dije que tenía amnesia otra vez. Di mi nombre, rango y número de serie y dije que lo último que recordaba era que los sacerdotes de Sharan Kang me perseguían en el Templo del Futuro Buda. Telegrafiaron a mi regimiento y, naturalmente, confirmaron que los detalles que había dado eran correctos. Pagué el pasaje y el billete de tren a Lucknow, donde estaba estacionado mi regimiento. Habían pasado seis meses desde el incidente de Teku Benga”.

“Y tu oficial al mando te reconoció, por supuesto.”

Bastable soltó otra de sus risas breves y amargas. “Dijo que yo había muerto en Teku Benga y que no podría haber sobrevivido. Dijo que, aunque me parecía a Bastable en algunos aspectos, era un impostor. Era mayor y tenía una voz diferente”.

“¿Le recordaste cosas que sólo tú podías recordar?”

“Sí. Me felicitó por los deberes y me dijo que si volvía a intentar algo así, me haría arrestar”.

“¿Y tú aceptaste eso? ¿Y tus familiares? ¿No intentaste ponerte en contacto con ellos?”

Bastable me miró con seriedad. “Tenía miedo. Verás, este no es exactamente el mundo que recuerdo. Estoy seguro de que se corresponde con mi memoria; algo causado por mi paso de un lado a otro en el Tiempo, pero hay pequeños detalles que parecen equivocados...” Miró a su alrededor con una mirada desorientada, como alguien que de repente se da cuenta de que está perdido en un lugar que presumía familiar. “Pequeños detalles...”

–¿El opio, tal vez? –murmuré.

“Tal vez.”

“¿Y por eso tienes miedo de volver a casa? ¿Por si tus familiares no te reconocen?”

–Por eso creo que tomaré esa copa. –Cruzó la habitación y se sirvió un gran vaso de ron. Había agotado su reserva de drogas mientras hablaba conmigo–. Después de que mi comandante me echara (lo reconocí, por cierto), caminé hasta Teku Benga. Llegué hasta el abismo y, efectivamente, todo el lugar estaba en ruinas. Tenía la horrible sensación de que si lograba cruzar ese abismo encontraría un cadáver y sería el mío. Así que no lo intenté. Tenía unos cuantos chelines y compré ropas nativas; mendigé por toda la India, a veces en tren, buscando, al principio, algún tipo de

confirmación de mi propia identidad, alguien que me dijera que realmente estaba vivo. Hablé con místicos que conocí y traté de sacarles algo de sentido, pero no sirvió de nada. Así que decidí que trataría de olvidar mi identidad. Empecé a tragar opio en cualquier forma que pudiera conseguir. Fui a China. A Shantung. Encontré el Valle del Amanecer. No sé qué esperaba que fuera. Era tan hermoso como siempre. Había un pequeño pueblo pobre en él. La gente fue amable conmigo”.

“¿Entonces viniste aquí?”

“Después de algunos otros lugares, sí”.

No sabía qué pensar de aquel hombre. No podía dejar de creer cada palabra de lo que había dicho. La convicción en su voz era muy fuerte.

–Creo que será mejor que vuelvas a Londres conmigo –dije–. Visita a tus parientes. Seguro que te conocen.

–Tal vez –suspiró–. Pero, ¿sabes?, creo que no debería estar aquí. Esa explosión, esa terrible explosión sobre Hiroshima, me sacó de un tiempo al que no pertenecía, y me llevó a otro...

–Oh, tonterías.

–No; es verdad. Estamos en 1903, o en un 1903, pero no es mi 1903.

Creí entender lo que quería decir, pero no podía creer que algo así pudiera ser remotamente cierto. Podía aceptar que un hombre hubiera avanzado en el tiempo y hubiera regresado a su propia época, pero no podía creer que pudiera existir un 1903 alternativo.

Bastable tomó otro trago. “Y rezad a dios para que no haya sido vuestro 1973”, dijo. “¡La ciencia ha llevado a cabo revoluciones salvajes, bombas que pueden destruir ciudades enteras!”. Se estremeció.

–Pero hubo beneficios –dije, vacilante–. Y no estoy seguro de que los nativos que mencionas no fueran, en general, personas adineradas.

Se encogió de hombros. “Diferentes edades hacen que la misma gente piense en términos diferentes. Yo hice lo que hice. No hay nada más que decir. Probablemente no debería hacerlo ahora. Además, hay más libertad en este mundo nuestro, anciano. Créeme, ¡la hay!”

“Está desapareciendo cada día”, dije. “Y no todo el mundo es libre. Admito que ese privilegio existe”.

Levantó la mano para silenciar a los presentes. –No se permiten discusiones de ese tipo, por el amor de dios.

“Está bien.”

–Podrías romper esas notas –dijo–. Nadie te creerá. ¿Por

qué deberían creerlo? ¿Te importa si doy un paseo, tomo un poco de aire fresco, mientras pienso qué hacer? –Sí. Muy bien. Lo vi salir de la habitación con paso cansado y escuché sus pasos en las escaleras. Qué joven tan extraño era.

Revisé mis notas. Dirigibles gigantes, monoferrocarriles, bicicletas eléctricas, teléfonos inalámbricos, máquinas voladoras... todas esas maravillas. No podrían haber sido inventadas por la mente de un joven.

Me acosté en la cama, todavía dándole vueltas al problema, y debí haberme quedado dormido. Recuerdo que me desperté brevemente una vez y me pregunté dónde estaba Bastable, luego dormí hasta la mañana, suponiendo que estaba en la habitación de al lado.

Pero cuando me levanté, Ram Dass me dijo que nadie había dormido en la cama. Fui a preguntarle a Olmeijer si sabía dónde estaba Bastable, pero el gordo holandés no lo había visto.

Pregunté a todos los habitantes del pueblo si se habían topado con Bastable. Alguien me dijo que había visto a un joven tambaleándose por el puerto a altas horas de la noche y supuso que estaba borracho.

Aquella mañana había partido un barco. Quizá Bastable había subido a bordo. Quizá se había arrojado al mar.

No volví a saber nada de Bastable, aunque puse anuncios

para saber de él y pasé más de un año haciendo averiguaciones, pero había desaparecido. ¿Quizá lo habían arrebatado de nuevo a través del tiempo, al pasado o al futuro o incluso al año 1903 al que creía pertenecer?

Y eso fue todo. He mecanografiado todo el manuscrito, lo he puesto en orden, he eliminado repeticiones y algunos comentarios innecesarios que Bastable hizo mientras hablaba. He aclarado todo lo que he podido. Pero, en esencia, este es el relato de Bastable tal como me lo contó.

Nota (1907): Desde que vi a Bastable, por supuesto, los hermanos Wright han conquistado el aire y el globo propulsado se está desarrollando a un ritmo acelerado. La radiotelefonía se ha convertido en una realidad y recientemente he oído que hay varios inventores que experimentan con sistemas de monorraíl. ¿Se está haciendo realidad todo esto? Si es así, por mis propias razones egoístas, espero un mundo cada vez más pacífico y cómodo, porque habré muerto antes de que el mundo vea el holocausto revolucionario que describió Bastable. Y, sin embargo, hay algunas cosas que no coinciden con su descripción. El aparato volador más pesado que el aire ya es una realidad. En Francia y Estados Unidos hay gente que lo pilota e incluso se habla de cruzar el canal en uno de ellos. Pero tal vez estos aeroplanos no duren o no sean capaces de alcanzar velocidades muy altas o de volar de forma sostenida.

He intentado que varios editores se interesaran por la historia de Bastable, pero todos la consideran demasiado fantástica para ser presentada como un hecho y demasiado sombría para ser presentada como ficción. Escritores como el señor Wells parecen tener el monopolio de este tipo de libros. Sólo que ésto es cierto. Estoy seguro de que lo es. Seguiré intentando que se publique, por el bien de Bastable.

Nota (1909): ¡Blériot ha atravesado el canal en avión! Una vez más traté de interesar a un editor en la historia de Bastable y, como muchos otros, me pidió que la modificara: “que incluyera más aventuras, una historia de amor, unas cuantas maravillas más”, fue lo que dijo. No puedo modificar lo que Bastable me contó, así que guardo el manuscrito en el cajón por un año más, tal vez.

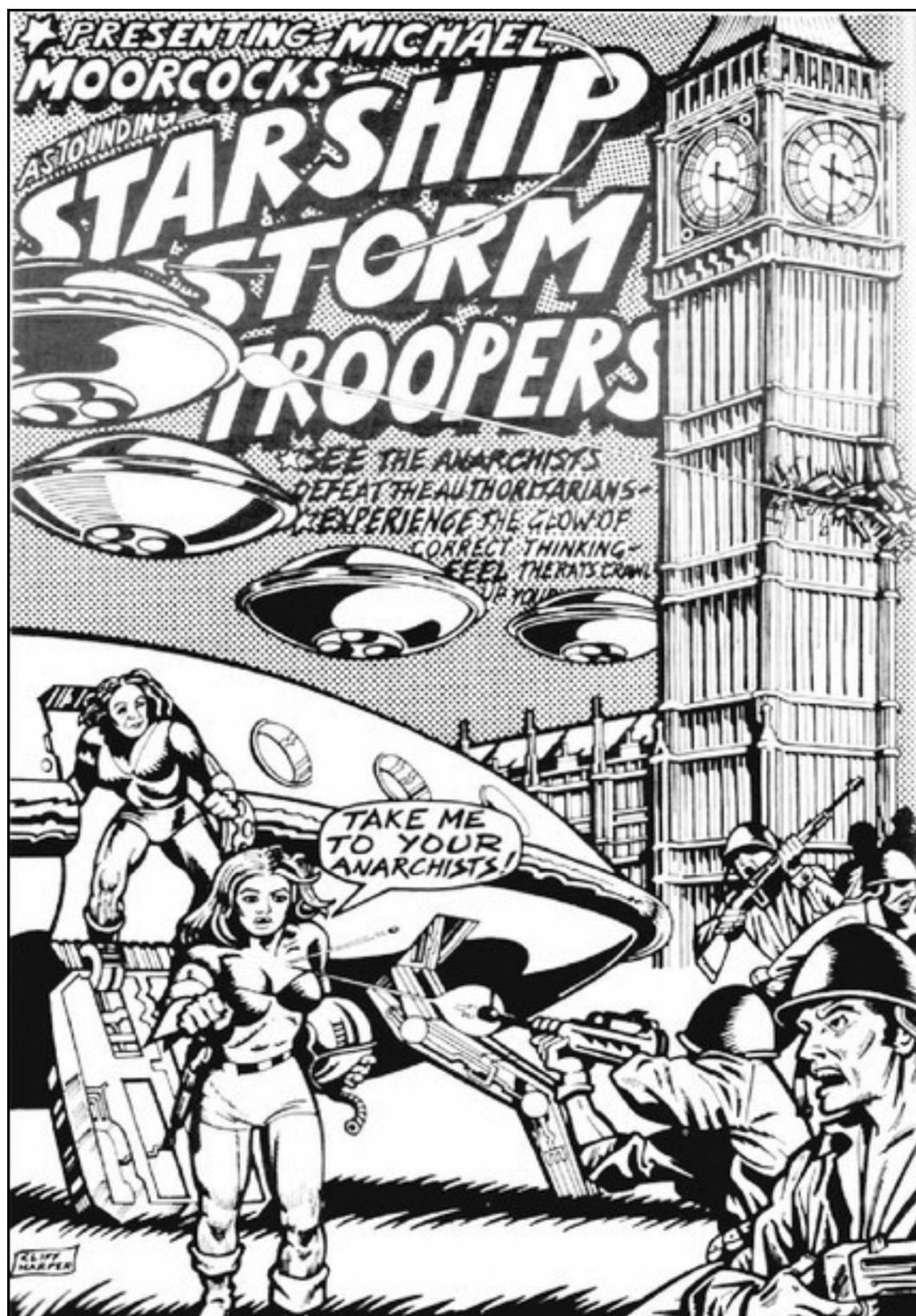
Nota (1910): Me voy a China pronto. Quizá busque el Valle del Amanecer para ver cómo es y tal vez tenga la esperanza de encontrar a Bastable allí. Parecía que le gustaba el lugar y que los habitantes del pueblo, según dijo, lo cuidaban bien. China está llena de revolucionarios en estos días, por supuesto, pero espero estar lo suficientemente a salvo. ¡Incluso podría estar allí cuando se convierta en una república! Sin duda, las cosas están inestables y es probable que los rusos y los japoneses intenten apoderarse de grandes porciones del país.

Si no regreso de China, agradecería que alguien siguiera intentando publicar esto. MCM

NOTA DEL EDITOR: La anterior fue la última nota que mi abuelo hizo sobre el manuscrito, o al menos la última que encontramos. Regresó de China, pero sin duda no encontró a Bastable allí o lo habría mencionado. Creo que debe haber dejado de intentar publicar el libro después de 1910.

Mi abuelo fue a Francia en 1914 y murió en el Somme en octubre de 1916.

Michael Moorcock, 1971.



Apéndice

SOLDADOS DE ASALTO DE LA NAVE ESPACIAL

El autoritarismo en la ciencia ficción

Michael Moorcock

Extraído de:

<https://libcom.org/article/starship-stormtroopers-michael-moorcock>

Todavía hay algunas cosas que me producen una ingenua sensación de estupor cada vez que las experimento: un servicio religioso en el que se realizan los rituales de la superstición de la Edad Oscura sin que los participantes tengan una sensación aparente de incongruencia; un burócrata soviético gordo pontificando sobre la decadencia burguesa; un radical cantando las alabanzas de Robert Heinlein. Si yo estuviera sentado en un tren del metro y todos

los que estuviesen frente a mí estuvieran leyendo *Mi lucha* con evidente disfrute y aprobación, probablemente no me molestaría mucho más que si estuvieran leyendo a Heinlein, Tolkien o Richard Adams. Toda esta ficción visionaria me parece que tiene mucho en común. La ficción utópica ha sido predominantemente reaccionaria de una forma u otra (además de ser predominantemente aburrida) desde sus comienzos. La mayor parte de ella advierte al mundo de la "decadencia" de sus contemporáneos y las alternativas suelen ser autoritarias y extremas, por no decir simplistas. Una mirada a los libros en venta a los clientes de Cienfuegos muestra la misma vieja lista de Lovecraft y Rand, Heinlein y Niven, amados por tantas personas que se horrorizarían si se las acusara de estar suscritos al *Daily Telegraph* o de pertenecer al Monday Club y, sin embargo, leen con toda satisfacción opiniones de escritores que harían parecer los editoriales del Telegraph como si fueran obra de Bakunin y a los miembros del Monday Club como portavoces de la Comuna de París.

Hace algunos años recuerdo haber leído un artículo de John Pilgrim en *Anarchy* en el que afirmaba que Robert Heinlein era un escritor izquierdista revolucionario. A raíz de ese artículo, durante años no pude comprar otro ejemplar. En el pasado me había sentido confundido al escuchar a comunistas de la línea dura ofrecer puntos de vista que estaban en cierto modo en desacuerdo con sus afirmaciones autoritarias, pero nunca esperé escuchar cosas similares de

los anarquistas. Mi experiencia con los aficionados a la ciencia ficción en las convenciones que se celebran anualmente en varios países (principalmente Estados Unidos e Inglaterra) me había enseñado que la mayoría de los asistentes eran reaccionarios (se proclamaban "apolíticos" pero de alguna manera siempre estaban felices de votar a los conservadores y creían que Colin Jordan²⁸ "tenía razón"). Siempre supuse que, por una razón u otra, estos eran excepciones entre los entusiastas de la ciencia ficción. Luego empezaron a surgir los periódicos sobre el tema y me di cuenta de que simpatizaba con la mayoría de sus actitudes, pero una vez más vi que se aireaban los viejos argumentos: Tolkien, CS Lewis, Frank Herbert, Isaac Asimov y el resto. Reaccionarios burgueses hasta el último, apologistas cristianos, criptoestalinistas, eran elogiados en *IT*, *Frendz* y *Oz* y en todas partes por gente cuyos ideales políticos generales creía compartir. Empecé a escribir sobre lo que creía que era el autoritarismo implícito de estos autores y, con frecuencia, me acusaron de reaccionario, elitista o, en el mejor de los casos, de aguafiestas que no podía disfrutar de la buena ciencia ficción por sí misma. Pero aquí estoy de nuevo, a petición de Stuart Christie, para presentar argumentos que ya he presentado más de una vez.

28 John Colin Campbell Jordan fue historiador de la Universidad de Cambridge y figura destacada en el neo-nazismo de posguerra en Gran Bretaña. En los círculos de extrema derecha de la década de 1960, Jordan representó la inclinación más explícitamente "nazi" en su uso abierto de los estilos y símbolos del Tercer Reich.

Durante los años sesenta, al igual que muchas otras publicaciones periódicas, nuestros *New Worlds* (NW)²⁹ creían en la revolución. Nuestro énfasis estaba puesto en la ficción, las artes y las ciencias, porque era lo que mejor conocíamos. Atacamos y fuimos atacados a cambio con los rituales que todos conocemos. Smiths se negó a seguir distribuyendo la revista a menos que "bajáramos" el tono de nuestros contenidos. Nos negamos. Éramos, decían, obscenos, blasfemos, nihilistas, etc., etc. El *Daily Express* nos atacó. Un conservador hizo una pregunta sobre nosotros en la Cámara de los Comunes: ¿por qué se gastaba dinero público (una pequeña subvención del Consejo de las Artes) en semejante basura? Cuento todo esto no sólo para demostrar lo que estábamos dispuestos a hacer para mantener nuestras políticas (finalmente fuimos aniquilados por Smiths y Menzies), sino para señalar que éramos la única revista de ciencia ficción que perseguía lo que podríamos llamar un enfoque decididamente radical, y los aficionados a la ciencia ficción fueron los primeros en atacarnos con auténtica vehemencia. La principal novela que publicamos en el momento álgido de nuestros problemas se titulaba *Bug Jack Barron* (Incordie a Jack Barron), escrita por Norman

29 *New Worlds*, fue una revista británica de ciencia ficción publicada entre 1946 y 1971. En estos 25 años se publicaron 201 números. *New Worlds* ganó un Premio Hugo a la mejor revista profesional, de sus seis nominaciones, en 1957.

Spinrad, que había participado activamente en la política radical de Estados Unidos y había utilizado su historia para mostrar el abuso de la democracia y de los medios de comunicación en ese país. Más tarde escribió una epopeya satírica de espada y brujería, *The Iron Dream* (El sueño de hierro), destinada a mostrar los elementos fascistas inherentes a ese género. El protagonista de esta novela existía, por así decirlo, en una historia alternativa a la nuestra. Su nombre era Adolf Hitler. El libro pretendía señalar la cantidad de autores de ciencia ficción que eran, en cierto sentido, "Hitlers fracasados".

Muchos estadounidenses empezaron a utilizar *NW* como vehículo porque no conseguían que sus historias se publicaran en Estados Unidos. Thomas M. Disch, John Sladek, Harvey Jacobs, Harlan Ellison y otros publicaron gran parte de sus mejores y más controvertidos trabajos en ese momento en *NW*, y los seguidores de Heinlein nos atacaron por "destruir" la ciencia ficción. Esta forma de escapismo se presentaba como una "literatura de ideas" y eso, sosteníamos, no lo era, a menos que *Los boinas verdes* fuera una película profundamente filosófica.

Otro ejemplo: en 1967 Judith Merril, miembro fundador de The Science Fiction Writers of America, ex trotskista convertida en libertaria, propuso que "esta organización compraría espacio publicitario en las revistas de ciencia ficción que condenaran la guerra de Vietnam". Yo estaba allí cuando se propuso esto. Un buen número de miembros

estuvo de acuerdo con presteza, incluidos miembros ingleses como yo, John Brunner, Brian Aldiss, Robert Silverberg y Harry Harrison que estaban entusiasmados, al igual que Harlan Ellison, James Blish y, para ser justos, Frank Herbert y Larry Niven. Pero muchos otros se indignaron con la idea y dijeron que la SFWA "no debería interferir en la política". Bien, dijo Merril, digamos entonces "Los siguientes miembros de la SFWA condenan la participación estadounidense en la guerra de Vietnam, etc." Finalmente, las revistas de ciencia ficción contenían dos anuncios: uno contra la guerra y otro a favor de la participación estadounidense. Entre los partidarios de la guerra figuraban Poul Anderson, Robert Heinlein, Ann McCaffrey, Daniel F. Galouye, Keith Laumer y tantos otros escritores de ciencia ficción populistas. Lo interesante fue que en aquella época muchos de los escritores que apoyaban la intervención de Estados Unidos eran (y en general siguen siendo) los escritores de ciencia ficción más populares en el mundo angloparlante, por no hablar de Japón, la Unión Soviética, Francia, Alemania, Italia y España, donde un buen número de lectores de ciencia ficción se consideran radicales. Uno o dos de estos escritores (tanto británicos como estadounidenses) son queridos amigos míos y son personas curiosamente amables y valientes de considerable integridad, pero sus declaraciones políticas (si no siempre, por supuesto, sus acciones) son repugnantes. A la mayoría de las personas hay que juzgarlas por sus acciones más que por sus comentarios, que a menudo son sorprendentemente contradictorios. A los

escritores, cuando escriben, sólo se los puede juzgar por la sustancia de su obra. La mayoría de los escritores de ciencia ficción más populares entre los radicales son, en general, criptofascistas. Está Lovecraft, el racista misógino; está Heinlein, el militarista autoritario; está Ayn Rand, la rabiosa oponente del sindicalismo y de la izquierda, que, como muchos reaccionarios antes que ella, ve los problemas del mundo como un fracaso de los capitalistas a la hora de asumir las responsabilidades de un "buen liderazgo"; está Tolkien y ese grupo de fantasiosos cristianos de clase media que constantemente cantan alabanzas a las virtudes burguesas y cuyos villanos son agitadores de clase trabajadora apenas disfrazados –el miedo a la turba impregna sus romances rurales–. Para todos ellos y más, la clase trabajadora es una bestia sin mente que debe ser controlada o arrasará el mundo (es decir, la seguridad burguesa); la respuesta es siempre el liderazgo, la "decencia", el paternalismo (Heinlein es particularmente firme en esto), los valores cristianos...

¿Qué puede tener todo esto en común con los radicales de cualquier orientación? La respuesta sencilla es, tal vez, el romance. La línea divisoria entre el romance de derechas (insignias y mitos nazis, etc.) y el romance de izquierdas (caballería insurgente, etc.) no siempre es fácil de determinar. Una imagen conmovedora es una imagen conmovedora y puede emplearse para despertar en nosotros todo tipo de emociones atávicas o infantiles. La ficción

escapista o "de género" apela a estas emociones. No nos hace ningún daño escapar de vez en cuando, pero puede ser peligroso confundir la ficción simplificada con la realidad y eso, por supuesto, es lo que hace la propaganda.

El héroe bandido, el rebelde desvalido, se convierte con mucha frecuencia en tirano político, ¡y eso nos deja perplejos! Estas figuras atraen a nuestro yo infantil; lo que resulta perjudicial en la vida real es que suelen ser inmaduros, sin autodisciplina, y que a menudo sobreviven gracias a su "encanto". La ficción les permite seguir siendo, como el Zorro o Robin Hood, siempre encantadores. En la realidad se vuelven petulantes, infantiles, y se basan en una mezcla de amenazas y súplicas autocompasivas, como cualquier bebé. Con demasiada frecuencia, son las figuras revolucionarias en las que ciframos nuestras esperanzas, a las que a veces encomendamos nuestras vidas y a las que a veces tratamos de imitar, porque no logramos distinguir entre los hechos y la ficción. En realidad, con demasiada frecuencia son los hombres pequeños y fanáticos con rostros y posturas de oficinistas neuróticos los que llegan al poder, mientras que los héroes carismáticos, si tienen suerte, mueren gloriosamente, dejándonos con la impresión de que, mientras los hemos estado siguiendo e imitando, un nuevo zar se ha colocado en una posición de poder y el Terror ha regresado con venganza mientras nosotros hemos estado utilizando todas nuestras energías para vivir una mentira romántica. Los héroes nos traicionan. Al tenerlos, en la vida

real, nos traicionamos a nosotros mismos. Los héroes de Heinlein y Ayn Rand son siempre competentes, siempre tienen razón: son oráculos y protectores, padres mágicos (siempre que obedezcamos sus reglas). Están dispuestos a aceptar las responsabilidades que preferiríamos no tener. Son "líderes". La ciencia ficción tradicional es ficción heroica a gran escala, pero sólo cuando se presenta como una ficción de ideas se vuelve completamente perniciosa. En su forma más espectacular, nos presenta a Charlie Manson y la Cienciología (inventada por el escritor de ciencia ficción Ron Hubbard y un sistema autoritario que rivaliza con el del Papa). Disfrutarla es una cosa, pero proclamarla como "radical" es otra muy distinta. Es bastante carente de imaginación; suele estar mal escrita; sus personajes son cifras; su propaganda es simplista y conservadora: el opio de la vieja escuela que podría estar diseñado específicamente para tratar con el revolucionario en potencia.

En un escritor como Lovecraft, el terror al sexo se combina a menudo (o se confunde) con el terror a las masas, a la multitud "fea". Pero esto es tan común en tanta ficción de "terror" que no vale la pena discutirlo. Lovecraft es morboso. Su obra se equipara a ese romanticismo negativo que encontramos en gran parte del arte nazi. Era un antisemita y misántropo confuso, un promotor de ideas antirracionalistas sobre el "instinto" racial que tienen mucho en común con *Mein Kampf* (Mi lucha). Partidario acérrimo del "arianismo", odiador de las mujeres, acabó casándose con una judía (lo

que podría o no haber sido una señal de esperanza; no tenemos su opinión sobre el asunto). Lovecraft nos atrae principalmente cuando nosotros mismos nos sentimos morbosos. Aparte de su escritura ofensivamente horrible y la consiguiente incapacidad para describir sus horrores (dejándonos a nosotros hacer el trabajo –el secreto de su éxito– ¡todos somos mejores escritores que él!), rara vez es tan aterrador, por implicación, como la mayoría de los otros escritores muy populares cuyas preocupaciones no son las "cosas que hacen ruido", sino las versiones idealizadas de la sociedad. No hay un gran paso, por ejemplo, del Freehold (propiedad vitalicia) de Farnham al Lebensraum (espacio vital) de Hitler.

Debo admitir que no sigo una línea crítica debidamente argumentada. Argumento partiendo de la base de que mis lectores están familiarizados al menos con algunos de los libros y autores que menciono. Ataco estos libros porque son la lectura favorita de tantos radicales. Ataco los libros no por su fascinación superficial con sistemas sociales cuasi medievales (a la Frank Herbert). La ficción sobre reyes y reinas no es necesariamente ficción monárquica, como tampoco es probable que la ficción sobre anarquistas sea ficción libertaria. Como escritor, he producido una buena cantidad de romances fantásticos en los que reyes y reinas, señores y damas, figuran en gran medida, pero soy un antimonárquico declarado. *Catch 22*³⁰ nunca me pareció

30 Trampa 22 (título original en inglés: *Catch-22*) es una novela satírica

partidaria del militarismo. Y el hecho de que muchos de los personajes de Heinlein sean soldados o ex soldados no implica automáticamente que él deba estar a favor de la guerra. Depende del uso que se haga de esos personajes en una historia y de lo que, en última instancia, se esté diciendo.

Julio Verne, en *El hombre sin amo* (El ácrata de la Magallania), puso algunos sentimientos bastante decentes en boca de Kaw-djer, el anarquista, y sus mejores personajes, como el Capitán Nemo, son "rebeldes" amargados que se han retirado de la sociedad. Incluso los anarquistas aéreos de *El ángel de la revolución* de George Griffiths tienen algo que decir de ellos, a pesar de todo su autoritarismo inherente, pero son esencialmente "proscritos" románticos y las opiniones que expresan no son sofisticadas ni siquiera para los estándares de la década de 1890.

HG Wells no fue el "padre" de la ciencia ficción, al igual que Julio Verne. Heredó una tradición que se remontaba a unos treinta o cuarenta años atrás, en la forma que él mismo utilizó, y a varios siglos, en la forma del romance utópico. Sin embargo, lo inusual en Wells es que fue uno de los primeros radicales de su tiempo en tomar los elementos del romance científico y combinarlos con imágenes poderosas y

antibelicista de ficción histórica escrita por Joseph Heller y publicada en 1961.

elocuentes para crear alegorías bunyanescas³¹ como *La máquina del tiempo* o *El hombre invisible*. Wells no hizo que sus personajes hablaran sobre el socialismo³². Mostró los resultados del capitalismo, el autoritarismo, la superstición y otros males y, como era un escritor mucho mejor que la mayoría de los que han escrito ciencia ficción antes o después, expuso sus argumentos con considerable claridad. Morris había sido prolijo y retrógrado. Wells tomó las técnicas de Kipling y predicó su propia versión del socialismo. Hasta Wells –el escritor más talentoso, original e inteligente de su clase– casi toda la ciencia ficción se había dedicado a atacar la «decadencia» y la falta de preparación militar, instando a nuestros líderes a adoptar una línea moral más firme y a nuestros ejércitos a reequiparse y conseguir mejores oficiales. En general, este fue el tono de gran parte de la ciencia ficción que siguió a Wells, desde los efectivos pero reaccionarios *With the Night Mail*³³ y *As Easy as ABC*³⁴ (controladores aéreos paternalistas cuyos rayos apaciguan a «la turba») de Kipling hasta los relatos de John Buchan,

31 John Bunyan fue un escritor y predicador inglés famoso por su novela *El progreso del peregrino*.

32 Salvo quizá, en su novela *Hombres como dioses* en que dibuja una sociedad socialista de modalidad anarquista.

33 "Con el correo nocturno" es una novela de ciencia ficción de 1909 de Rudyard Kipling.

34 "Tan fácil como el ABC" es una novela corta de ciencia ficción escrita por Rudyard Kipling. La historia se desarrolla en el año 2065, cuando el mundo está gobernado por un gobierno global llamado el "Consejo Mundial".

Michael Arlen, William Le Quex, E. Phillips Oppenheim y cientos de otros que, predominantemente, seguían a Kipling al advertirnos de los peligros del socialismo, los matrimonios no mixtos, el amor libre, los complots anarquistas, las conspiraciones sionistas, el peligro amarillo, etcétera. Ni siquiera Jack London era lo que podríamos llamar un libertario en toda regla, como tampoco lo fue Wells cuando jugueteó con sus ideas de un cuerpo de élite de "samurais" que en realidad no eran muy diferentes de cómo se veían a sí mismos los miembros del Partido Comunista Soviético o de cómo se los describía en la ficción y la propaganda oficiales. La naturaleza cuasirreligiosa de la ciencia ficción (que describo en una colección de ciencia ficción anterior a la Primera Guerra Mundial, *Before Armageddon* [Antes del Armagedón]) estaba produciendo en general sustitutos cuasirreligiosos (una variedad de teorías socialistas y fascistas autoritarias). Algunos atacaron las teorías de los dictadores emergentes (*Swástica Night* [La noche de la esvástica], de Murray Constantine, 1937, parecía pensar que el cristianismo podía vencer a Hitler, pero por lo demás es una proyección bastante incisiva del nazismo varios cientos de años después). En general, el mundo que tuvimos en los años treinta era el mundo que los escritores de ciencia ficción de la época esperaban que tuviéramos: "líderes fuertes" que remodelaran las naciones. La realidad de estos líderes-héroes no fue, por supuesto, exactamente la que se había imaginado (las manifestaciones de Núremberg y el programa Fuerza a través de la alegría, tal vez), pero la Noche

de los Cristales Rotos y los hornos de gas parecieron ir un poco demasiado lejos.

Al menos las revistas pulp estadounidenses como *Amazing Stories* y *Thrilling Wonder Stories* no nos ofrecían, en general, un "liderazgo" de alto perfil: sólo la buena y antigua mezcla de racismo/militarismo/nacionalismo/paternalismo implícito llevado unos cientos de años hacia el futuro o unos millones de años luz en el espacio (EE Smith sigue siendo hasta el día de hoy uno de los escritores más populares de esa época).

John W. Campbell, a finales de los años treinta se hizo cargo de *Astounding Science Fiction Stories* y creó lo que muchos creen que fue una gran revolución en el desarrollo de la ciencia ficción, fue el principal creador de la escuela conocida por los aficionados como ciencia ficción de la "Edad de Oro" y escrita por personajes como Heinlein, Asimov y AE Van Vogt, paternalistas de ojos desorbitados, feroces antisocialistas, cuya obra reflejaba el conservadurismo profundamente arraigado de la mayoría de sus lectores, que veían una amenaza bolchevique en cada esquina. Creían, al igual que los autoritarios de todas partes, que los radicales querían hacerse con el poder político a la antigua usanza, convertir el mundo en una masa uniforme de "trabajadores" con ellos (los radicales) como comisarios políticos. Nos ofrecían esas visiones cuando intentaban cualquier discusión abierta sobre política. Eran tan izquierdistas como el *National Enquirer* o el *Saturday Evening Post* (donde

aparecían ocasionalmente sus artículos). Eran xenófobos, presumidos y confiados en que el sistema capitalista florecería en todo el universo, aunque, por supuesto, estaban en contra de los dictadores y de la peor clase de explotadores (ya no judíos, pero a menudo todavía "extraterrestres"). El individualismo rudo era el concepto político más sofisticado que podían manejar: en la tradición pulp, el Código de Occidente se convirtió en el Código de la Frontera Espacial, y un capitán de nave espacial tenía que hacer lo que un capitán de nave espacial tenía que hacer...

La guerra ayudó. Proporcionó tipos de personajes y una buena cantidad de términos tecnológicos que sonaban autoritarios y que podían aplicarse tanto al hardware científico como a los problemas sociales y que sonaban tranquilizadoramente "expertos". Estos tipos tenían el tono de Vietnam veinte años antes. De hecho, a menudo se ha demostrado que la ciencia ficción proporcionó gran parte del vocabulario y la atmósfera para la tecnología militar y espacial estadounidense (una máquina manipuladora "Waldo" es un nombre tomado directamente de un cuento de Heinlein). *Astounding* se llenó de tipos competentes, con el pelo al rape, que hacían chistes y mascaban puros (como la imagen que Campbell tenía de sí mismo). Pero Campbell y sus escritores (que se consideraban una especie de equipo unificado) no estaban produciendo westerns. Afirmaban estar produciendo una ficción de ideas. Estos tipos competentes sugerían cómo debería gobernarse el mundo.

A principios de los cincuenta, *Astounding* se había convertido, para casi cualquier estándar, en una revista criptofascista profundamente filisteas que pretendía intelectualismo y ofrecía a los chicos idealistas una "alternativa" que, por supuesto, no era una alternativa en absoluto. Durante los años cincuenta, Campbell utilizó su revista como propaganda de las ideas que promovía en sus editoriales. Sus escritores, en general, eran entusiastas. Aquellos que no lo eran se alejaron de él, perturbados por su disposición cada vez más mesiánica (Alfred Bester da buena cuenta de esto). A lo largo de los años, Campbell promovió la Cienciología mística y cuasi científica (propuesta por primera vez por uno de sus escritores habituales, L. Ron Hubbard, y presentada por primera vez en *Astounding* como "Dianética: La nueva ciencia de la mente"), una máquina de movimiento perpetuo conocida como "Dean Drive", una serie de planes para garantizar que las autopistas no fueran "maltratadas" y docenas de otras nociones a medias, todas en el contexto del pensamiento de la guerra fría. También, cuando se enfrentó a los disturbios de Watts³⁵ a mediados de los años sesenta,

35 Los disturbios de Watts fueron una serie de disturbios sociales acontecidos entre el día 11 de agosto de 1965 y el 17 de agosto de 1965 en el vecindario de Watts, en Los Ángeles, California.

Los disturbios comenzaron luego de que el motociclista Marquette Frye, un afroamericano de 21 años, fuera arrestado por conducir en estado de ebriedad. La familia de Frye se resistió al arresto, comenzando un altercado que rápidamente atrajo al resto de la comunidad. Los roces entre los lugareños y la policía aumentaron hasta desembocar en saqueos generalizados que duraron seis días, causando 34 muertes, 1.032 heridos, y la destrucción de propiedades valoradas en cerca de 40 millones de dólares

afirmó seriamente y llegó a proponer que había esclavos "naturales" que no eran felices si eran liberados. En 1965, participé en un panel con él, en el que señalaba que la abeja obrera, cuando no puede trabajar, muere de miseria; que los mujiks, cuando son liberados, acuden a sus amos y les suplican que los esclavicen de nuevo; que los ideales de los antiesclavistas que lucharon en la Guerra Civil no son más que expresiones de interés personal y que los negros están "en contra" de la emancipación, razón fundamental por la que se entregaron a disturbios "sin líderes" en los suburbios de Los Ángeles. Me quedé sin palabras (de hecho, dije cuatro palabras en total: "ciencia ficción", "psicología", "Jesucristo"); antes de desplomarme, dejé que John Brunner hiciera una fría demolición de los argumentos de Campbell, lo que hizo que el editor invocara a Dios en apoyo de sus puntos de vista; una experiencia mucho más intensa para mí que ver *Doctor Strangelove*³⁶ en el cine.

Starship Troopers (Tropas del espacio, serializada en Astounding, como la mayor parte de la ficción de Heinlein hasta principios de los años sesenta) fue probablemente la última serie de ciencia ficción "directa" de Heinlein para Campbell antes de que comenzara con sus libros "serios", como *Farnham's Freehold* (Los dominios de Farnham) y *Stranger in a Strange Land* (Forastero en tierra extraña), que

(según otras estimaciones, de 50 a 100 millones).

36 Película de Stanley Kubrick, titulada en castellano *Teléfono rojo ¿volamos hacia Moscú?*

tomaban los personajes simplificados de la ficción de género y producían algunas de las personas más ridículamente improbables que jamás hayan aparecido impresas. En *Starship Troopers* encontramos a un cadete ligeramente rebelde que aprende gradualmente que las guerras son inevitables, que el ejército siempre tiene razón, que su deber es obedecer las reglas y proteger a la raza humana contra la amenaza alienígena. Es un Ford degradado sacado de Kipling y sentó las pautas para las historias paternalistas, xenófobas (pero igualmente sentimentales) más ambiciosas de Heinlein, que para mí se volvieron cada vez más hilarantes hasta que me di cuenta, con cierta sorpresa, de que la gente las tomaba tan en serio como, por ejemplo, *La rebelión de Atlas*³⁷ una generación antes... ¡cientos de miles! Era bastante fácil entender que la clase media estadounidense pudiera considerar esas cosas como "radicales". Me di cuenta una y otra vez de que los partidarios de la Brigada de la Ira estaban entusiasmados con Heinlein, que gente con la que creía compartir principios libertarios se excitaba con todos los escritores paternalistas y burgueses que alguna vez me habían dado escalofríos. Todavía no puedo entenderlo del todo. Ciertamente, no puedo dudar de la sinceridad de su idealismo. Pero ¿cómo se equipara eso con su celebración de escritores como Tolkien y Heinlein? La clave podría estar en la propia vaguedad de la prosa, que permite una interpretación liberal; podría ser que las cifras que utilizan en

37 Novela de Ayn Rand que abogaría por el neoliberalismo.

lugar de caracteres sean capaces de sugerir un significado completamente diferente a ciertos lectores. Para mí, su lectura ingenua y emblemática de la sociedad es fundamentalmente misantrópica y, por lo tanto, antilibertaria. Nos enfrentamos, una vez más, a una cuasi-religión, presentada ante nosotros como radicalismo. En el mejor de los casos, es la filosofía del Oeste aplicada a los complejos problemas sociales del siglo XX: es el reaganismo, es John Wayne en *Big John Maclean* y *Los boinas verdes*, es George Wallace y Joe McCarthy; en su forma más refinada, es William F. Buckley Jr., quien, ya mucho más sofisticado que Heinlein, sigue siendo bastante simple de mente.

El individualismo rudo también va de la mano de una fuerte fe en el paternalismo –aunque un paternalismo tolerante y algo distante– y muchos libertarios, por lo demás agudos, parecen no ver nada en la moralidad de una película del Oeste de John Wayne que entre en conflicto con sus opiniones. El paternalismo de Heinlein es, en el fondo, el mismo que el de Wayne. En última instancia, es una especie de militarismo tolerante que favorece al soldado profesional veterano –la cadena de mando es compleja–, muchas responsabilidades adultas pueden dejarse en manos de esa cadena siempre que se respeten unas reglas amplias, pero firmemente impuestas, desde "arriba". Heinlein es el hombre de Eisenhower y sus opiniones me parecen más perniciosas que el comunismo cristiano infantil de *Regreso a*

la tierra, con su misticismo y su odio a la tecnología. Ser anarquista, sin duda, es rechazar la autoridad, pero aceptar la autodisciplina y la responsabilidad comunitaria. Ser un individualista acérrimo como Heinlein y otros es ser para siempre un niño que debe obedecer, encantar y engatusar para ser tolerado por un padre benigno y omnisciente: Rooster Coburn arrastrando los pies delante de un juez al que respeta por su cargo (pero no necesariamente por sí mismo) en *True Grit*³⁸.

Un anarquista no es un niño salvaje, sino un adulto maduro y realista que se impone normas de conducta y las modifica según su experiencia de vida y su interpretación del mundo. Un "rebelde", por supuesto, no asume un "encanto rebelde" para aplacar a la autoridad (que es lo que hacen los héroes rebeldes de todas estas historias del género). Siempre llega el momento deprimente en que Robin Hood se quita el sombrero y se arrodilla ante el rey Ricardo, después de haber golpeado al rey rival. Este tipo de paternalismo implícito se ve en gran relieve en la serie de *Star Wars*, *La guerra de las galaxias*, actualmente popular, que también presenta un antirracionalismo algo inquietante en su "Fuerza" cuasirreligiosa que une a los Caballeros Jedi (¿volvemos a los "samurai" de Wells?) y de cuyo poder pueden sacar provecho, como una santa hermandad, una banda de Caballeros Templarios. *Star Wars* es un ejemplo puro del

38 Película de los hermanos Coen conocida como *Valor de ley* en España y *Temple de acero* en Hispanoamérica.

género en su estructura implícita: cuasi-niños, que luchan por una autoridad paternalista, triunfan al final y permanecen tímidamente ante la princesa mientras les colocan medallas alrededor del cuello.

La Guerra de las Galaxias transmite los mensajes paternalistas de casi toda la ficción de aventuras genérica (¡que la Fuerza nunca llegue a tu puerta a las tres de la mañana!) y tiene todos los personajes adecuados. Eleva el "instinto" por encima de la razón (un elemento fundamental de la doctrina nazi) y promueve una especie de romanticismo sentimental atractivo para los jóvenes e idealista, al tiempo que protege las instituciones existentes. La esencia de un género es que sigue promoviendo ciertas ideas implícitas incluso si el autor no es consciente de ellas. En este caso, el público también parece no ser consciente de ellas con frecuencia.

Fue Alfred Bester quien me atrajo por primera vez a la ciencia ficción. Había leído algo de fantasía y a Edgar Rice Burroughs antes de eso, pero pensé que si *Las estrellas, mi destino* (también traducida al castellano como *¡Tigre! ¡Tigre!*) era ciencia ficción, entonces esta era la ficción para mí. Me llevó algunos años darme cuenta de que Bester era una de las pocas excepciones. Al final de *Las estrellas, mi destino*, el autodidacta, de clase trabajadora, "escoria de las rutas espaciales", Gully Foyle, entra en posesión de la sustancia conocida como PyrE, capaz de detonar con un pensamiento y probablemente destruir el sistema solar

como mínimo. La trama ha girado en torno a los intentos de varias personas poderosas de hacerse con la sustancia. Foyle la tiene. Se presentan argumentos morales o persuasiones enérgicas contra él para que entregue PyrE a una agencia "responsable". Al final, esparce la sustancia entre "la turba" del sistema solar. Aquí tienes, dice, es tuya. Es tu destino. Haz con ella lo que creas conveniente.

Esta es una de las pocas novelas de ciencia ficción "libertarias" que he leído. Si no la hubiera leído, dudo mucho que hubiera leído más. Es una maravillosa historia de aventuras. Tiene un héroe que pasa de ser un hombre analfabeto y completamente estupefacto a ser un individuo brillante y maduro que se venga primero de quienes le han hecho daño y luego desarrolla gradualmente lo que podríamos llamar una "conciencia política". No conozco ningún otro libro de ciencia ficción que combine tan a la perfección el romance con un idealismo que para mí es casi totalmente aceptable. Probablemente sea significativo que disfrute de un éxito relativamente pequeño en comparación con, por ejemplo, *Extranjero en tierra extraña*.

Dejando de lado el muy digno pero a mi entender periodístico libro *Los Desposeídos* de UK Le Guin, me resulta bastante difícil encontrar muchos otros ejemplos de libros de ciencia ficción que, por así decirlo, "promuevan" ideas libertarias. M. John Harrison es anarquista. Sus libros están

llenos de anarquistas, algunos de ellos muy extraños, como los estetas anarquistas de *The Centauri Device* (El dispositivo Centauri). Típico de la escuela de *New Worlds*, se lo podría describir como un anarquista existencial. Está Brian Aldiss con su visión de *Barefoot in the Head* (A cabeza descalza) de una Europa "bombardeada" con LSD, casi totalmente liberada y desarrollando nuevas y extrañas costumbres. Están las "ironías terminales" de JG Ballard, como *La exhibición de atrocidades*, *Crash*, etc., que le han valido críticas de "nihilismo". Está el maravilloso *El hombre hembra* de Joanna Russ. Tan poca ciencia ficción tiene valores humanitarios fundamentales, y mucho menos ideales libertarios, que es difícil encontrar otros ejemplos. Supongo que mi propio gusto a veces está en desacuerdo con mis opiniones políticas. Admiro a Barrington J. Bayley, cuyas historias son a menudo extremadamente abstractas. Uno de sus libros más agradables publicados recientemente es *El alma del robot*, que analiza la naturaleza de la identidad individual. Charles L. Harness es otro de mis favoritos. *La rosa*, en particular, carece de las simplificaciones de la mayoría de la ciencia ficción, y *Los hombres paradójicos*, con su sentido de la naturaleza del Tiempo, su héroe ladrón, sus referencias irónicas a la América Imperial, es muy entretenido. También tengo debilidad por CM Kornbluth, quien, en mi opinión, tenía una conciencia política bastante más fuerte de lo que se permitía, por lo que sus historias a veces son confusas, ya que intenta mezclar las ideas de la clase media estadounidense con su propio radicalismo. Uno

de mis favoritos (aunque estructuralmente es un poco débil) es *El Síndico* (sobre una sociedad donde una mafia bastante benigna es primordial).

Fritz Leiber es probablemente el mejor de los escritores de ciencia ficción norteamericanos de más edad por su estilo en prosa, su ingenio y su humanidad, así como por su permanente desprecio por el autoritarismo. Su libro *Hágase la oscuridad* es uno de los mejores libros de ciencia ficción que relaciona el poder político con el poder religioso (también se publicó por entregas en Astounding durante los años cuarenta). John Brunner, autor de la canción de marcha de la Comisión Nacional de Derechos Humanos *Bomb's Thunder* (Tormenta de bombas), a menudo escribe desde un punto de vista claramente socialista. Harlan Ellison, que durante algún tiempo tuvo vínculos con una pandilla callejera de Nueva York y que se ha identificado durante muchos años con el radicalismo en los EE. UU., escribe muchos cuentos cortos cuyos héroes no tienen nada que ver con la autoridad de ningún tipo, aunque las convenciones del género a veces se interponen en el camino de los mensajes esenciales de sus historias. Esto tiene que ser cierto para la mayoría de la ficción de género. La mejor obra de Ellison está escrita fuera del género de ciencia ficción. Philip K. Dick, John Sladek, Thomas M. Disch, Joanna Russ...

En mi opinión, uno de los mejores ejemplos de ficción imaginativa que se ha oído en Inglaterra desde la guerra es *The Exploits of Engelbrecht* (Las hazañas de Engelbrecht), de Maurice Richardson, escrita en los años cuarenta y recientemente reeditada por John Conquest (disponible en Compendium Books). Estas «Crónicas del Club de deportistas surrealistas» son piezas soberbiamente lacónicas, que concentran más invención original en menos palabras que casi cualquier otro escritor que pueda imaginar. Eclipsan, para mí, a casi cualquier otra obra remotamente parecida, incluidas las historias de Borges y otros escritores imaginativos muy admirados. Richardson pasa rápidamente de una idea a otra, utilizando una prosa hermosamente disciplinada. Tiene la ventaja de ser un gran ironista y eso me resulta más agradable. Este estilo puede convertirse en una de las armas más convincentes del arsenal literario y a menudo me asombra la habilidad con la que Kipling influyó en generaciones de escritores al disfrazar sus nociones autoritarias con esa prosa soberbia, objetiva y ligeramente irónica. Muchos escritores, no necesariamente de la misma opinión que Kipling, lo han utilizado desde entonces. Encontramos una versión degradada de él en los thrillers de derechas y las novelas de ciencia ficción de nuestros días. Probablemente sea este "tono" (empleado para sugerir la decencia básica y el sentido común del escritor) lo que permite a mucha gente aceptar ideas que, expresadas de otra manera, les repugnarían. Sin embargo, lo que a Heinlein o Tolkien les falta es cualquier rastro de autoburla real. Son

los conservadores urbanos de la naturaleza. Te pasarán el brazo por los hombros y te dirán que sus ideas también son bastante radicales, en realidad; que solían ser tragafuegos en su juventud; que hay diferentes maneras de lograr el cambio social; que hay que ser realista y pragmático. La próxima vez que lea un libro de Heinlein, piense en el autor como si se pareciera un poco al general Eisenhower o, si esa imagen no le resulta lo suficientemente inmediata, como si fuera un tipo de mediana edad, atractivo de una manera un poco suave, con canas en las sienes, corbata azul, un sobrio traje de tres piezas, que le dice con una sonrisa tranquila que Margaret Thatcher se preocupa por el individualismo y la oportunidad por encima de todas las cosas, tan apasionadamente a su manera como usted a la suya. Y entonces podrá tener una idea de lo que está a punto de leer.

Michael Moorcock, mayo de 1977, Ladbroke Grove



FREEDOM ENTREVISTA A MICHAEL MOORCOCK

Esta entrevista de 1988 con el conocido autor de ciencia ficción y fantasía realizada por Paul Morrison aborda sus puntos de vista sobre la censura, el anarquismo y la dirección de la ciencia ficción tal como la veía en ese momento.

Freedom: ¿Cómo ve el desarrollo de su obra desde su primera etapa, pasando por “Espada y brujería” y la ciencia

ficción, hasta las novelas del Coronel Pyatt, su no ficción y su obra actual?

Michael Moorcock: Tu primera pregunta... es un poco complicada, en realidad. En cierto modo, aunque mi técnica ha evolucionado, mis intereses siguen siendo prácticamente los mismos. La primera novela que escribí fue, de hecho, la búsqueda de una novela titulada "The Hungry Dreamers" ambientada en el Soho y, afortunadamente, perdida. Creo que un poco de ella apareció en un fanzine a principios de los años 60 y yo escribía todo tipo de ficción desde muy temprana edad, al mismo tiempo que leía todo tipo de ficción.

Nunca estuve particularmente obsesionado con un tipo de ficción. Leí novelas sociales, obras de teatro, clásicos, cuentos para chicos de Frank Richards, PG Wodehouse, una gran cantidad de thrillers populares y similares, y BF Benson, por ejemplo, los libros de David Blaize y los de Mapp & Lucia, etc. Leí mucha comedia y, aunque Edgar Rice Burroughs, la "Espada y brujería" y la fantasía me entusiasmaban mucho, no representaban más que un porcentaje relativamente pequeño de lo que leía.

Todavía no he leído muchas de las llamadas historias clásicas de ciencia ficción. La mayoría de ellas me resultan ilegibles, de hecho. La mayoría de la ciencia ficción me resulta ininteligible, la mayoría de las novelas de espada y brujería me resultan ilegibles, al igual que la mayoría de las

historias de detectives me resultan incomprensibles. Como ya he dicho en otras ocasiones, me inclino a disfrutar de autores individuales que trabajan en un género en particular, no en un género en sí.

He utilizado la fantasía y la ciencia ficción para experimentar un poco, para practicar, si se quiere, antes de hacer algo ligeramente ambicioso como los libros de Jerry Cornelius; las novelas del “Coronel Pyatt” son una especie de extensión de los libros de Cornelius. Los textos de no ficción que he escrito han sido en gran medida a petición de editores o editoriales. No me considero un muy buen escritor de no ficción.

Mi obra actual, *Mother London*, es esencialmente una novela social, aunque emplea técnicas que desarrollé en los libros de Cornelius y hay ecos evidentes de esos libros en *Mother London*. Si me preguntas cómo veo el desarrollo de mi obra, solo puedo decir que no creo que se desarrolle de manera lineal, sino que, a medida que he ido adquiriendo más destreza técnica, he podido abordar ciertas ideas que tenía desde hace mucho tiempo.

F: ¿Qué le gustaría decir sobre su tiempo como editor de la revista *New Worlds*, particularmente con respecto a la dirección y las innovaciones que usted ayudó a introducir?

MM: Es difícil hablar de *New Worlds* porque fue una especie de pesadilla. Durante años la revista estuvo constantemente asediada. Pasé la mayor parte de mi tiempo tratando de mantenerla viva, física y financieramente.

Obviamente, yo creía en ello y creo que lo que estábamos haciendo era interesante. Fue un período de considerable innovación que comenzó con gente como Ballard y yo a finales de los años cincuenta, aunque en realidad no encontró expresión hasta principios de los sesenta. No creo que haya habido un período como ese desde entonces. Lo que he visto de nuevos trabajos, muchos de los cuales me gustan, me parece que no tienen esa misma voluntad de lanzarse de lleno o de lanzarse a la acción y ver qué pasa, o como sea que se le llamase en aquellos días; había una sensación mucho más optimista de que si intentábamos algo, valía la pena llegar hasta el final.

Hoy en día, cosas como el ciberpunk, ese movimiento en particular, está consolidando varias otras formas populares y produciendo una especie de amalgama de historias de detectives duros y de ciencia ficción del futuro cercano, algo que Philip K. Dick hizo tan bien. Creo que alentamos a la gente a ir tan lejos como fuera posible, estábamos dispuestos a apoyarlos en ese sentido. No estoy seguro de que haya muchos que estén dispuestos a hacer eso en estos días.

F: ¿Cómo ve la dirección general de la ciencia ficción hoy en día? ¿Ha cambiado para mejor o para peor en su opinión?

MM: No sé si ha cambiado para mejor o para peor. Me gusta lo poco que leo, pero no leo mucho, así que realmente no soy la mejor persona para preguntar cómo es hoy. Me gustan algunos de los llamados escritores ciberpunk; de nuevo, no veo que su trabajo sea enormemente innovador; de nuevo, sólo en términos de género. Creo que lo que estábamos tratando de hacer en *New Worlds* era romper con el género, tratar de crear nuevas convenciones; creo que gran parte de los años 70 y 80 han sido un período de consolidación, nostalgia, mirada al pasado, lo que se ve prácticamente en todas las formas de material creativo en este momento.

No creo que mucha ciencia ficción haya sido muy buena nunca y no creo que haya mucho bueno hoy en día, pero lo que es bueno, es tan bueno como siempre.

F: Durante su etapa como editor, se enfrentó a varios intentos de supresión y censura. ¿Cómo vio esto entonces? ¿Cómo ve la situación actual en lo que respecta a la censura en Gran Bretaña?

MM: Estoy totalmente en contra de la censura, lo que para algunas personas parece estar en desacuerdo con mi total oposición a la pornografía. Creo que muchos tipos de pornografía se utilizan como propaganda para mantener el *statu quo* tal como existe ahora entre hombres y mujeres; creo que los hombres son esencialmente una élite de poder que controla y define las vidas de las mujeres y, como creyente en los derechos de las mujeres y en el triunfo final del movimiento feminista, sólo puedo seguir trabajando contra eso y lo que hago es tratar de encontrar medios para luchar contra la pornografía sin censura para que la gente, en particular los hombres, sean conscientes de lo que la pornografía, tal como entendemos comúnmente la palabra, hace para mantener esa situación tan injusta. Eso no me impide luchar contra la *Ley de publicaciones obscenas*, lo que hago políticamente. Estoy en contra de ella. He escrito en contra de ella. He trabajado en contra de ella. No me impide defender la Ley de Libertad de Información, que me encantaría ver aprobada.

Durante la mayor parte de mi vida he estado involucrado en intentos de mejorar la situación de los escritores y parte de esa mejora, en mi opinión, es intentar abolir la censura, en particular la censura literaria, la censura política, cualquier tipo de censura en realidad. Creo que estamos atravesando un período en el mundo en general que se podría llamar reaccionario. Creo que corremos el riesgo de que aumente la censura y actualmente estoy tratando de

luchar contra eso junto con muchas otras personas que, por una razón u otra, aparentemente han sido identificadas como pro-censura. Personas que simplemente no están a favor de la censura, pero que están tan profundamente en contra de la censura como yo, personas como Philip Dworkin y Catherine McKinnon. Se han dicho muchas tonterías sobre eso y no los aburriré más con ellas.

F: Sé que tienes un gran interés en el anarquismo y el movimiento feminista, ¿te gustaría contarme un poco sobre tus puntos de vista?

MM: Comencé mi vida política como anarquista; supongo que en aquella época era una creencia mucho más ingenua. Luego pasé por un período en el que intenté expresarme políticamente a través de partidos políticos más convencionales y finalmente me di cuenta de que todos eran tan corruptos que bien podría ser una anarquista idealista y humanista y mantener mi propia posición política por ese medio. Eso también encaja mejor con mi apoyo al movimiento feminista.

Creo que el movimiento de mujeres es el movimiento político más importante de este siglo XX, posiblemente del milenio. Creo que el tipo de textos políticos que se encuentran en el movimiento de mujeres tiene una influencia muy importante en nuestras vidas, en particular

en la forma en que se utiliza, se mantiene y, por supuesto, se abusa del poder, de modo que para mí el movimiento feminista es absolutamente central para la mejora de la sociedad.

F: También me gustaría preguntarte sobre lo que estás haciendo ahora. Sé que has publicado un libro hace muy poco.

MM: Hace poco he publicado un libro (normalmente es así, a veces más de uno), que se titula *Mother London* y que creo que será, en muchos sentidos, el libro más personal que he escrito nunca. Trata sobre todo de lo que siento, es mucho más una novela asocial que cualquier otra que haya escrito recientemente, con la excepción, creo, de los libros de Pyatt. Está ambientada en el mundo real, en un Londres real. Es un libro bastante complejo, no lineal. He tenido que idear una forma bastante más complicada que la que utilicé en los libros de Cornelius, pero sigue siendo bastante similar.

La razón para hacer eso es que uno está ansioso por evitar los clichés, la interpretación convencional del tema, del trabajo que uno está haciendo, y por eso busca una forma que con suerte evite eso o ayude a la gente a evitarlo. No sé si lo hará o no...

En verano tengo pensado escribir una novela sobre Elric que empecé el año pasado. Supongo que serán una especie de vacaciones de verano para mí. También espero escribir un libro sobre la vida en Marruecos, pero todavía no he encontrado un editor que esté dispuesto a encargarme el libro, así que podré permitirme vivir en Marruecos... ¡durante el tiempo que sea necesario!

Tengo una colección de cuentos en los que estoy trabajando en este momento, que también incluirá no ficción, principalmente no ficción política.

No estoy haciendo música en este momento. Aunque existe la posibilidad de que algo de la música que Pete Pably y yo hicimos para 'Gloriana' y 'The Entropy Tango' aparezca en los próximos meses, ya que hay un productor independiente que nos ha pedido que la editemos. Pete está revisando nuestras cintas tratando de encontrar material que sea mínimamente utilizable y está descubriendo que mucho de lo que hay no lo es. Creo que eso es todo en lo que respecta a los próximos trabajos.